

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIII

Nº I I

DICIEMBRE 2010



NUESTRA PORTADA:

AÑO SANTO COMPOSTELANO

Santiago peregrino. Siglo XVII. Parroquia de Vilamaior do Val.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIII

Diciembre 2010

Nº 11

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Defunciones 1261

Vicaría de Pastoral

Delegación de Liturgia. La carta del Papa, Benedicto XVI, a los seminaristas..... 1263

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Se presenta La Sagrada Biblia. Versión Oficial de la Conferencia Episcopal Española..... 1275

Nota de prensa final de la XCVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española..... 1277

El sacerdote D. Santiago Gómez Sierra ha sido nombrado Obispo auxiliar de Sevilla 1280

El sacerdote D. Julián Ruiz Martorell ha sido nombrado Obispo de Huesca y de Jaca 1281

Jornadas y colectas eclesiales -2011-..... 1282

Nota de los obispos de la subcomisión para la Familia y la defensa de la Vida con motivo de la
Jornada de Familia (26 de diciembre de 2010)..... 1285

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus 1291

Audiencias generales 1299

Cartas..... 1317

Discursos..... 1327

Homilías 1350

Mensajes 1370

Santa Sede

Nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la banalización de la sexualidad
a propósito de algunas lecturas de "Luz del mundo" 1387

CRÓNICA DIOCESANA

Diciembre 1393

SUMARIO DEL AÑO **2010** 1397

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ Rvdo. Sr. D. Manuel Fernández Bouzas. (Ex párroco de Santa Baia de Bousés). Falleció el día 8 de diciembre de 2010, a los 75 años. Había nacido el 27 de diciembre de 1934 en Oímbra. Fue ordenado sacerdote el 23 de diciembre de 1961 y desempeñó su misión los siguientes lugares: del 27 de junio de 1962 hasta el 13 de agosto de 1963 fue párroco de San Paio de Arauxo y ecónomo de Santa María de Cela. Se trasladó a San Miguel de Desteriz donde permaneció hasta 1968, en que fue nombrado párroco de San Pedro da Torre y ecónomo de Santa María de Gorgua. Entre 1970 y 1977 fue párroco de San Mamede de Estevesiños y administrador de Santa Baia de Vences y San Salvador de Nocedo do Val. El 10 de septiembre de 1977 fue nombrado párroco de Santa Baia de Bousés y administrador de Santa María de Vidiferre y Santa María das Neves de Chás, donde permaneció hasta su jubilación el año 2003.

+ Rvdo. Sr. D. José Antonio Vázquez Fernández. (Ex párroco de Santa Mariña de Augas Santas). Falleció el día 12 de diciembre de 2010, a los 75 años. Había nacido el 9 de junio de 1935 en Villar de Barrio. Fue ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1962 y ejerció su ministerio sacerdotal en los siguientes cargos y oficios: entre 1963 y 1967 párroco de Santa María de Vilarello da Cota y ecónomo de San Xoán de Enxames. Desde septiembre de 1967, hasta noviembre de 1989 fue párroco de Santa María de Castrelo do Val y Administrador de San Vicente de Pepín y de San Salvador de Nocedo do Val. El año 1992 fue nombrado párroco de Santa Mariña de Augas Santas y administrador de Santiago de Folgoso de Allariz. El año 2008 se rjubiló por enfermedad.

+ **Hna Trinidad Rodríguez de Cruz, Carmelita de la Caridad- Vedruna (C.C.V.)**. Falleció el día 8 de diciembre de 2010. Nació en Ourense en el seno de una familia profundamente cristiana. A los 20 años entró en el Noviciado de las HH. Carmelitas de la Caridad ubicado en Vitoria. Después de la profesión religiosa recibió los destinos de Valladolid y Ourense: en la Casa Sacerdotal y Corregidor. Dedicó su vida a la educación como profesora de música, y a la vez trabajaba con las antiguas alumnas del Colegio Santa Teresa de Jesús. Fue Secretaria de CONFER durante muchos años.

+ **M. Josefa García, Religiosa de las Hijas de la Divina Pastora. Pío Instituto Calasancio (I.C.H.D.P.)**. Había nacido en la parroquia de La Torre, provincia de Pontevedra, el 28 de noviembre de 1932. Hizo su primera profesión en el Instituto Calasancio, en Sanlúcar el año 1949. De los 61 años como religiosa estuvo 27 en el Colegio Santo Ángel de la ciudad de Ourense. Falleció en diciembre de 2010.

+ **Hna. Elisa Díaz Caballero, Religiosa Misionera del Divino Maestro (M.D.M.)**. Falleció el día 13 de diciembre de 2010. Había nacido en la parroquia de Santo Tomás de Morgade. Dedicó 64 años de su vida a la Congregación de las Misioneras del Divino Maestro en distintos lugares de España, de una manera especial en Santiago, Lugo y Ourense, donde, en sus primeros años desempeñó su servicio en el Seminario Menor.

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DE LITURGIA

La carta del Papa, Benedicto XVI, a los seminaristas (Primeras impresiones y reflexiones)

En relación con la clausura del Año sacerdotal, el 18 de octubre de este año, en la fiesta del evangelista S. Lucas, Benedicto XVI ha hecho pública una Carta dirigida a los seminaristas de todo el mundo. Me ha parecido hasta cierto punto lógico que, después de tantas referencias a los sacerdotes (presbíteros y obispos), el Papa quisiera enviar un mensaje explícito, desde el corazón, a quienes en todo el mundo se preparan para el ministerio sacerdotal. La Carta me parece emanada de un corazón profundamente sacerdotal, que al dirigirse a los seminaristas recuerda con cariño esta etapa de su vida, se refiere a detalles personales (lo de diciembre de 1944 en su servicio militar en Alemania), escribe una carta con un estilo muy suyo (5 folios y medio, con escasas citas, casi sólo bíblicas, implicándose a sí mismo con frecuencia) y refiriéndose, con la maestría de un profesor-formador, a los puntos-clave de la vida de todo seminario y como hablando al corazón de cada seminarista.

El tono de la carta no es el de quien desea imponer ni apagullar por la fuerza de los argumentos o la autoridad de la persona y su ministerio en la Iglesia,

sino del que pretende convencer a partir de la fe, la experiencia de la Tradición de la Iglesia y la hondura serena y humilde de su vivencia. Benedicto XVI habla y escribe para ser escuchado y después de meditar sus palabras, es bueno pasar a la oración de acción de gracias y a la praxis en la vida. El Papa describe el seminario como una comunidad en camino, una comunidad de discípulos, donde la meta es ante todo llegar a ser “un hombre de Dios”, por eso, destaca como lo más importante del caminar del seminario, “la relación personal con Dios en Jesucristo”. Lo que dice a los seminaristas es plenamente aplicable a los sacerdotes. Por eso, hemos pensado en esta carta como medio para la reflexión y oración de un día de retiro.

Para ellos es decisivo aprender “a vivir en contacto permanente con Dios”. El Papa destaca como otros aspectos centrales de la vida del seminario: la Eucaristía, la lectura de la sagrada Escritura, los demás sacramentos, sobre todo la Penitencia, la Liturgia de las Horas de modo implícito, el tiempo de estudio de las materias sagradas, la maduración humana y los comienzos de la vocación

sacerdotal. Muchos de estos aspectos son aplicables también a la vida sacerdotal.

Entre toda esa riqueza de pensamiento y experiencia sapiencial, voy a detenerme en la temática relativa a la liturgia-sacramentos y a la Piedad popular, sobre todo los nn 1-4.

El discurso del Papa es claro: la meta del seminario es formar jóvenes que están llamados a ser “hombres de Dios” (n 1). Y la referencia explícita es a san Pablo en 1 Tim 6, 11. Se trata de una solemne exhortación de Pablo a su discípulo. En los versículos anteriores, Pablo le recuerda un proverbio corriente en la literatura profana de la época: el dinero es la raíz de todos los males y algunos, por dejarse llevar de él, se perdieron (cf. 6, 9-10). Y añade: “Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas”.... A continuación le invita a correr para alcanzar las virtudes del hombre de Dios: justicia, piedad, fe, caridad, paciencia en el sufrimiento, dulzura, llevar adelante el combate de la fe, conquista la vida eterna, conserva el mandato sin tacha ni culpa hasta la venida definitiva de Cristo...(cf. 1 Tim 6, 11-14; también 2 Tim 2, 22-26).

Para llevar a cabo su misión de “mensajero de Dios entre los hombres” y acrecentar “la comunión entre ellos”, el sacerdote debe mantener una relación estrecha y “personal con Dios en Jesucristo”, pues en Cristo contemplamos el rostro de Dios y en las palabras de Cristo escuchamos a la persona y las palabras de Dios.

Esta relación no es otra cosa sino la vida de oración en la escucha humilde de Jesucristo, para que el Espíritu Santo inspire la respuesta adecuada, produciéndose así el coloquio amoroso entre Dios y el hombre, que alimenta la vida de fe y hace crecer la comunión. “Por esto, queridos amigos, es tan importante que aprendáis a vivir en contacto permanente con Dios” (n 1). La vida del seminario debe fomentar el aprendizaje y ofrecer las destrezas necesarias para hacerse “experto” en el arte de vivir el encuentro diario con las Personas de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

No se trata de algo sólo teórico, intelectual y frío. Ni tampoco de algo sensiblero, melífluo y sólo sentimental. Se trata de experimentar desde la fe, la presencia y cercanía con las tres Personas divinas, abriéndose también a la comunión con los hermanos. Es necesario que sea toda la persona humana (inteligencia, voluntad y corazón) la que se implique en ese encuentro permanente.

El Papa hace referencia en este contexto al “Orad en todo momento”. La Iglesia, desde los primeros siglos, entendió esto en un sentido muy estricto. Para ponerlo en práctica instituyó un “curus” de horas de oración de toda la comunidad, que incluía el día y la noche. Se trataba de orar siempre sin interrupción, para que a todas horas resonara la alabanza y acción de gracias de Cristo y la Iglesia al Padre en el Espíritu Santo.

Esta oración se mantiene en la Iglesia y en todos los continentes, de modo que día y noche está garantizada la oración constante y sin interrupción. Pero, cada comunidad de Iglesia y cada cristiano, también el seminarista no puede estar recitando “continuamente oraciones”, lo que el Papa aclara es “que nunca perdamos el trato interior con Dios” (n 1).

La oración se mantiene mientras se mantiene el deseo de estar unido a Dios (S. Agustín) y esto lo podemos mantener todo el día. Por eso, explica Benedicto XVI que: “el sentido de nuestra oración”, la dirección u orientación de nuestro encuentro con Dios es “ejercitarse en este trato”. Toda oración comunitaria o “en lo secreto”, no busca otra finalidad que no sea fomentar la familiaridad con Dios, estar con Él tratando de cosas comunes a ambos. El sacerdote y el seminarista, precisamente porque deben ser hombres de Dios, porque su misión es llevar a los hombres al encuentro salvador con Dios, deben fomentar este trato con Él, deben ser los “familiares”, los “expertos” en el trato con Dios.

Consecuencia de lo anterior es lo que el Papa añade como importante, en orden al objetivo, antes indicado, de ejercitarse en el trato con Dios, de modo que sea como el “punto de referencia en nuestra vida”: iniciar y terminar el día con la oración (no cita en concreto Laudes y Vísperas, pero son

las dos horas del Oficio que se ordenan a tales tiempos), escuchar a Dios en la lectura de la sagrada Escritura, que le contemos lo que nos preocupa, nos alegra y nos da esperanza. Conociendo la espiritualidad del Papa y su sintonía con la espiritualidad, marcada por la Iglesia para los sacerdotes y seminaristas en los documentos del Concilio Vaticano II (Cf. LG 28; ; 41; PO 4-6; 13; OT 8-12) , nos damos cuenta de la riqueza de fondo espiritual encerrada en lo que denomina “trato interior con Dios”. Los medios son los indicados por la Iglesia y de los que se han servido tantos sacerdotes santos que conocemos por la historia, sobre todo: los sacramentos y sacramentales, la Liturgia de las horas, las demás celebraciones de la Iglesia y los actos de la piedad popular (n 2-4).

1) La importancia de los sacramentos para la vida de fe.

El Papa destaca que “en los sacramentos, Él [Cristo] se nos da en persona, a través de realidades corporales” (n 2). Es inevitable recordar a san León Magno: “Lo que fue visible de nuestro Redentor ha pasado a sus sacramentos”¹ o la frase de san Ambrosio: “Cara a cara te has mostrado, oh Cristo; te encuentro en tus sacramentos”². Esto se aplica a todos los sacramentos donde con toda seguridad Cristo nos “toca” y acaricia con su salvación y su gracia. Los signos y palabras del sacramento son hoy la humanidad, la carne glorificada del Redentor.

1. La Eucaristía.

El Papa aplica lo dicho en general sobre los sacramentos a la Eucaristía, “el centro de nuestra relación con Dios y de la configuración de nuestra vida” (n 2). No hay relación sacramental más estrecha con Cristo que la que tiene lugar en el sacramento, eje y centro de todos los demás. Allí Cristo real y sustancialmente se nos da como Pan y Bebida de salvación. Se nos entrega para asimilarnos a Él con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Y es en en la Eucaristía donde más nos configura con su vida y su ser. En vez de configurarle nosotros a Él con nuestra pobre vida, nos configura con su vida divino-humana. Nos conforma con su ser y su vivir. Cristo resucitado, donado en la Eucaristía modela “de verdad toda nuestra vida con el esplendor de su amor divino” (n 2).

Sobre la Eucaristía, Benedicto XVI habla de cómo celebrarla. El término destaca el papel activo del seminarista, que lógicamente todavía no preside, pero también es sujeto agente de la celebración eucarística. Pero debe ser activo sobre todo en lo más íntimo del corazón y de la vida. Se trata ante todo de una “participación interior” (n 2), que supone el encuentro con el Señor Resucitado en lo íntimo de la conciencia y adornada el alma por la gracia de Dios. Sólo así se puede encontrar “a Cristo en persona”. De este modo, Cristo llega a ser “el centro de cada una de nuestras jornadas”. El Papa habla

a los seminaristas, pero se siente también implicado en lo que les invita a vivir. También él está llamado a vivir así cada día la Eucaristía. Cuando pedimos el “pan nuestro de cada día”, los cristianos pedimos también el Pan que es “el mismo Señor Sacramentado” (S. Cipriano).

El Papa dirigiéndose a los seminaristas les habla de “celebrar bien”. En “Sacramentum Caritatis” se ha preocupado del “ars celebrandi” como tarea de toda la Iglesia. Cuando el seminarista ejerza su ministerio sacerdotal y pastoral, una de sus tareas fundamentales será presidir “in persona Christi”, celebrar los misterios y “considerar” constantemente lo que “trata”. El culmen de su ministerio sacerdotal será presidir la Eucaristía y, mediante ella, edificar progresivamente la Iglesia. Por eso, ahora el Papa les dice: “Para celebrar bien la Eucaristía es necesario también que aprendamos a conocer, entender y amar la liturgia de la Iglesia en su expresión concreta”.

No se puede celebrar la Eucaristía, como Dios y la Iglesia nos pide sin lo que hemos indicado previamente, es decir, la participación interior. Esto es indispensable, lo primero e imprescindible. Pero es “necesario también” un aprendizaje constante, que se debe realizar en tres dimensiones o pasos: “conocer, entender y amar”... Tres verbos que expresan una tarea: intelectual-experiancial (conocer con la mente y con relación afectuosa); de asimilación-

profundización (= "intus-legere" = leer interiormente) y afectiva-cordial (amar con el corazón y los sentidos). El objeto de los tres verbos es la Liturgia de la Iglesia: el "munus sanctificandi", el ejercicio del Sacerdocio de Cristo mediante los signos de la Iglesia, la acción de la Trinidad salvando en y a través de las acciones de la Iglesia. Cuanto más se conozca, entienda y ame la Liturgia de la Iglesia, mejor se celebrará. En la medida en que no se "conjuguen" vitalmente esos tres verbos por parte del sacerdote y seminarista, peor se celebrará.

Pero el Papa añade algo concreto y a propósito respecto de "la liturgia de la Iglesia", a la que antes se ha referido. Los tres verbos no sólo se refieren a "la Liturgia de la Iglesia", sino que se precisa "en su expresión concreta". La Liturgia de la Iglesia para llegar a los hombres de los distintos tiempos y geografías necesita imperantemente un cauce, unas formas, unos medios adecuados a quienes se dirige. Por eso, la liturgia tiene elementos inmutables y elementos que pueden y aún deben cambiar. Pero es sólo la Iglesia y sus órganos jerárquicos (Santa Sede, Obispo en su diócesis y Conferencia de Obispos en un territorio) los que moderan con autoridad la liturgia. Son estos organismos, cada uno en su ámbito propio los que deciden en cada tiempo y lugar la "expresión concreta" de los misterios celebrados. A ellos toca solamente quitar, añadir y/o cambiar en el campo litúrgico. El sacerdote sólo pue-

de realizar lo que es de su competencia en los libros litúrgicos.

En los libros litúrgicos encontramos las expresiones concretas (formas) de la Liturgia de la Iglesia hoy. Por eso, el seminarista contemporáneo debe conocer, entender y amar las expresiones concretas de la liturgia de hoy, que son fruto de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Desconocer esto, es estar siendo infiel hoy a Cristo y a la Iglesia e incapacitarse para hacerlo en su futuro ministerio. Y esto ha de entenderse sobre todo en lo que se refiere al contenido de la celebración, pero también respecto al modo cómo la Iglesia expresa (pone en "escena") sus misterios.

El Papa pondera a este propósito dos aspectos, uno más objetivo y el otro más personal suyo. El primero se refiere a un dato de fe y tradición eclesial: "En la liturgia, rezamos con los fieles de todos los tiempos" (n 2). La Liturgia, como oración de la Iglesia, es síntesis de la oración del pasado, del presente y del futuro. Gracias a la presencia en ella de Cristo resucitado y a la acción del Espíritu Santo, la liturgia recuerda el pasado, lo actualiza "en misterio" y pregusta y anticipa el futuro escatológico. Luego en ella rezamos y con nosotros rezan todos los redimidos, que ya han muerto (también los del AT: Abel, Abrahán, Melquisedec, etc.), todos los bautizados que peregrinan y quienes ya disfrutaban de la liturgia del cielo, meta del culto de la tierra.

El segundo se refiere a la experiencia personal de Benedicto XVI, calificada por él como “entusiasmante”. Y alude a la tarea de “aprender a entender poco a poco cómo todo esto ha ido creciendo, cuanta experiencia de fe hay en la estructura de la Misa, cuántas generaciones con su oración la han ido formando”. El Papa piensa en sus años de seminarista y en su experiencia de estudiante de la liturgia y en su vivencia de las celebraciones sacramental-litúrgicas. Como sus colegas seminaristas, en el estudio, ha ido descubriendo progresivamente cómo la liturgia comenzó siendo en la vida de la Iglesia como una semilla de mostaza y luego se fue haciendo un árbol grande. Cómo al principio los ministerios, Eucaristía y el Bautismo eran casi todo y luego se abrió paso el domingo, la Pascua anual, la Penitencia, la oración de las horas. Y cómo la Eucaristía es, al principio, una realidad breve dentro del ágape cristiano y muy pronto san Justino nos la describe con una estructura clara y bastante completa. Es preciso que el seminarista vaya descubriendo este crecimiento, para valorar y vivir la Eucaristía.

Además, es preciso entender que la estructura de la Misa, que es como su columna dorsal, el “ordinario de la Misa” recoge la experiencia de fe de cristianos de todos los tiempos y geografías. Pensemos en la mesa de la Palabra, que ha alimentado y alimenta la fe de los cristianos. ¡Cuántos santos y cristianos sencillos aprendieron a orar a partir de la mesa de la Palabra! ¡Cuántos bauti-

zados acrecentaron su fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, a partir de los distintos momentos de la plegaria eucarística! ¡Cuántos alimentaron su fe y su vida en la comunión sacramental eucarística! Por eso, indica muy poco respeto a la fe y al sentir de muchos cristianos y de la Madre Iglesia sustituir ligeramente sus formas de oración secular por formas subjetivas e incluso pobres de contenido y significado.

Cuando se hace esto último se pone por encima de la comunión eclesial los gustos y pruritos personales. De este modo, se olvida, porque se ignora “cuántas generaciones con su oración la han ido formando”. Tal estructura no es el trabajo de uno o varios especialistas que organizan la misa en su mesa de estudio, desde sus enormes conocimientos, para que los demás pongan en práctica sus sabias decisiones. No, es fruto de la experiencia oracional de muchas generaciones, guiadas por la acción sabia y santa del Espíritu y bajo la autoridad de la Iglesia, instrumento y sacramento de Jesucristo.

Las reflexiones sucintas del Papa requerirían más explicación, porque son líneas o filones muy ricos de contenidos y con implicaciones importantes.

2. La Penitencia.

Después de la Eucaristía el Papa habla del “sacramento de la Penitencia” y dice que “también es importante” en la formación y la vida del seminarista.

Curiosamente el Papa habla a los seminaristas aplicándose a sí mismo lo que les dice. El Papa les habla de sí en voz alta. El sacramento “me enseña a mirarme con los ojos de Dios y me obliga a ser honesto conmigo mismo”. En este sacramento, como en los demás, Dios es el protagonista, no el hombre. La praxis asidua y sincera del sacramento nos enseña a proyectar sobre nuestra vida la mirada de Dios. ¿Dónde descubrimos esta mirada? Sobre todo en la lectura de la Palabra de Dios (que ilumina nuestra vida), en un examen sincero de nuestra conciencia y en el discernimiento de nuestros pecados y la acción de Dios, mostrada por el confesor. Así nos miramos “con los ojos de Dios” que es a quien confesamos nuestros pecados, el que siempre nos mira con misericordia y está siempre dispuesto a perdonar. La mirada de Dios-dice el Papa- “me obliga a ser honesto conmigo mismo. Me lleva a la humildad”. Me obliga a lo que decía Sta. Teresa “caminar en verdad”, reconocer lo que soy ante Dios, visto con sus propios ojos.

El Papa invita a luchar contra dos peligros relativos a este sacramentos: “el ofuscamiento del alma y la indiferencia” (n 3). Nos desanimamos a veces por tener que combatir constantemente los mismos fallos. Entonces el alma se puede ver privada de la luz necesaria para descubrir los fallos reiterados y luchar contra ellos. Cae en una cierta insensibilidad y “encallecimiento” siempre en los mismos pecados. Por

otra parte, la persona puede acostumbrarse y ser indiferente a tales pecados, se resigna a seguir cometiéndolos como si no hubiera remedio. Y aquí el Papa recurre al Cura de Ars, que refiriéndose al tema dice: “Pensáis que no tiene sentido recibir la absolución hoy, sabiendo que mañana cometeréis nuevamente los mismos pecados”. Y añade: “Dios mismo olvida en ese momento los pecados de mañana, para darnos su gracia hoy” (n 3). Lo decisivo para Dios es restituirnos su amistad y darnos su perdón hoy, independientemente de lo que pase mañana.

“Es importante mantenerse en camino”...Lo peor que nos puede pasar es quedarnos estancados, no esforzarnos por seguir adelante, desalentarnos. Evitando los escrúpulos, agradezcamos a Dios porque “Dios siempre está dispuesto al perdón”. Esto debe ser como una roca firme en la que nos apoyemos y nos mueva siempre a tener una “conciencia agradecida” hacia Él. Pero también hemos de superar “la indiferencia que nos hace abandonar la lucha por la santidad y la superación” (n 3). Siendo perdonado “aprendo también a perdonar a los demás. Reconociendo mi miseria” me preparo “a ser más tolerante y comprensivo” (n 3) con los pecados de los demás.

2) La piedad popular.

Sorprende un poco a primera vista que, un Papa teólogo y acostumbrado a temas “elevados” dedique un número denso de

su carta al tema de la piedad popular. Uno esperaría que hablase también de la Iniciación cristiana, del sacramento del Orden, de la Liturgia de las horas de modo más explícito y más largo, como también del año litúrgico y de los sacramentales (bendiciones, “lectio divina”, etc.). Pero teniendo en cuenta que este Papa suele detectar los temas más interesantes para el hombre de hoy y que son respuesta a los interrogantes de la cultura actual, es posible que no nos sorprenda tanto.

Él sabe que, de los temas que acabo de apuntar existe un gran arsenal de doctrina del Magisterio de la Iglesia, de los libros litúrgicos y de muchos especialistas. De la piedad popular aunque va habiendo un cuerpo de doctrina, es menor. Además el Papa ve en ella un medio apropiado para llegar al “corazón del hombre”, no solamente cristiano, sino religioso e incluso no creyente. Por la piedad popular, (peregrinaciones, visita a santuarios, años santos, actos de alabanza, acción de gracias, adoración, etc.) se puede responder, en muchos casos, a la sed de Dios, que sufre el hombre de hoy. Es un medio muy apropiado para encarnar la fe en la cultura de los pueblos. La tarea de inculturación es esencial para continuar la misión de la Iglesia no sólo en zonas donde no ha resonado todavía el Evangelio, sino también en los pueblos de vieja cristiandad. Es un medio eficaz de encarnar la fe cristiana en las diversas culturas.

Si la fe no se hace cultura y crea cultura (por la lengua, las costumbres, el

modo de ser, de relacionarse con el ser trascendente, de vivir en familia y sociedad), no llega a ser una fe madura y consecuente (Pablo VI). Es claro que la cultura no puede alterar el contenido de fe de la piedad popular, pero la configura de modo diverso y por tanto enriquece matizadamente la fe.

El Papa precisa que la piedad popular “es diferente”, pero “también muy parecida” en las distintas culturas, pues brota y se ordena, en definitiva, al mismo corazón del hombre. Por todo esto, el Papa exhorta a los seminaristas con estas palabras: “Sabed apreciar también la piedad popular”... Es una llamada muy clara no sólo a conocerla, sino a valorarla y considerarla como una realidad apreciable. El Papa la considera como “un gran patrimonio de la Iglesia”. Es algo recibido de generaciones anteriores, mantenido vivo hasta hoy y que supone un “capital” de fe y de vida cristiana. En este capital entran: los sacramentos (como el Bautismo y la primera Comunión), sacramentales (como tantas bendiciones, exequias y oración por los difuntos), fiestas del Calendario litúrgico (Navidad, Semana Santa, Corpus, Sgdo. Corazón), de la Virgen y santos (Inmaculada, Asunción, advocaciones de la Virgen; san Antonio, san Benito), ángeles (san Miguel, Gabriel y Rafael, los ángeles de la guarda), difuntos, santuarios, peregrinaciones, expresiones oracionales (Rosario, “Ángelus”, Viacrucis, “Regina Coeli”), cantos, gestos, costumbres, etc.

El Papa reconoce sin ambages que, a través de la piedad popular, “la fe ha entrado en el corazón de los hombres, formando parte de sus sentimientos, costumbres, sentir y vivir común” (n. 4). ¡Qué profunda verdad late en esta frase de Benedicto XVI!

Gracias a la piedad sencilla, comunicada de padres a hijos, de abuelos a nietos mediante fórmulas oracionales muy simples, unidas al calor de la sangre y los lazos familiares, al calor del hogar y en la Galicia rural en las largas noches de inviernos, la fe de la Iglesia ha entrado en el corazón de niños y jóvenes. Esa fe ha “coloreado” los sentimientos, las costumbres, la sensibilidad, la vida de la familia y de los pueblos. Muchas de las costumbres y modo de ser de nuestras gentes no se entenderían sin la feliz fecundación de la piedad popular.

La fe expresada en las prácticas de piedad más recomendadas por la Iglesia (Rosario, Viacrucis, el “Ángelus”, la peregrinación a santuarios, las fiestas de los patronos del pueblo, la Navidad, la Pascua, el domingo, etc.), “se ha hecho carne y sangre” (n 4) de muchos bautizados, seminaristas, sacerdotes, obispos y papas. Cuando la fe entra de este modo en la vida de las personas, ya no puede arrancarse ni con los tormentos del martirio. Los mártires españoles del siglo XX (6 de noviembre) son un buen ejemplo y testimonio de lo que decimos. Algo parecido se puede decir de los mártires de Irak de estos días pasados.

El Papa, con todo, no deja de reconocer los peligros y riesgos de la piedad popular: “derivar hacia lo irracional” y a veces “quedarse en lo externo”. Lo irracional es la magia, la superstición, la vana credulidad, el automatismo, el fatalismo. Son realidades cercanas a la religión y al acto de culto en apariencia, pero muy diversas en su contenido y finalidad. Hay testimonios en escritos actuales que aparecen en las iglesias de la ciudad invitando a rezar determinadas oraciones a santa Rita o a san Judas Tadeo, un número determinado de días para obtener casi automáticamente tales favores. Tal automatismo ligado a determinadas fórmulas, del modo indicado y no otro, nos hacen sospechar de la proximidad a la magia.

El acto de culto y la relación entre el hombre y Dios requiere que el sentimiento esté orientado por la razón que busca la verdad y el bien. En la irracionalidad, prima el sentimiento ciego, la creencia incoherente, sin fundamento de verdad, en busca de un bien equivocado y sirviéndose de Dios.

Cuando la piedad popular se queda en lo “externo”, entonces le falta el “alma interior”, el encuentro con Dios, la relación personal con la Virgen y los santos. Las fórmulas oracionales están vacías, los gestos son puramente materiales, los movimientos son pura pantomima sin sentido ni contenido. Priman otros intereses e ideologías: el folklore, la vanidad, el afán de protagonismo, lo puramente útil para el que ora, ideologías políticas o sociales.

Por eso, el Papa insiste en que la piedad popular “tiene siempre que purificarse y apuntar al centro”. La purificación le viene a partir de la Palabra de Dios y sobre todo del Evangelio. Sólo estando en plena concordancia con lo que indica la Palabra de Dios y lo que pide la Iglesia, se purifica la piedad popular.

Debe además “apuntar al centro”, como indica el Papa. Esto significa que debe conducir y girar en torno al culto cristiano “en espíritu y en verdad” y concretarse a una vida santa. El culto

cristiano por excelencia gira en torno a los sacramentos y sacramentales y las demás celebraciones litúrgicas. Ahí el cristiano llega al meollo de su relación con la Santísima Trinidad. Con Cristo, glorifica al Padre y recibe la gracia del Espíritu Santo que le santifica. De ese centro, “fuente y culmen” brota la vida “en espíritu y en verdad”.

Cuando se vive así, la piedad popular “merece todo nuestro aprecio” y nos conduce-dice el Papa- a la integración plena en la Iglesia (n 4).

Ramiro González Cougil
Delegado Episcopal de Liturgia.

NOTAS:

- 1 San León Magno, *Hom.74, 2*, en Garrido, M. (de.), *San León Magno. Homilías sobre el añolitúrgico* (BAC, Madrid 1969) 307.
- 2 En *Apol. Prof. David* 12, 58: PL 14, 875.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Se presenta La Sagrada Biblia. Versión Oficial de la Conferencia Episcopal Española

Martes, 14 de Diciembre de 2010

La *Sagrada Biblia*. Versión Oficial de la Conferencia Episcopal Española ha sido publicada por la *Biblioteca de Autores Cristianos* (BAC). Ha visto la luz en un formato 17 por 24 cm., que no es habitual en este tipo de obras. Hay una edición encuadernada en tela y otra en geltex. Cuenta con 2.160 páginas en papel biblia, amplias introducciones a los libros de la Sagrada Escritura, citas de textos paralelos, mapas, más de 6.000 notas y un índice litúrgico con las lecturas para la Eucaristía.

El volumen se abre con un decreto del Presidente de la CEE, una presentación del Secretario General y la Instrucción Pastoral “La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia”, aprobada por la 91ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Se pretende ofrecer al lector un ejemplar que, en su aspecto exterior, se corresponda con la excelencia de su contenido –la Palabra de Dios-, sin dejar por ello de ser un volumen manual.

Es el fruto de un riguroso trabajo en el que han intervenido numerosos especia-

listas en Sagrada Escritura, en liturgia, en literatura, todos los obispos y sus colaboradores, los peritos de la Congregación para el Culto Divino y sus responsables. En concreto, la traducción ha corrido a cargo de veinticuatro especialistas y se ha hecho a partir de los originales en hebreo, arameo y griego. La ortografía, prosodia y estilo han sido cuidadosamente revisados, y han sido tenidas en cuenta para ello las Normas emanadas de la Real Academia de la Lengua, a la que se la han realizado consultas. Las introducciones y las notas incluyen comentarios de carácter filológico, literario, histórico y teológico, que ayudan a entender mejor los pasajes de la Sagrada Escritura.

Los criterios que se han aplicado a la traducción han sido, básicamente, tres: respeto al original, adaptación al genio de la lengua española y consideración del carácter específicamente sagrado del propio texto de la Biblia y del uso litúrgico a que está destinada una buena parte de esta traducción.

Un acontecimiento histórico

No es la primera vez que la Conferencia Episcopal encarga traducciones de

la Biblia que asume como propias. De hecho, esta traducción tiene antecedentes parciales. En concreto, incorpora las traducciones que se vienen empleando en los libros litúrgicos reformados después del Concilio Vaticano II. Son traducciones que fueron hechas, desde 1963, por un pequeño grupo de especialistas, de los que el más conocido es el P. Luis Alonso Schökel (1920-1998). La idea de hacer una traducción completa de la Biblia, como texto oficial de la Conferencia Episcopal, es ya también de aquellos años sesenta del siglo pasado, pero tomó fuerza en los años 90, con motivo de la publicación de la Instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica titulada *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (1993). En 1996, se creó a tal efecto, una Comisión coordinadora, compuesta por los presidentes y los secretarios de las Comisiones Episcopales para la Doctrina de la Fe y de Liturgia, dos biblistas, un liturgista y un teólogo. A propuesta suya, se constituyó un Comité Técnico, presidido por el Dr. D. Domingo Muñoz León y cuyo secretario ha sido el Dr. D. Juan Miguel Díaz Rodelas. El trabajo se repartió entre veinticuatro especialistas, procedentes de los diversos centros de estudios superiores de España, Roma y París. En noviembre de 2008, la Comisión Permanente aprobó la Biblia completa y la Asamblea Plenaria dio su aprobación cualificada al texto sólo para su posterior empleo en los libros litúrgicos oficiales. Con el mismo fin, el texto fue sometido también, en julio de 2009, a la revisión y aprobación de

la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

La Biblia, el gran código de la humanidad

Sin la Biblia, no se puede entender en toda su amplitud la cultura española ni la occidental. En la Exhortación Apostólica postsinodal "*Verbum Domini*", Benedicto XVI la ha definido como "un gran código para las culturas", "que contiene valores antropológicos y filosóficos que han influido positivamente en toda la humanidad".

Ahora, por primera vez, se cuenta con una Biblia en español para todas las actividades oficiales de la Iglesia. La Conferencia Episcopal Española se incorpora así a una dilatada y benemérita tradición que, en España, ha procurado a lo largo de los siglos acercar la Palabra de Dios a todos.

Congreso sobre la Sagrada Escritura, en Febrero

Con motivo de la publicación de esta Versión de la Sagrada Biblia, los días 7, 8 y 9 del próximo mes de febrero se celebrará en Madrid un Congreso sobre "*La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*".

Se ha abierto un sitio web (www.sagradabibliacee.com), donde se podrá ir consultando la información sobre el mencionado Congreso, así como diversa documentación sobre la Biblia de la CEE.

Nota de prensa final de la XCVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 26 de noviembre de 2010.- Los obispos españoles han celebrado en Madrid, del lunes 22 al viernes 26 de noviembre, la 96ª reunión de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE).

Han participado por primera vez el Obispo de Teruel y Albarracín, Mons. D. Carlos Manuel Escribano Subías, tras su toma de posesión el 26 de septiembre, y el Auxiliar de Terrassa, Mons. D. Salvador Cristau Coll, quien recibió la ordenación episcopal el pasado 26 de junio. Mons. Escribano ha quedado adscrito a la Comisión Episcopal de Pastoral Social y a la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida, y Mons. Cristau a la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades.

Los obispos han tenido un recuerdo especial para el Cardenal español Urbano Navarret, fallecido en Roma el mismo día que comenzaba la Plenaria, y para Mons. D. Rafael Sanus Abad, Obispo auxiliar de Valencia, fallecido el 13 de mayo de 2010.

El jueves, día 25, tuvo lugar la habitual Eucaristía que los obispos concelebran en el transcurso de la Asamblea Plenaria. Fue presidida por el Arzobispo Emérito Castrense, Cardenal José Manuel Estepa Llaurens, a quien felicitó, en la sesión inaugural, el Cardenal

Rouco Varela, en nombre de todos los prelados, al haber sido creado Cardenal por el Papa Benedicto XVI en el Consistorio del pasado sábado 20 de noviembre.

Los días previos a la Asamblea Plenaria, quedó instalado en el hall de acceso al aula, en la galería de retratos de Presidentes de la CEE, el retrato de Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez, actual Arzobispo de Valladolid y Vicepresidente de la CEE. Mons. Blázquez presidió la CEE de marzo de 2005 a 2008. La religiosa cisterciense Sor Isabel Guerra es la autora del cuadro, como lo es también del resto de los retratos.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco

El Presidente de la CEE agradeció la Visita del Papa Benedicto XVI a Santiago y Barcelona, apuntando algunas reflexiones sobre las enseñanzas del Papa en esos días. “El Papa ha venido a hablarnos de Dios” –destacó el Cardenal Rouco- y recordó las palabras del Santo Padre en las que invitaba a “que Dios vuelva a resonar gozosamente bajo los cielos de Europa”.

El Cardenal Rouco agradeció también que el Papa subrayara la aportación de España a la evangelización del mundo: “España siempre ha sido un país originario de la fe. Es un país lle-

no de dinamismo, lleno de la fuerza de la fe y la fe responde a los desafíos que están igualmente presentes en España”. El Presidente de la CEE se refirió a la tensión entre la fe y la modernidad, y señaló que “las tensiones, que la Iglesia no busca, pero históricamente presentes en España y en Europa, han de estimularnos en el trabajo de la nueva evangelización, cuyo objetivo es el encuentro, nunca el desencuentro”.

Saludo del Nuncio

El Nuncio de su Santidad en España, Mons. D. Renzo Fratini, también recordó el viaje del Papa Benedicto XVI. Mons. Fratini afirmó que “el Papa del diálogo entre fe y razón; entre fe y arte, ha visto positivamente en la cultura española un punto central también para el encuentro entre fe y laicidad” y que “la sociedad no puede prescindir pues de la fe, si quiere construir este mundo en la verdad, la bondad, la belleza, y el amor”.

Nombramiento del Vicesecretario para Asuntos Económicos

Fernando Giménez Barriocanal ha sido nombrado Vicesecretario para Asuntos Económicos por otros cinco años (2010-2015), al aceptar la Asamblea Plenaria la propuesta realizada por la Comisión Permanente. Giménez Barriocanal está casado, es padre de cinco hijos y lleva vinculado a la CEE desde 1992. Era ya Vicesecretario para Asuntos Económicos de la CEE en el quinquenio anterior (2005-2010). Es

Profesor Titular de Economía Financiera y Contabilidad de la Facultad de Económicas de la Universidad Autónoma de Madrid y, entre otros cargos, es Presidente y Consejero Delegado de la Cadena COPE y Popular TV.

La CEE aumenta su colaboración económica con Cáritas

Los presupuestos del Fondo Común Interdiocesano para 2011 se nutren del pago a cuenta de la Asignación Tributaria de 2011 y de la liquidación de la Asignación Tributaria de 2009. Como, a día de hoy, no se han publicado datos de la cuota íntegra total del IRPF correspondiente al 2009, la Asamblea Plenaria ha decidido dejar pendiente la cantidad a consignar en los presupuestos del próximo año, manteniendo, de manera provisional, la misma cantidad que en 2010. Cuando se disponga de datos fiables sobre el resultado de la Asignación Tributaria, se corregirá dicha cantidad al alza o a la baja, dependiendo de su resultado. (Se adjunta Nota explicativa).

Mientras tanto, la CEE ha decidido aumentar la colaboración económica que ha prestado en los últimos años a las Cáritas diocesanas. El donativo será ahora de 4 millones de euros, en lugar de los 2,9 millones entregados el pasado año.

Documentos

La Plenaria ha aprobado la Declaración de reconocimiento recíproco del

bautismo “Confesamos un solo Bautismo para el perdón de los pecados”, cuyo texto ha sido presentado a la Asamblea por Mons. D. Adolfo González Montes, Obispo de Almería y Presidente de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales. La Declaración podrá ser firmada por la “Iglesia Española Reformada Episcopal”, miembro de la Comunión Anglicana.

Los obispos han analizado los documentos “Criterios sobre la Cooperación Misionera”, presentado por la Comisión de Misiones y Cooperación entre las Iglesias, y “Proyecto de Coordinación de la Parroquia, la Familia y la Escuela en la transmisión de la fe”, presentado por la Comisión de Enseñanza y Catequesis. Se seguirá trabajando sobre ellos.

Por otra parte, la Asamblea Plenaria ha dado el visto bueno al envío a Roma de la traducción al castellano del “Ceremoniale Episcoporum” para la obtención de la correspondiente conformidad.

La Copa del Mundo, en la CEE

El miércoles día 24, el Presidente de la Federación Española de Fútbol, D. Ángel María Villar, y el entrenador de la Selección española, D. Vicente del Bosque, visitaron la sede de la Conferencia Episcopal con la Copa del Mundo de Fútbol que la Selección ganó el pasado mes de julio en Sudáfrica. El Cardenal Rouco destacó el “espíritu de equipo” y el “ejemplo de cooperación

de la Selección española” y destacó las “virtudes humanas y cristianas” que se han dado en sus componentes para lograr el éxito conseguido.

Otras informaciones

Por último, como es habitual, en la Asamblea Plenaria se ha informado sobre diversos temas de seguimiento y sobre las actividades de las distintas Comisiones Episcopales. Entre otros asuntos destacados, los obispos han recibido información de los preparativos de la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011 y de un encuentro entre obispos europeos y africanos, que ha tenido lugar en Abidjan (Costa de Marfil), del 10 al 14 de noviembre, y al que ha asistido, en representación de la CEE, el obispo de Tenerife, Mons. Álvarez Afonso. Pueden consultarse los detalles del encuentro en www.ccee.ch

Aprobación de Asociaciones Nacionales

La Asamblea Plenaria ha concedido la prórroga por un año de los actuales Estatutos de Manos Unidas, para dar tiempo así a realizar las modificaciones sobre las que se está trabajando.

Por último, se ha aprobado la modificación de los Estatutos de “Centros católicos de cultura popular y desarrollo de adultos”, en cuestiones que facilitan la comprensión de la estructura de la Asociación y que no afectan a nada fundamental de los Centros.

NOMBRAMIENTOS EPISCOPALES

El sacerdote D. Santiago Gómez Sierra ha sido nombrado Obispo auxiliar de Sevilla

Madrid, 18 de diciembre de 2010

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que el Papa, Benedicto XVI, ha nombrado Obispo auxiliar de la archidiócesis de Sevilla a D. Santiago Gómez Sierra, actualmente Deán de la Catedral de Córdoba, asignándole la sede titular de Vergi.

D. Santiago Gómez Sierra nació en Madridejos (Toledo) el 24 de noviembre de 1957. Realizó los estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor de Córdoba. Obtuvo la Licenciatura en Filosofía y Ciencias de la Educación (sección de filosofía) por la Universidad Complutense de Madrid y la Licenciatura en Teología (especialidad dogmática y Fundamental) por la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid. Fue ordenado sacerdote en Córdoba el 18 de septiembre de 1982.

Desde 1982 hasta 1993 fue formador y vicerrector del Seminario Mayor “San Pelagio” de Córdoba así como Prefecto de Estudios. Desde su creación y hasta 2007, ha sido profesor del Seminario Mayor de “San Pelagio” de Córdoba y del Instituto Superior de Ciencias Religiosas “Beata Victoria Díez”. Entre 1983 y 1991, fue cura ecónomo de “Ntra. Sra. De los Ángeles” de Alcolea-Córdoba.

En 1991, fue nombrado Arcipreste del Alto Guadalquivir y en 1993, párroco de “San Juan y Todos los Santos” en Córdoba. A partir de 2005, fue Vice-Presidente de la Junta de Gobierno de la Obra Pía “Santísima Trinidad” en Córdoba.

En 1997, y hasta 2001 fue nombrado Vicario General, cargo que ocupó también entre 2004 y 2007, periodo en el que además fue Moderador de la Curia. Durante el trienio 2004-2007, fue miembro del Consejo Diocesano de la Educación Católica y de 2006 a 2007, Vice-Presidente del Patronato de la Fundación de la Escuela Universitaria de Magisterio. En 2007, fue nombrado Presidente del Consejo de Administración de “CajaSur”.

Actualmente es Deán del Cabildo de la Catedral de Córdoba, miembro del Consejo de Administración de “CajaSur”, Capellán de Religiosas “Esclavas del

Sagrado Corazón” de Córdoba, confesor de los Cistercienses del Monasterio de Hornachuelos. Adscrito a la Parroquia de “San Juan de Todos los Santos” de Córdoba y Director Espiritual de la Adoración Nocturna Femenina.

El sacerdote D. Julián Ruiz Martorell ha sido nombrado Obispo de Huesca y de Jaca, actualmente es Vicario General de Zaragoza

Madrid, 30 de diciembre de 2010

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que el Papa, Benedicto XVI, ha nombrado Obispo de las diócesis de Huesca y de Jaca, unidas “in persona episcopi”, a D. Julián Ruiz Martorell, actualmente Vicario General de la Archidiócesis de Zaragoza. Las diócesis mencionadas se encontraban vacantes desde el traslado de Mons. D. Jesús Sanz Montes a la Archidiócesis de Oviedo, sede de la que tomó posesión el 30 de enero de 2010. Desde entonces, Mons. Sanz ha sido también Administrador Apostólico de Huesca y de Jaca.

D. Julián Ruiz Martorell nació en Cuenca el 19 de enero de 1957. Realizó los estudios eclesiásticos en el Seminario Metropolitano de Zaragoza. Durante sus años de estudio en Roma (1983-1988) obtuvo la Licenciatura en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana y la Licenciatura en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico. Además de español, habla italiano, inglés y francés. Conoce bien latín, griego, hebreo y arameo, y lee alemán. Fue ordenado sacerdote en Zaragoza el 24 de octubre de 1981.

Desde 1981 hasta 1983, fue ecónomo de Plasencia de Jalón y encargado de Bardallur; en 1983, encargado de Bárboles, Pleitas y Oitura; entre 1983 y 1988, capellán de las Religiosas “Battistine”, en Roma; de 1988 a 1993 estuvo adscrito a la parroquia de Santa Rafaela María, en Zaragoza. Fue director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas “Nuestra Señora del Pilar” (1991-2005), capellán de la comunidad religiosa del Colegio Teresiano del Pilar, en Zaragoza (1994-2010), director del Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón (1998-2005), director del Centro de Zaragoza del Instituto Superior de Ciencias Religiosas a distancia “San Agustín” (1999-2005) y delegado de Culto y Pastoral de El Pilar (2007-2010).

Actualmente es Profesor de Sagrada Escritura del Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón, del Instituto Superior de Ciencias Religiosas

“Nuestra Señora del Pilar” y del Centro de Zaragoza del Instituto Superior de Ciencias Religiosas a distancia “San Agustín”. Es también Miembro del Consejo Diocesano de Pastoral, desde 1993, y del Consejo Presbiteral, desde 1998; Canónigo de la Catedral Basílica “Nuestra Señora del Pilar” de Zaragoza, desde 2004; Miembro del Colegio de Consultores, desde 2005, y Secretario del Consejo Presbiteral. Fue nombrado Vicario General de la Archidiócesis en 2009.

JORNADAS Y COLECTAS ECLESIALES -2011-

Con indicación del modo de realización de cada una

1 de enero (Santa María Madre de Dios). Jornada por la Paz: Jornada mundial (pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la oración universal.

6 de enero (Epifanía del Señor). Colecta del catequista nativo (pontificia: OO.MM.PP.) y Colecta del IEME (de la CEE: optativa). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

16 de enero (Segundo domingo del Tiempo Ordinario). Jornada Mundial de las Migraciones (pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal. Puede celebrarse la Misa “Por los Emigrantes y Exiliados”, por mandato o con permiso del ordinario del lugar (cf. OGMR, 332).

18-25 de enero. Octavario de Oración por la Unidad de los cristianos (mundial y pontificia). El domingo que cae dentro del Octavario se puede celebrar la “Misa por la Unidad de los cristianos”, con las lecturas del domingo.

23 de enero (Cuarto domingo de enero). Jornada (y Colecta) de la Infancia Misionera (mundial y pontificia: OO.MM.PP.). Celebración de la liturgia del día, alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal; colecta.

2 de febrero (Fiesta de la Presentación del Señor). Jornada de la Vida Consagrada (mundial y pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal.

11 de febrero (Ntra. Señora de Lourdes). Jornada Mundial del Enfermo (pontificia y dependiente de la CEE, obligatoria). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal. No obstante, por “utilidad pastoral”, a juicio del rector de la Iglesia o del sacerdote celebrante, se puede usar el formulario “Por los Enfermos” (cf. OGMR 373).

13 de febrero (Segundo domingo de febrero). Colecta de la Campaña contra el Hambre en el Mundo (dependiente de la C.E.E., obligatoria). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

6 de marzo (Primer domingo de marzo). Día (y colecta) de Hispanoamérica (dependiente de la C.E.E., optativa). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal; colecta.

19/20 de marzo (Solemnidad de San José o domingo más próximo). Día (y colecta) del Seminario. Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal; colecta.

25 de marzo (Solemnidad de la Anunciación del Señor). Jornada Pro- Vida (dependiente de la CEE). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía, intención en la oración universal.

22 de abril (Viernes Santo). Colecta por los Santos Lugares (pontificia). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

8 de mayo (Último domingo de abril). Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal.

15 de mayo (Domingo IV de Pascua). Jornada y Colecta de Vocaciones Nativas (pontificia: OMP). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la oración universal.

5 de junio (Domingo IV de Pascua). Jornada (y colecta) de las Comunicaciones Sociales (pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.

12 de junio (Solemnidad de Pentecostés). Día de la Acción católica y del Apostolado Seglar (dependiente de la C.E.E., optativa). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal.

19 de junio (Solemnidad de la Santísima Trinidad). Día pro Orantibus (dependiente de la C.E.E., obligatoria). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la oración universal.

26 de junio (Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo). Día (y colecta) de la Caridad (dependiente de la C.E.E., obligatoria). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal; colecta.

29 de junio (Día de San Pedro y San Pablo). San Pedro y San Pablo: Colecta del Obolo de San Pedro (pontificia). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

3 de julio (Primer domingo de julio). Jornada de responsabilidad del Tráfico (dependiente de la C.E.E., optativa). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal.

23 de octubre (Penúltimo domingo de octubre). Jornada Mundial (y colecta) por la evangelización de los pueblos (pontificia, OO.MM.PP.). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal; colecta. En la celebración de la liturgia del día puede usarse el formulario “Por la Evangelización de los pueblos”. (cf. OGMR, 374).

13 de noviembre (Domingo anterior a la solemnidad Jesucristo Rey). Día (y colecta) de la Iglesia Diocesana (dependiente de la C.E.E., optativa). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal; colecta.

30 de diciembre (Domingo dentro de la octava de Navidad, Fiesta de la Sagrada Familia) Jornada por la Familia y la Vida (pontificia y dependiente de la C.E.E.). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración universal.

COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SEGLAR

Nota de los obispos de la subcomisión para la Familia y la defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia (26 de diciembre de 2010)*La Familia, esperanza de la humanidad*

Con agradecimiento y alegría, hemos acogido las palabras que su Santidad Benedicto XVI nos ha transmitido en su reciente visita a Santiago de Compostela y a Barcelona. El Santo Padre ha retomado el mensaje profético que tantas veces Juan Pablo II enseñó en su extraordinario magisterio sobre el matrimonio y la familia: Jesucristo, “en el silencio del hogar de Nazaret, nos ha enseñado sin palabras, la dignidad y el valor primordial del matrimonio y la familia, esperanza de la humanidad”¹.

Los obispos de la Subcomisión de Familia y Vida, en el marco de la próxima Jornada que celebraremos el domingo 26 de diciembre con el lema «la familia, esperanza de la humanidad», queremos invitar a todas las comunidades cristianas, movimientos y asociaciones a ser testigos y portavoces del mensaje que el Santo Padre nos ha regalado: el hogar, fundado en el don que Cristo Esposo hace a la comunión indisoluble y abierta a la vida entre un hombre y una mujer, forma parte de la esperanza de los hombres. De esta manera, el futuro de la humanidad y de la Iglesia se fragua en la familia².

1. La familia, esperanza del hombre.**a). La familia: lugar de la libertad.**

Siguiendo el magisterio de su predecesor, Benedicto XVI ha insistido de nuevo en la relación necesaria que existe entre verdad y libertad³. Y esta vinculación constituye una de las principales razones por las que la familia es esperanza para la humanidad.

¿Qué verdad es la que orienta y da sentido a la libertad? Se trata de la verdad del amor para el que ha sido creado el ser humano, y de un modo primero y fundamental del amor de Dios que se ha manifestado plenamente en la entrega de su propio Hijo en la Cruz. Por eso el Papa ha afirmado que el servicio más fundamental que la Iglesia debe ofrecer a Europa es proponer la verdad decisiva para el hombre: que Dios es la plenitud y la meta del ser humano y por eso el “cimiento y cúspide de nuestra libertad”⁴.

La familia cristiana es el ambiente apropiado para reconocer el rostro paterno de Dios y su amor absoluto e incondicionado. Es, por lo tanto, el primer cauce para reconocer la verdad más fundamental en la que se basa la auténtica libertad.

Si el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza divina, no tiene otro modo de alcanzar una vida en plenitud que el amor verdadero. El don de la propia vida a imagen de Cristo mediante vínculos estables es la verdad que da sentido a nuestra libertad⁵. Y el lugar propio para vivir ese amor fiel es la familia.

El hijo, al acoger el don que le hacen sus padres, comienza a responder entregándose a aquéllos que le han amado primera e incondicionalmente. Por lo tanto, en la familia se vive “la lógica del amor y del servicio” que Cristo ha encarnado en su propia vida y que el Papa ha propuesto en Santiago de Compostela a los jóvenes para alcanzar una vida en plenitud⁶.

b). La familia, santuario de la vida humana.

La familia no sólo es la esperanza de la humanidad por ser lugar en el que se aprende a vivir en libertad sino, de un modo más fundamental, porque es el santuario donde la vida humana es acogida en todas sus etapas.

Con pesar asistimos en nuestro país a una época la que la vida humana más débil e inocente, la del niño que va a nacer, ha sido desprotegida. Los obispos, en comunión con el Santo Padre, pedimos a nuestros gobernantes que promuevan acciones encaminadas a defender la vida desde su concepción hasta su ocaso natural y a apoyar el ám-

bito donde la vida de los hijos es alumbrada y acogida: el amor indisoluble de un hombre y una mujer que contraen matrimonio y fundan la familia⁷.

2. La familia cristiana en la Iglesia, luz para los hombres.

La familia cristiana no puede existir sin la Iglesia, ya que, en ella, Cristo se hace contemporáneo a todos los hombres, cada hogar recibe la gracia del Espíritu Santo y los padres disponen de la ayuda necesaria para que sus hijos descubran el sentido de su vida⁸.

Pero la Iglesia necesita también a la familia cristiana. Y no sólo porque es el primer camino de evangelización del hombre⁹, sino porque la Iglesia es, en su dimensión más fundamental, un misterio de comunión. Por esto, la familia cristiana es el signo y el recuerdo permanente para la Iglesia de que es, esencialmente, familia de hijos de Dios, llamada a establecer auténticas relaciones familiares¹⁰.

Jesucristo, nos recordaba el Papa, “nos ha enseñado también que toda la Iglesia, escuchando y cumpliendo su Palabra, se convierte en su Familia”¹¹.

De este modo, todas las personas pueden encontrar en la Iglesia un hogar en el que son amadas y valoradas al margen de cualquier criterio utilitarista por la grandeza de lo que son: hijos de Dios, redimidos por Jesucristo y recreados por el Espíritu Santo.

La familia cristiana, por lo tanto, enseña a cada comunidad eclesial cual es su verdad más profunda y el modo en que está llamada a vivir. Nos lo recordaba Benedicto XVI de un modo enormemente bello en su visita a la catedral de Santiago de Compostela: la Iglesia “tiene su origen en el misterio de comunión que es Dios. Mediante la fe, somos introducidos en el misterio de amor que es la Santísima Trinidad. Somos, de alguna manera, abrazados

por Dios, transformados por su amor. La Iglesia es ese abrazo de Dios en el que los hombres aprenden también a abrazar a sus hermanos”¹².

En estas fiestas navideñas, pedimos al Niño Dios que bendiga cada hogar, especialmente los que sufren las consecuencias de la crisis económica. Que toda familia que sufre encuentre siempre en la Iglesia el abrazo de sus hermanos.

NOTAS:

- 1 Benedicto XVI, Ángelus ante el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia (7-11-10).
- 2 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 86.
- 3 Cf. Benedicto XVI, Discurso en el aeropuerto de Santiago de Compostela (6-11-10); Id., Palabras en la visita a la catedral de Santiago de Compostela (6-11-10); Cf. *Fides et ratio*, 90
- 4 Benedicto XVI, Homilía con ocasión del Año Santo compostelano en la Eucaristía celebrada en la Plaza del Obradoiro (6-11-10).
- 5 Cf. Benedicto XVI, Homilía en la consagración del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia (7-11-10).
- 6 Cf. Benedicto XVI, Homilía con ocasión del Año Santo compostelano (6-11-10).
- 7 Cf. Benedicto XVI, Homilía en la consagración del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia (7-11-10). Id., Ángelus ante el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia (7-11-10).
- 8 “Ningún hombre y ninguna mujer por sí solos y únicamente con sus fuerzas puede dar a sus hijos, de manera adecuada, el amor y el sentido de la vida”: Benedicto XVI, Discurso a la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma (06-06-2005).
- 9 Cf. CXXXVI Asamblea Plenaria de la conferencia Episcopal Española, Instrucción pastoral: La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad (27-04-2001), 165.
- 10 “La Iglesia, así, puede y debe asumir en su propia vida y en su misión una dimensión más doméstica, esto es, familiar, adoptando un estilo de relaciones más humano y fraterno”: *Ibíd.*, 96.
- 11 Benedicto XVI, Ángelus ante el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia (7-11-10).
- 12 Benedicto XVI, Palabras en la visita a la catedral de Santiago de Compostela (6-11-10).



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSALSANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro. Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del universo. Domingo, 21 de noviembre de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Acaba de concluir en la basílica vaticana la liturgia de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo, concelebrada también por los 24 nuevos cardenales, creados en el consistorio de ayer. La solemnidad de Cristo Rey fue instituida por el Papa Pío XI en 1925 y más tarde, después del concilio Vaticano II, se colocó al final del año litúrgico. El Evangelio de san Lucas presenta, como en un gran cuadro, la realeza de Jesús en el momento de la crucifixión. Los jefes del pueblo y los soldados se burlan del «primogénito de toda la creación» (Col 1, 15) y lo ponen a prueba para ver si tiene poder para salvarse de la muerte (cf. Lc 23, 35-37). Sin embargo, precisamente «en la cruz, Jesús se encuentra a la “altura” de Dios, que es Amor. Allí se le puede “reconocer”. (...) Jesús nos da la “vida” porque nos da a Dios. Puede dárnoslo porque él es uno con Dios» (Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, pp. 403-404. 409). De hecho, mientras que el Señor parece pasar desapercibido entre dos mal-

hechores, uno de ellos, consciente de sus pecados, se abre a la verdad, llega a la fe e implora «al rey de los judíos»: «Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino» (Lc 23, 42). De quien «existe antes de todas las cosas y en él todas subsisten» (Col 1, 17) el llamado «buen ladrón» recibe inmediatamente el perdón y la alegría de entrar en el reino de los cielos. «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23, 43). Con estas palabras, Jesús, desde el trono de la cruz, acoge a todos los hombres con misericordia infinita. San Ambrosio comenta que «es un buen ejemplo de la conversión a la que debemos aspirar: muy pronto al ladrón se le concede el perdón, y la gracia es más abundante que la petición; de hecho, el Señor -dice san Ambrosio- siempre concede más de lo que se le pide (...) La vida consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el Reino» (*Expositio Evangelii secundum Lucam* X, 121: ccl 14, 379).

Queridos amigos, el camino del amor, que el Señor nos revela y nos invita a recorrer, se puede contemplar también en el arte cristiano. De hecho, antiguamente, «en la configuración de los edificios sagrados (...) se hizo habitual representar en el lado oriental al

Señor que regresa como rey -imagen de la esperanza-, mientras en el lado occidental estaba el Juicio final, como imagen de la responsabilidad respecto a nuestra vida» (*Spe salvi*, 41): esperanza en el amor infinito de Dios y compromiso de ordenar nuestra vida según el amor de Dios. Cuando contemplamos las representaciones de Jesús inspiradas en el Nuevo Testamento, como enseña un antiguo Concilio, se nos lleva a «comprender (...) la sublimidad de la humillación del Verbo de Dios y (...) a recordar su vida en la carne, su pasión y muerte salvífica, y la redención que de allí se deriva para el mundo» (Concilio de Trullo [año 691 o 692], canon 82). «Sí, las necesitamos para poder reconocer en el corazón traspasado del Crucificado el misterio de Dios» (Joseph Ratzinger, *Teologia della liturgia. La fondazione sacramentale dell'esistenza cristiana*, LEV, 2010, 69).

En la celebración de su Presentación en el templo, encomendamos a la Virgen María a los nuevos purpurados del Colegio cardenalicio y nuestra peregrinación terrena hacia la eternidad.

Plaza de San Pedro. I Domingo de Adviento, 28 de noviembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, primer domingo de Adviento, la Iglesia inicia un nuevo Año litúrgico,

un nuevo camino de fe que, por una parte, conmemora el acontecimiento de Jesucristo, y por otra, se abre a su cumplimiento final. Precisamente de esta doble perspectiva vive el tiempo de Adviento, mirando tanto a la primera venida del Hijo de Dios, cuando nació de la Virgen María, como a su vuelta gloriosa, cuando vendrá a «juzgar a vivos y muertos», como decimos en el Credo. Sobre este sugestivo tema de la «espera», quiero detenerme ahora brevemente, porque se trata de un aspecto profundamente humano, en el que la fe se convierte, por decirlo así, en un todo con nuestra carne y nuestro corazón.

La espera, el esperar, es una dimensión que atraviesa toda nuestra existencia personal, familiar y social. La espera está presente en mil situaciones, desde las más pequeñas y banales hasta las más importantes, que nos implican totalmente y en lo profundo. Pensemos, entre estas, en la espera de un hijo por parte de dos esposos; en la de un pariente o de un amigo que viene a visitarnos de lejos; pensemos, para un joven, en la espera del resultado de un examen decisivo, o de una entrevista de trabajo; en las relaciones afectivas, en la espera del encuentro con la persona amada, de la respuesta a una carta, o de la aceptación de un perdón... Se podría decir que el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza. Y, al hombre, se lo reconoce por sus esperas: nuestra «estatura» moral y espiritual se

puede medir por lo que esperamos, por aquello en lo que esperamos.

Cada uno de nosotros, por tanto, especialmente en este tiempo que nos prepara a la Navidad, puede preguntarse: ¿yo qué espero? En este momento de mi vida, ¿a qué tiende mi corazón? Y esta misma pregunta se puede formular a nivel de familia, de comunidad, de nación. ¿Qué es lo que esperamos juntos? ¿Qué une nuestras aspiraciones?, ¿qué tienen en común? En el tiempo anterior al nacimiento de Jesús, era muy fuerte en Israel la espera del Mesías, es decir, de un Consagrado, descendiente del rey David, que finalmente liberaría al pueblo de toda esclavitud moral y política e instauraría el reino de Dios. Pero nadie habría imaginado nunca que el Mesías pudiese nacer de una joven humilde como era María, prometida del justo José. Ni siquiera ella lo habría pensado nunca, pero en su corazón la espera del Salvador era tan grande, su fe y su esperanza eran tan ardientes, que él pudo encontrar en ella una madre digna. Por lo demás, Dios mismo la había preparado, antes de los siglos. Hay una misteriosa correspondencia entre la espera de Dios y la de María, la criatura «llena de gracia», totalmente transparente al designio de amor del Altísimo. Aprendamos de ella, Mujer del Adviento, a vivir los gestos cotidianos con un espíritu nuevo, con el sentimiento de una espera profunda, que sólo la venida de Dios puede colmar.

Plaza de San Pedro. II Domingo de Adviento, 5 de diciembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este segundo domingo de Adviento (Mt 3, 1-12) nos presenta la figura de san Juan Bautista, el cual, según una célebre profecía de Isaías (cf. 40, 3), se retiró al desierto de Judea y, con su predicación, llamó al pueblo a convertirse para estar preparado para la inminente venida del Mesías. San Gregorio Magno comenta que el Bautista «predica la recta fe y las obras buenas... para que la fuerza de la gracia penetre, la luz de la verdad resplandezca, los caminos hacia Dios se enderecen y nazcan en el corazón pensamientos honestos tras la escucha de la Palabra que guía hacia el bien» (*Hom. in Evangelia*, XX, 3: CCL 141, 155). El precursor de Jesús, situado entre la Antigua y la Nueva Alianza, es como una estrella que precede la salida del Sol, de Cristo, es decir, de Aquél sobre el cual -según otra profecía de Isaías- «reposará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor» (Is 11, 2).

En el tiempo de Adviento, también nosotros estamos llamados a escuchar la voz de Dios, que resuena en el desierto del mundo a través de las Sagradas Escrituras, especialmente cuando se predicán con la fuerza del Espíritu Santo. De hecho, la fe se fortalece cuanto más se deja iluminar por la Pa-

labra divina, por «todo cuanto -como nos recuerda el apóstol san Pablo- fue escrito en el pasado... para enseñanza nuestra, para que con la paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza» (Rm 15, 4). El modelo de la escucha es la Virgen María: «Contemplando en la Madre de Dios una existencia totalmente modelada por la Palabra, también nosotros nos sentimos llamados a entrar en el misterio de la fe, con la que Cristo viene a habitar en nuestra vida. San Ambrosio nos recuerda que todo cristiano que cree, concibe en cierto sentido y engendra al Verbo de Dios en sí mismo» (*Verbum Domini*, 28).

Queridos amigos, «nuestra salvación se basa en una venida», escribió Romano Guardini (*La santa notte. Dall'Avvento all'Epifania*, Brescia 1994, p. 13). «El Salvador vino por la libertad de Dios... Así la decisión de la fe consiste... en acoger a Aquél que se acerca» (ib., p. 14). «El Redentor -añade- viene a cada hombre: en sus alegrías y penas, en sus conocimientos claros, en sus dudas y tentaciones, en todo lo que constituye su naturaleza y su vida» (ib., p. 15).

A la Virgen María, en cuyo seno habitó el Hijo del Altísimo, y que el miércoles próximo, 8 de diciembre, celebraremos en la solemnidad de la Inmaculada Concepción, pedimos que nos sostenga en este camino espiritual, para acoger con fe y con amor la venida del Salvador.

Después del Ángelus

LLAMAMIENTO

En este tiempo de Adviento, en el que estamos llamados a alimentar nuestra espera del Señor y a acogerlo en medio de nosotros, os invito a rezar por todas las situaciones de violencia, de intolerancia, de sufrimiento que hay en el mundo, para que la venida de Jesús traiga consuelo, reconciliación y paz. Pienso en las muchas situaciones difíciles, como los continuos atentados que se cometen en Irak contra cristianos y musulmanes; en los enfrentamientos en Egipto en los que ha habido muertos y heridos; y en las víctimas de traficantes y de criminales, como el drama de los rehenes eritreos y de otras nacionalidades, en el desierto del Sinaí. El respeto de los derechos de todos es el requisito para la convivencia civil. Que nuestra oración al Señor y nuestra solidaridad lleven esperanza a los que se encuentran en el sufrimiento.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 8 de diciembre de 2010. SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy nuestra cita para la oración del Ángelus adquiere una luz especial, en el contexto de la solemnidad de la In-

maculada Concepción de María. En la liturgia de esta fiesta, se proclama el evangelio de la Anunciación (Lc 1, 26-38), que contiene precisamente el diálogo entre el ángel Gabriel y la Virgen. «¡Alégrate, llena de gracia!, el Señor está contigo», dice el mensajero de Dios, y de este modo revela la identidad más profunda de María, el «nombre», por así decir, con el que Dios mismo la conoce: «llena de gracia». Esta expresión, que nos resulta tan familiar desde la infancia, pues la pronunciamos cada vez que rezamos el Avemaría, nos explica el misterio que hoy celebramos. De hecho, María, desde el momento en que fue concebida por sus padres, fue objeto de una singular predilección por parte de Dios, quien en su designio eterno la escogió para ser madre de su Hijo hecho hombre y, por consiguiente, preservada del pecado original. Por eso, el ángel se dirige a ella con este nombre, que implícitamente significa: «colmada desde siempre del amor de Dios», de su gracia.

El misterio de la Inmaculada Concepción es fuente de luz interior, de esperanza y de consuelo. En medio de las pruebas de la vida, y especialmente de las contradicciones que experimenta el hombre en su interior y a su alrededor, María, Madre de Cristo, nos dice que la Gracia es más grande que el pecado, que la misericordia de Dios es más poderosa que el mal y sabe transformarlo en bien. Por desgracia, cada día nosotros experimentamos el

mal, que se manifiesta de muchas maneras en las relaciones y en los acontecimientos, pero que tiene su raíz en el corazón del hombre, un corazón herido, enfermo e incapaz de curarse por sí solo. La Sagrada Escritura nos revela que en el origen de todo mal se encuentra la desobediencia a la voluntad de Dios, y que la muerte ha dominado porque la libertad humana ha cedido a la tentación del Maligno. Pero Dios no desfallece en su designio de amor y de vida: a través de un largo y paciente camino de reconciliación ha preparado la alianza nueva y eterna, sellada con la sangre de su Hijo, que para ofrecerse a sí mismo en expiación «nació de mujer» (cf. Ga 4, 4). Esta mujer, la Virgen María, se benefició anticipadamente de la muerte redentora de su Hijo y desde la concepción fue preservada del contagio de la culpa. Por eso, con su corazón inmaculado, nos dice: confiad en Jesús, él os salvará.

Queridos amigos, hoy por la tarde renovaré el tradicional homenaje a la Virgen Inmaculada, ante el monumento a ella dedicado en la plaza de España. Con este acto de devoción me hago intérprete del amor de los fieles de Roma y de todo el mundo a la Madre que Cristo nos ha dado. Encomiendo a su intercesión las necesidades más urgentes de la Iglesia y del mundo. Que ella nos ayude sobre todo a tener fe en Dios, a creer en su Palabra, a rechazar siempre el mal y a escoger el bien.

Plaza de San Pedro. III Domingo de Adviento, 12 de diciembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

En este tercer domingo de Adviento, la liturgia propone un pasaje de la carta de Santiago, que comienza con esta exhortación: «Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor» (St 5, 7). Me parece muy importante, en nuestros días, subrayar el valor de la constancia y de la paciencia, virtudes que pertenecían al bagaje normal de nuestros padres, pero que hoy son menos populares en un mundo que, más bien, exalta el cambio y la capacidad de adaptarse a situaciones siempre nuevas y distintas. Sin quitar nada a estos aspectos, que también son cualidades del ser humano, el Adviento nos llama a potenciar la tenacidad interior y la resistencia del alma que nos permiten no desesperar en la espera de un bien que tarda en venir, sino esperarlo, es más, preparar su venida con confianza activa.

«Mirad al labrador -escribe san Santiago-; espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones porque la venida del Señor está cerca» (St 5, 7-8). La comparación con el campesino es muy expresiva: quien ha sembrado en el campo, tiene ante sí algunos meses de espera paciente y constante, pero sabe que mientras tanto la semilla cumple su ciclo, gracias a las lluvias de otoño y de primavera. El agricultor no es fatalista,

sino modelo de una mentalidad que une de modo equilibrado la fe y la razón, porque, por una parte, conoce las leyes de la naturaleza y hace bien su trabajo y, por otra, confía en la Providencia, puesto que algunas cosas fundamentales no están en sus manos, sino en manos de Dios. La paciencia y la constancia son precisamente síntesis entre el empeño humano y la confianza en Dios.

«Fortaleced vuestros corazones», dice la Escritura. ¿Cómo podemos hacerlo? ¿Cómo podemos fortalecer nuestros corazones, que ya de por sí son frágiles y que resultan todavía más inestables a causa de la cultura en la que estamos sumergidos? La ayuda no nos falta: es la Palabra de Dios. De hecho, mientras todo pasa y cambia, la Palabra del Señor no pasa. Si las vicisitudes de la vida hacen que nos sintamos perdidos y parece que se derrumba toda certeza, contamos con una brújula para encontrar la orientación, tenemos un ancla para no ir a la deriva. Y aquí se nos ofrece el modelo de los profetas, es decir, de esas personas a las que Dios ha llamado para que hablen en su nombre. El profeta encuentra su alegría y su fuerza en la Palabra del Señor y, mientras los hombres buscan a menudo la felicidad por caminos que resultan equivocados, él anuncia la verdadera esperanza, la que no falla porque tiene su fundamento en la fidelidad de Dios. Todo cristiano, en virtud del Bautismo, ha recibido la dignidad profética; y cada uno debe redescubrirla y alimentarla, escuchando asiduamente la Palabra divina. Que nos lo obtenga la Virgen María, a

quien el Evangelio llama bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de las palabras del Señor (cf. Lc 1, 45).

Plaza de San Pedro. IV Domingo de Adviento, 19 de diciembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo de Adviento, el evangelio de san Mateo narra cómo sucedió el nacimiento de Jesús situándose desde el punto de vista de san José. Él era el prometido de María, la cual «antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18). El Hijo de Dios, realizando una antigua profecía (cf. Is 7, 14), se hace hombre en el seno de una virgen, y ese misterio manifiesta a la vez el amor, la sabiduría y el poder de Dios a favor de la humanidad herida por el pecado. San José se presenta como hombre «justo» (Mt 1, 19), fiel a la ley de Dios, disponible a cumplir su voluntad. Por eso, entra en el misterio de la Encarnación después de que un ángel del Señor, apareciéndosele en sueños, le anuncia: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20-21). Abandonando el pensamiento de repudiar en secreto a María, la toma consigo, porque ahora sus ojos ven en ella la obra de Dios.

San Ambrosio comenta que «en José se dio la amabilidad y la figura del justo, para hacer más digna su calidad de testigo» (*Exp. Ev. sec. Lucam II*, 5: ccl 14, 32-33). Él -prosigue san Ambrosio- «no habría podido contaminar el templo del Espíritu Santo, la Madre del Señor, el seno fecundado por el misterio» (ib., II, 6: CCL 14, 33). A pesar de haber experimentado turbación, José actúa «como le había ordenado el ángel del Señor», seguro de hacer lo que debía. También poniendo el nombre de «Jesús» a ese Niño que rige todo el universo, él se inserta en el grupo de los servidores humildes y fieles, parecido a los ángeles y a los profetas, parecido a los mártires y a los apóstoles, como cantan antiguos himnos orientales. San José anuncia los prodigios del Señor, dando testimonio de la virginidad de María, de la acción gratuita de Dios, y custodiando la vida terrena del Mesías. Veneremos, por tanto, al padre legal de Jesús (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 532), porque en él se perfila el hombre nuevo, que mira con fe y valentía al futuro, no sigue su propio proyecto, sino que se confía totalmente a la infinita misericordia de Aquel que realiza las profecías y abre el tiempo de la salvación.

Queridos amigos, a san José, patrono universal de la Iglesia, deseo confiar a todos los pastores, exhortándolos a ofrecer «a los fieles cristianos y al mundo entero la humilde y cotidiana propuesta de las palabras y de los gestos de Cristo» (*Carta de convocatoria del Año sacerdotal*). Que nuestra vida se adhiera cada vez más a la Persona de Jesús, precisamente porque

«el que es la Palabra asume él mismo un cuerpo; viene de Dios como hombre y atrae a sí toda la existencia humana, la lleva al interior de la palabra de Dios» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 387). Invoquemos con confianza a la Virgen María, la llena de gracia «adornada de Dios», para que, en la Navidad ya inminente, nuestros ojos se abran y vean a Jesús, y el corazón se alegre en este admirable encuentro de amor.

Plaza de San Pedro. Domingo 26 de diciembre de 2010. FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARETH

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio según san Lucas narra que los pastores de Belén, después de recibir del ángel el anuncio del nacimiento del Mesías, «fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre» (2, 16). Así pues, a los primeros testigos oculares del nacimiento de Jesús se les presentó la escena de una familia: madre, padre e hijo recién nacido. Por eso, el primer domingo después de Navidad, la liturgia nos hace celebrar la fiesta de la Sagrada Familia. Este año tiene lugar precisamente al día siguiente de la Navidad y, prevaleciendo sobre la de san Esteban, nos invita a contemplar este «icono» en el que el niño Jesús aparece en el centro del afecto y de la solicitud de sus padres. En la pobre cueva de Belén, -escriben los Padres de la

Iglesia- resplandece una luz vivísima, reflejo del profundo misterio que envuelve a ese Niño, y que María y José custodian en su corazón y dejan traslucir en sus miradas, en sus gestos y sobre todo en sus silencios. De hecho, conservan en lo más íntimo las palabras del anuncio del ángel a María: «El que ha de nacer será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35).

Sin embargo, el nacimiento de todo niño conlleva algo de este misterio. Lo saben muy bien los padres que lo reciben como un don y que, con frecuencia, así se refieren a él. Todos hemos escuchado decir alguna vez a un papá y a una mamá: «Este niño es un don, un milagro». En efecto, los seres humanos no viven la procreación meramente como un acto reproductivo, sino que perciben su riqueza, intuyen que cada criatura humana que se asoma a la tierra es el «signo» por excelencia del Creador y Padre que está en el cielo. ¡Cuán importante es, por tanto, que cada niño, al venir al mundo, sea acogido por el calor de una familia! No importan las comodidades exteriores: Jesús nació en un establo y como primera cuna tuvo un pesebre, pero el amor de María y de José le hizo sentir la ternura y la belleza de ser amados. Esto es lo que necesitan los niños: el amor del padre y de la madre. Esto es lo que les da seguridad y lo que, al crecer, les permite descubrir el sentido de la vida. La Sagrada Familia de Nazaret pasó por muchas pruebas, como la de la «matanza de los inocentes» -nos la recuerda el Evangelio según san Mateo-, que obligó a José y María a emigrar a Egipto (cf. 2, 13-23).

Ahora bien, confiando en la divina Providencia, encontraron su estabilidad y aseguraron a Jesús una infancia serena y una educación sólida.

Queridos amigos, ciertamente la Sagrada Familia es singular e irrepetible, pero al mismo tiempo es «modelo de vida» para toda familia, porque Jesús, verdadero hombre, quiso nacer en una familia humana y, al hacerlo así, la bendijo y consagró. Encomendemos, por tanto, a la Virgen y a san José a todas las familias, para que no se desalienten ante las pruebas y dificultades, sino que cultiven siempre el amor conyugal y se dediquen con confianza al servicio de la vida y de la educación.

Después del Ángelus

LLAMAMIENTO

En este tiempo de la santa Navidad, el deseo y la invocación del don de la paz se han intensificado aún más. Pero nuestro mundo sigue marcado por la violencia,

especialmente contra los discípulos de Cristo. He recibido con gran tristeza la noticia del atentado en una iglesia católica en Filipinas, mientras se celebraban los ritos del día de Navidad, así como el ataque a iglesias cristianas en Nigeria. La tierra se ha vuelto a manchar de sangre en otras partes del mundo, como en Pakistán. Deseo expresar mi más sentido pésame por las víctimas de estas absurdas violencias, y repito una vez más el llamamiento a abandonar la senda del odio para encontrar soluciones pacíficas a los conflictos y dar a las queridas poblaciones seguridad y serenidad. En este día, en que celebramos a la Sagrada Familia, que vivió la dramática experiencia de tener que huir a Egipto a causa de la furia homicida de Herodes, recordemos también a todos aquellos -especialmente a las familias- que se ven obligados a abandonar sus casas a causa de la guerra, de la violencia y de la intolerancia. Os invito, por tanto, a uniros a mí en la oración para pedir con fuerza al Señor que toque el corazón de los hombres y traiga esperanza, reconciliación y paz.

AUDIENCIAS GENERALES

Sala Pablo VI. Miércoles, 24 de noviembre de 2010. Santa Catalina de Siena

Queridos hermanos y hermanas, hoy quiero hablaros de una mujer que tuvo un papel eminente en la historia

de la Iglesia. Se trata de santa Catalina de Siena. El siglo en el que vivió -siglo XIV- fue una época tormentosa para la vida de la Iglesia y de todo el tejido social en Italia y en Europa. Sin embargo, incluso en los momentos de mayor dificultad, el Señor no cesa de bendecir

a su pueblo, suscitando santos y santas que sacudan las mentes y los corazones provocando conversión y renovación. Catalina es una de estas personas y también hoy nos habla y nos impulsa a caminar con valentía hacia la santidad para que seamos discípulos del Señor de un modo cada vez más pleno.

Nació en Siena, en 1347, en el seno de una familia muy numerosa, y murió en Roma, en 1380. A la edad de 16 años, impulsada por una visión de santo Domingo, entró en la Tercera Orden Dominicana, en la rama femenina llamada de las Mantellate. Permaneciendo en su familia, confirmó el voto de virginidad que había hecho privadamente cuando todavía era una adolescente, se dedicó a la oración, a la penitencia y a las obras de caridad, sobre todo en beneficio de los enfermos.

Cuando se difundió la fama de su santidad, fue protagonista de una intensa actividad de consejo espiritual respecto a todo tipo de personas: nobles y hombres políticos, artistas y gente del pueblo, personas consagradas, eclesiásticos, incluido el Papa, Gregorio XI, que en aquel período residía en Aviñón y a quien Catalina exhortó energética y eficazmente a regresar a Roma. Viajó mucho para solicitar la reforma interior de la Iglesia y para favorecer la paz entre los Estados: también por este motivo, el venerable Juan Pablo II quiso declararla copatrona de Europa: que el viejo continente no olvide nunca las raíces cristianas que están en la base de

su camino y siga tomando del Evangelio los valores fundamentales que aseguran la justicia y la concordia.

Catalina sufrió mucho, como tantos santos. Alguien incluso pensó que había que desconfiar de ella hasta el punto de que, en 1374, seis años antes de su muerte, el capítulo general de los Dominicos la convocó a Florencia para interrogarla. Pusieron a su lado a un fraile erudito y humilde, Raimundo de Capua, futuro Maestro general de la Orden, el cual se convirtió en su confesor y también en su «hijo espiritual», y escribió una primera biografía completa de la santa. Fue canonizada en 1461.

La doctrina de Catalina, que aprendió a leer con dificultad y aprendió a escribir cuando ya era adulta, está contenida en *El Diálogo de la Divina Providencia o Libro de la Divina Doctrina*, una obra maestra de la literatura espiritual, en su *Epistolario* y en la colección de *las Oraciones*. Su enseñanza está dotada de una riqueza tal que el siervo de Dios Pablo VI, en 1970, la declaró doctora de la Iglesia, título que se añadía al de copatrona de la ciudad de Roma, por voluntad del beato Pío IX, y de patrona de Italia, según la decisión del venerable Pío XII.

En una visión que nunca se borró del corazón y de la mente de Catalina, la Virgen la presentó a Jesús que le dio un espléndido anillo, diciéndole: «Yo, tu Creador y Salvador, me caso con-

tigo en la fe, que conservarás siempre pura hasta que celebres conmigo en el cielo tus nupcias eternas» (Raimundo de Capua, *Santa Caterina da Siena, Legenda maior*, n. 115, Siena 1998). Ese anillo sólo era visible para ella. En este episodio extraordinario reconocemos el centro vital de la religiosidad de Catalina y de toda auténtica espiritualidad: el cristocentrismo. Cristo es para ella como el esposo, con quien vive una relación de intimidad, de comunión y de fidelidad. Él es el bien amado sobre todo bien.

Ilustra esta unión profunda con el Señor otro episodio de la vida de esta insigne mística: el intercambio del corazón. Según Raimundo de Capua, que transmite las confidencias que recibió de Catalina, el Señor Jesús se le apareció con un corazón humano rojo esplendoroso en la mano, le abrió el pecho, se lo introdujo y dijo: «Amada hija mía, así como el otro día tomé tu corazón, que tú me ofrecías, ahora te doy el mío, y de ahora en adelante estará en el lugar que ocupaba el tuyo» (ib.). Catalina vivió verdaderamente las palabras de san Pablo, «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20).

Como la santa de Siena, todo creyente siente la necesidad de uniformarse a los sentimientos del corazón de Cristo para amar a Dios y al prójimo como Cristo mismo ama. Y todos nosotros podemos dejarnos transformar el corazón y aprender a amar como Cristo, en

una familiaridad con él alimentada con la oración, con la meditación sobre la Palabra de Dios y con los sacramentos, sobre todo recibiendo frecuentemente y con devoción la sagrada Comunión. También Catalina pertenece a la legión de santos eucarísticos con los cuales quise concluir mi exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* (cf. n. 94). Queridos hermanos y hermanas, la Eucaristía es un extraordinario don de amor que Dios nos renueva continuamente para alimentar nuestro camino de fe, fortalecer nuestra esperanza, inflamar nuestra caridad, para hacernos cada vez más semejantes a él.

En torno a una personalidad tan fuerte y auténtica, se fue constituyendo una verdadera familia espiritual. Se trataba de personas fascinadas por la autoridad moral de esta joven de elevadísimo nivel de vida, y a veces impresionadas también por los fenómenos místicos a los que asistían, como los frecuentes éxtasis. Muchos se pusieron a su servicio y sobre todo consideraron un privilegio ser dirigidos espiritualmente por Catalina. La llamaban «mamá» pues como hijos espirituales obtenían de ella el alimento del espíritu.

También hoy la Iglesia recibe un gran beneficio del ejercicio de la maternidad espiritual de numerosas mujeres, consagradas y laicas, que alimentan en las almas el pensamiento de Dios, fortalecen la fe de la gente y orientan la vida cristiana hacia cum-

bres cada vez más elevadas. «Hijo os declaro y os llamo -escribe Catalina dirigiéndose a uno de sus hijos espirituales, el cartujo Giovanni Sabbatini-, en cuanto yo os doy a luz mediante continuas oraciones y deseo en presencia de Dios, como una madre da a luz a su hijo» (*Epistolario, carta n. 141: A don Giovanni de' Sabbatini*). Al fraile dominico Bartolomeo de Dominici solía dirigirse con estas palabras: «Amadísimo y queridísimo hermano e hijo en Cristo dulce Jesús».

Otro rasgo de la espiritualidad de Catalina está vinculado al don de lágrimas. Éstas expresan una sensibilidad exquisita y profunda, capacidad de conmoción y de ternura. No pocos santos han tenido el don de lágrimas, renovando la emoción de Jesús mismo, que no retuvo ni escondió su llanto ante el sepulcro del amigo Lázaro y ante el dolor de María y de Marta, y a la vista de Jerusalén, en sus últimos días terrenos. Según Catalina, las lágrimas de los santos se mezclan con la sangre de Cristo, de la cual ella habló con tonos vibrantes e imágenes simbólicas muy eficaces: «Haced memoria de Cristo crucificado, Dios y hombre (...). Poneos como objetivo a Cristo crucificado, escondiéndoo en las llagas de Cristo crucificado; sumergíos en la sangre de Cristo crucificado» (*Epistolario, carta n. 16: A uno cuyo nombre se calla*).

Aquí podemos comprender por qué Catalina, aun consciente de las faltas

humanas de los sacerdotes, siempre tuvo una grandísima reverencia por ellos, pues dispensan, mediante los sacramentos y la Palabra, la fuerza salvífica de la sangre de Cristo. La santa de Siena siempre invitó a los ministros sagrados, incluso al Papa, a quien llamaba «dulce Cristo en la tierra», a ser fieles a sus responsabilidades, impulsada siempre y solamente por su amor profundo y constante a la Iglesia. Antes de morir dijo: «Al separarme de mi cuerpo yo, en verdad, he consumido y dado la vida en la Iglesia y por la Iglesia santa, lo cual es una singularísima gracia» (Raimundo de Capua, *Santa Caterina da Siena, Legenda maior*, n. 363).

De santa Catalina, por tanto, aprendemos la ciencia más sublime: conocer y amar a Jesucristo y a su Iglesia. En *El Diálogo de la Divina Providencia*, ella, con una imagen singular, describe a Cristo como un puente tendido entre el cielo y la tierra. Está formado por tres escalones constituidos por los pies, el costado y la boca de Jesús. Elevándose a través de estos escalones, el alma pasa por las tres etapas de todo camino de santificación: el alejamiento del pecado, la práctica de la virtud y del amor, y la unión dulce y afectuosa con Dios.

Queridos hermanos y hermanas, aprendamos de santa Catalina a amar con valentía, de modo intenso y sincero, a Cristo y a la Iglesia. Por esto, hagamos nuestras las palabras de santa Catalina que leemos en *El Diálogo de la*

Divina Providencia, como conclusión del capítulo que habla de Cristo-puente: «Por misericordia nos has lavado en la sangre, por misericordia quisiste conversar con las criaturas. ¡Oh loco de amor! ¡No te bastó encarnarte, sino que quisiste también morir! (...) ¡Oh misericordia! El corazón se me ahoga al pensar en ti, porque adondequiera que dirija mi pensamiento, no encuentro sino misericordia» (cap. 30, pp. 79-80). Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 1 de diciembre de 2010. Juliana de Norwich

Queridos hermanos y hermanas

Todavía recuerdo con gran alegría el viaje apostólico que realicé al Reino Unido el pasado mes de septiembre. Inglaterra es una tierra que ha visto nacer a numerosas figuras ilustres, que con su testimonio y sus enseñanzas embellecen la historia de la Iglesia. Una de estas, venerada tanto por la Iglesia católica como por la Comunión anglicana, es la mística Juliana de Norwich, de la que quiero hablaros esta mañana.

Las noticias de las que disponemos sobre su vida -no muchas- están tomadas principalmente del libro en el cual esta mujer amable y piadosa recogió el contenido de sus visiones, titulado *Revelaciones del Amor divino*. Se sabe que vivió de 1342 a 1430 aproximadamen-

te, años tormentosos tanto para la Iglesia, desgarrada por el cisma que siguió al regreso del Papa de Aviñón a Roma, como para la vida de la gente que sufría las consecuencias de una larga guerra entre el reino de Inglaterra y el de Francia. Pero Dios, incluso en tiempos de tribulaciones, no cesa de suscitar figuras como Juliana de Norwich, para llamar a los hombres a la paz, al amor y a la alegría.

Como ella misma nos cuenta, en mayo de 1373, probablemente el 13 de ese mes, de improvviso se vio afectada por una enfermedad gravísima que, en tres días, parecía que la llevaría a la muerte. Después de que el sacerdote -que acudió a su cabecera- le mostrara el crucifijo, Juliana no sólo recuperó prontamente la salud, sino que recibió las dieciséis revelaciones que sucesivamente puso por escrito y comentó en su libro, las *Revelaciones del Amor divino*. Y fue precisamente el Señor quien, quince años después de estos acontecimientos extraordinarios, le reveló el sentido de esas visiones. «¿Querías saber qué quiso decir tu Señor y conocer el sentido de esta revelación? Sábelo bien: amor es lo que él quería. ¿Quién te lo revela? El amor. ¿Por qué te lo revela? Por amor... Así aprenderás que nuestro Señor significa amor» (Juliana de Norwich, *Il libro delle rivelazioni*, cap. 86, Milán 1997, p. 320).

Inspirada por el amor divino, Juliana hizo una opción radical. Como una antigua anacoreta, eligió vivir en una

celda, situada en las proximidades de la iglesia dedicada a san Julián, dentro de la ciudad de Norwich, en sus tiempos un importante centro urbano, cerca de Londres. Quizás asumió el nombre de Juliana precisamente por el nombre del santo al que estaba dedicada la iglesia cerca de la cual vivió durante muchos años, hasta su muerte. Podría sorprendernos e incluso dejarnos perplejos esta decisión de vivir «recluida», como se decía en sus tiempos. Pero no era la única que hizo esa opción: en aquellos siglos un número considerable de mujeres eligió este tipo de vida, adoptando reglas elaboradas expresamente para ellas, como la compuesta por san Elredo de Rieval. Las anacoretas o «reclusas», dentro de su celda, se dedicaban a la oración, a la meditación y al estudio. De ese modo, maduraban una sensibilidad humana y religiosa finísima, por la que la gente las veneraba. Hombres y mujeres de todas las edades y de toda condición, cuando necesitaban consejos y consuelo, las buscaban devotamente. Por tanto, no se trataba de una elección individualista; precisamente, con esta cercanía al Señor, maduraba en ella también la capacidad de ser consejera para muchos, de ayudar a quienes vivían entre dificultades en esta vida.

Sabemos que también Juliana recibía frecuentes visitas, como lo confirma la autobiografía de otra fervorosa cristiana de su tiempo, Margery Kempe, que acudió a Norwich en 1413 para recibir sugerencias sobre su vida

espiritual. Por este motivo, cuando Juliana vivía, la llamaban «Madre Juliana», como está escrito en el monumento fúnebre que contiene sus restos mortales. Se había convertido en una madre para muchos.

Las mujeres y los hombres que se retiran para vivir en compañía de Dios, precisamente gracias a esta opción suya, adquieren un gran sentido de compasión por las penas y las debilidades de los demás. Amigas y amigos de Dios, disponen de una sabiduría que el mundo, del cual se alejan, no posee y, con amabilidad, la comparten con quienes llaman a su puerta. Pienso, por tanto, con admiración y reconocimiento, en los monasterios de clausura femeninos y masculinos que, hoy más que nunca, son oasis de paz y de esperanza, tesoro precioso para toda la Iglesia, especialmente a la hora de recordar el primado de Dios y la importancia de una oración constante e intensa para el camino de fe.

Precisamente en la soledad habitada por Dios, Juliana de Norwich compuso las *Revelaciones del Amor divino*, de las que nos han llegado dos versiones, una más breve, probablemente la más antigua, y una más larga. Este libro contiene un mensaje de optimismo fundado en la certeza de que Dios nos ama y su Providencia nos protege. En él, leemos estas estupendas palabras: «Vi con seguridad absoluta... que Dios aun antes de crearnos nos ha amado con un amor que nunca ha disminuido

y que nunca se desvanecerá. Y, con este amor, él ha hecho todas sus obras, y, con este amor, él ha hecho que todas las cosas resulten útiles para nosotros, y con este amor nuestra vida dura para siempre... En este amor tenemos nuestro principio, y todo esto lo veremos en Dios sin fin» (*Il libro delle rivelazioni*, cap. 86, p. 320).

El tema del amor divino se repite a menudo en las visiones de Juliana de Norwich que, con cierta audacia, no duda en compararlo también con el amor materno. Éste es uno de los mensajes más característicos de su teología mística. La ternura, la solícitud y la dulzura de la bondad de Dios para con nosotros son tan grandes que, a nosotros, peregrinos en esta tierra, nos evocan el amor de una madre por sus hijos. En realidad, también los profetas bíblicos utilizaron a veces este lenguaje que recuerda la ternura, la intensidad y la totalidad del amor de Dios, que se manifiesta en la creación y en toda la historia de la salvación y tiene su culmen en la Encarnación del Hijo. Pero Dios supera siempre todo amor humano, como dice el profeta Isaías: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (Is 49, 15). Juliana de Norwich comprendió el mensaje central para la vida espiritual: Dios es amor y sólo cuando nos abrimos, completamente y con confianza total, a este amor y dejamos que sea la única guía de nuestra vida, todo queda transfigu-

rado, encontramos la verdadera paz y la verdadera alegría y somos capaces de difundirlas a nuestro alrededor.

Quiero subrayar otro punto. *El Catecismo de la Iglesia católica* refiere las palabras de Juliana de Norwich cuando expone el punto de vista de la fe católica sobre un tema que no cesa de constituir una provocación para todos los creyentes (cf. nn. 304-314). Si Dios es sumamente bueno y sabio, ¿por qué existen el mal y el sufrimiento de los inocentes? También los santos, precisamente los santos, se han planteado esta pregunta. Iluminados por la fe, nos dan una respuesta que abre nuestro corazón a la confianza y a la esperanza: en los misteriosos designios de la Providencia, incluso del mal, Dios sabe sacar un bien más grande, como escribió Juliana de Norwich: «Aprendí de la gracia de Dios que debía permanecer firmemente en la fe y, por tanto, debía creer perfectamente y con seguridad que todo iba a redundar en bien...» (*Il libro delle rivelazioni*, cap. 32, p. 173).

Sí, queridos hermanos y hermanas, las promesas de Dios siempre son más grandes que nuestras expectativas. Si entregamos a Dios, a su inmenso amor, los deseos más puros y más profundos de nuestro corazón, nunca quedaremos defraudados. «Y todo será bien», «todo será para bien»: este es el mensaje final que Juliana de Norwich nos transmite y que también yo os propongo hoy. Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 15 de diciembre de 2010. Santa Verónica Giuliani

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero presentar a una mística que no es de la época medieval; se trata de santa Verónica Giuliani, monja clarisa capuchina. El motivo es que el próximo 27 de diciembre se celebra el 350° aniversario de su nacimiento. Città di Castello, el lugar donde vivió durante más tiempo y donde murió, así como Mercatello -su pueblo natal- y la diócesis de Urbino, viven con alegría este acontecimiento.

Verónica nace, como decía, el 27 de diciembre de 1660 en Mercatello, en el valle de Metauro, de Francesco Giuliani y Benedetta Mancini; es la última de siete hermanas, otras tres de las cuales abrazarán la vida monástica; le dan el nombre de Úrsula. A la edad de siete años pierde a su madre, y su padre se traslada a Piacenza como superintendente de aduanas del ducado de Parma. En esta ciudad, Úrsula siente que crece en ella el deseo de dedicar la vida a Cristo. La llamada se hace cada vez más apremiante, hasta el punto de que a los 17 años entra en la estricta clausura del monasterio de las Clarisas Capuchinas de Città di Castello, donde permanecerá toda su vida. Allí recibe el nombre de Verónica, que significa «verdadera imagen» y, en efecto, llegará a ser una verdadera imagen de Cristo crucificado. Un año después

emite la profesión religiosa solemne: inicia para ella el camino de configuración con Cristo a través de muchas penitencias, grandes sufrimientos y algunas experiencias místicas vinculadas a la Pasión de Jesús: la coronación de espinas, las nupcias místicas, la herida en el corazón y los estigmas. En 1716, a los 56 años, se convierte en abadesa del monasterio y se verá confirmada en ese cargo hasta su muerte, acontecida en 1727, después de una dolorosísima agonía de 33 días que culmina en una alegría tan profunda que sus últimas palabras fueron: «¡He encontrado el Amor, el Amor se ha dejado ver! Ésta es la causa de mi sufrimiento. ¡Decídselo a todas, decídselo a todas!» (*Summarium Beatificationis*, 115-120). El 9 de julio deja la morada terrena para el encuentro con Dios. Tiene 67 años, cincuenta de los cuales pasados en el monasterio de Città di Castello. El Papa Gregorio XVI la proclama santa el 26 de mayo de 1839.

Verónica Giuliani escribió mucho: cartas, textos autobiográficos, poesías. Sin embargo, la fuente principal para reconstruir su pensamiento es su *Diario*, iniciado en 1693: nada menos que veintidós mil páginas manuscritas, que abarcan treinta y cuatro años de vida claustral. La escritura fluye espontánea y continua, sin tachones ni correcciones, sin signos de puntuación o distribución de la materia en capítulos o partes según un proyecto preestablecido. Verónica no quería componer una obra literaria; es más, el padre Girola-

mo Bastianelli, religioso de los Filipinos, de acuerdo con el obispo diocesano Antonio Eustachi, la obligó a poner por escrito sus experiencias.

Santa Verónica tiene una espiritualidad marcadamente cristológico-esponsal: es la experiencia de que Cristo, Esposo fiel y sincero, la ama y de querer corresponder con un amor cada vez más comprometido y apasionado. En ella, todo se interpreta en clave de amor, y esto le infunde una profunda serenidad. Vive cada cosa en unión con Cristo, por amor a él y con la alegría de poder demostrarle todo el amor de que es capaz una criatura.

El Cristo, al cual Verónica está profundamente unida, es el Cristo que sufre de la pasión, muerte y resurrección; es Jesús en el acto de ofrecerse al Padre para salvarnos. De esta experiencia, deriva también el amor intenso y doloroso por la Iglesia, en la doble forma de la oración y la ofrenda. La santa vive con esta perspectiva: reza, sufre, busca la «santa pobreza», como «expropiación», pérdida de sí misma (cf. *ib.*, III, 523), precisamente para ser como Cristo, que se entregó totalmente.

En cada página de sus escritos, Verónica encomienda a alguien al Señor, avalorando sus oraciones de intercesión con la ofrenda de sí misma en todo sufrimiento. Su corazón se dilata a todas «las necesidades de la santa Iglesia», anhelando la salvación de «todo el mundo» (*ib.*, III-IV, *passim*).

Verónica grita: «Oh pecadores, oh pecadoras..., todos y todas venid al corazón de Jesús; venid al lavatorio de su preciosísima sangre... Él os espera con los brazos abiertos para abrazaros» (*ib.*, II, 16-17). Animada por una ardiente caridad, da a las hermanas del monasterio atención, comprensión, perdón; ofrece sus oraciones y sus sacrificios por el Papa, por su obispo, por los sacerdotes y por todas las personas necesitadas, incluidas las almas del purgatorio. Resume su misión contemplativa en estas palabras: «Nosotros no podemos ir predicando por el mundo para convertir almas, pero estamos obligadas a rezar continuamente por todas las almas que se encuentran en estado de ofensa a Dios... especialmente con nuestros sufrimientos, es decir, con un principio de vida crucificada» (*ib.*, IV, 877). Nuestra santa concibe esta misión como «estar en medio», entre los hombres y Dios, entre los pecadores y Cristo crucificado.

Verónica vive profundamente la participación en el amor de Jesús que sufre, segura de que «sufrir con alegría» es la «clave del amor» (cf. *ib.*, I, 299.417; III, 330.303.871; IV, 192). Pone de relieve que Jesús sufre por los pecados de los hombres, pero también por los sufrimientos que sus siervos fieles soportaron a lo largo de los siglos, en el tiempo de la Iglesia, precisamente por su fe sólida y coherente. Escribe: «Su eterno Padre le hizo ver y sentir en ese punto todos los sufrimientos que iban a padecer sus elegidos, sus almas más

queridas, es decir, las que iban a sacar provecho de su sangre y de todos sus sufrimientos» (ib., II, 170). Como dice de sí mismo el apóstol san Pablo: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). Verónica llega a pedir a Jesús ser crucificada con él: «En un instante -escribe-, vi salir de sus santísimas llagas cinco rayos resplandecientes; y todos vinieron hacia mí. Y yo veía cómo esos rayos se convertían en pequeñas llamas. En cuatro estaban los clavos; y en una vi que estaba la lanza, como de oro, al rojo vivo: y me traspasó el corazón, de lado a lado... y los clavos me traspasaron las manos y los pies. Sentí un gran dolor; pero, incluso en el dolor, me veía, me sentía completamente transformada en Dios» (*Diario*, I, 897).

La santa está convencida de que ya participa en el reino de Dios, pero al mismo tiempo invoca a todos los santos de la patria celestial para que acudan en su ayuda en el camino terreno de su entrega, en espera de la felicidad eterna; esta es la constante aspiración de su vida (cf. ib., II, 909; V, 246). Respecto a la predicación de la época, a menudo centrada en «salvar la propia alma» individualmente, Verónica muestra un fuerte sentido «solidario», de comunión con todos los hermanos y hermanas en camino hacia el cielo, y vive, reza, sufre por todos. Las cosas penúltimas, terrenas, en cambio,

aun apreciadas en sentido franciscano como don del creador, resultan siempre relativas, del todo subordinadas al «gusto» de Dios y bajo el signo de una pobreza radical. En la *communio sanctorum*, aclara su entrega eclesial, así como la relación entre la Iglesia peregrina y la Iglesia celestial. «Los santos -escribe- están allá arriba mediante los méritos y la pasión de Jesús; pero cooperaron en todo lo que hizo nuestro Señor, de modo que toda su vida se ordenaba y se regulaba por sus mismas obras» (ib., III, 203).

En los escritos de Verónica, encontramos muchas citas bíblicas, a veces de modo indirecto, pero siempre puntual: revela familiaridad con el Texto sagrado, del cual se alimenta su experiencia espiritual. Asimismo, es preciso señalar que los momentos fuertes de la experiencia mística de Verónica nunca van separados de los acontecimientos salvíficos celebrados en la liturgia, donde ocupa un lugar especial la proclamación y la escucha de la Palabra de Dios. La Sagrada Escritura, por tanto, ilumina, purifica, confirma la experiencia de Verónica, haciéndola eclesial. Pero, por otra parte, precisamente su experiencia, anclada en la Sagrada Escritura con una intensidad nada común, guía a una lectura más profunda y «espiritual» del mismo Texto, entra en la profundidad escondida del texto. Ella no sólo se expresa con las palabras de la Sagrada Escritura, sino que realmente vive de estas palabras, se hacen vida en ella.

Por ejemplo, nuestra santa cita a menudo la expresión del apóstol san Pablo: «Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?» (Rm 8, 31; cf. *Diario*, I, 714; II, 116.1021; III, 48). En ella la asimilación de este texto paulino, su gran confianza y su profunda alegría, se convierte en un hecho que se realiza en su propia persona: «Mi alma -escribe- se ha unido a la voluntad divina y yo realmente me he establecido y detenido para siempre en la voluntad de Dios. Me parecía que ya no me iba a apartar jamás de este querer de Dios y volví en mí con estas palabras exactas: nada me podrá separar de la voluntad de Dios, ni angustias ni penas ni afanes ni desprecios ni tentaciones ni criaturas ni demonios ni oscuridad, ni siquiera la misma muerte, porque en la vida y en la muerte quiero totalmente y en todo la voluntad de Dios» (*Diario*, IV, 272). Así tenemos también la certeza de que la muerte no es la última palabra, estamos cimentados en la voluntad de Dios y así, realmente, en la vida para siempre.

Verónica es, especialmente, un testigo valiente de la belleza y del poder del Amor divino, que la atrae, se apodera de ella, la enardece. Es el Amor crucificado que se ha impreso en su carne, al igual que en la de san Francisco de Asís, con los estigmas de Jesús. «Esposa mía -me susurra Cristo crucificado- me complacen las penitencias que haces por aquéllos que están en desgracia ante mí... Luego, desclavando un brazo de la cruz, me hizo señas de que me acer-

cara a su costado... Y me encontré entre los brazos de Cristo crucificado. Lo que sentí entonces no puedo contarlo: habría querido estar siempre en su santísimo costado» (ib., I, 37). También es una imagen de su camino espiritual, de su vida interior: estar en el abrazo del Señor crucificado y así estar en el amor de Cristo por los demás. Verónica vive asimismo una relación de profunda intimidad con la Virgen María, testimoniada en las palabras que ella le dice un día y que refiere en su *Diario*: «Yo te hice descansar en mi regazo, se te concedió la unión con mi alma, y desde ella fuiste llevada volando delante de Dios» (IV, 901).

Santa Verónica Giuliani nos invita a hacer crecer, en nuestra vida cristiana, la unión con el Señor viviendo para los demás, abandonándonos a su voluntad con confianza completa y total, y la unión con la Iglesia, Esposa de Cristo; nos invita a participar en el amor lleno de sufrimiento de Jesús crucificado para la salvación de todos los pecadores; nos invita a tener la mirada fija en el Paraíso, meta de nuestro camino terreno, donde viviremos junto a tantos hermanos y hermanas la alegría de la comunión plena con Dios; nos invita a alimentarnos a diario de la Palabra de Dios para calentar nuestro corazón y orientar nuestra vida. Las últimas palabras de la santa pueden considerarse la síntesis de su apasionada experiencia mística: «¡He encontrado el Amor, el Amor se ha dejado ver!». Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 22 de diciembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Con esta última audiencia antes de las festividades navideñas, nos acercamos, llenos de emoción y de estupor, al «lugar» donde para nosotros y para nuestra salvación comenzó todo, donde todo encontró cumplimiento, donde se encontraron y cruzaron las expectativas del mundo y del corazón humano con la presencia de Dios. Ya podemos saborear desde ahora la alegría por esa pequeña luz que se vislumbra, que desde la cueva de Belén comienza a irradiarse por el mundo. En el camino del Adviento, que la liturgia nos ha invitado a vivir, hemos sido acompañados a acoger con disponibilidad y reconocimiento el gran acontecimiento de la venida del Salvador y a contemplar llenos de admiración su entrada en el mundo.

La espera gozosa, característica de los días que preceden la santa Navidad, ciertamente es la actitud fundamental del cristiano que desea vivir con fruto el renovado encuentro con Aquel que viene a poner su morada entre nosotros: Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. Encontramos esta disposición del corazón, y la hacemos nuestra, en aquéllos que fueron los primeros en acoger la venida del Mesías: Zacarías e Isabel, los pastores, el pueblo sencillo y especialmente, María y José, quienes experimentaron en primera persona

la conmoción, pero sobre todo la alegría por el misterio de ese nacimiento. Todo el Antiguo Testamento constituye una única gran promesa, que debía cumplirse con la venida de un salvador poderoso. Nos da testimonio de ello en particular el libro del profeta Isaías, el cual nos habla del sufrimiento de la historia y de toda la creación por una redención destinada a dar nuevas energías y nueva orientación al mundo entero. Así, junto a la espera de los personajes de las Sagradas Escrituras, encuentra espacio y significado, a lo largo de los siglos, también nuestra espera, la que en estos días estamos experimentando y la que nos mantiene despiertos durante todo el camino de nuestra vida. En efecto, toda la existencia humana está animada por este profundo sentimiento, por el deseo de que lo más verdadero, lo más bello y lo más grande que hemos vislumbrado e intuido con la mente y el corazón, nos salga al encuentro y ante nuestros ojos se haga concreto y nos vuelva a levantar.

«Muy pronto vendrá el Señor, que domina los pueblos, y se llamará Emmanuel, porque tenemos a Dios con nosotros» (Antífona de entrada, santa misa del 21 de diciembre). En estos días repetimos con frecuencia estas palabras. En el tiempo de la liturgia, que actualiza el Misterio, ya está a las puertas Aquél que viene a salvarnos del pecado y de la muerte, Aquel que, después de la desobediencia de Adán y Eva, nos abraza de nuevo y nos abre de par en par el acceso a la vida verdade-

ra. Lo explica san Ireneo, en su tratado «Contra las herejías», cuando afirma: «El Hijo mismo de Dios entró “en una carne semejante a la del pecado” (Rm 8, 3) para condenar el pecado, y, una vez condenado, excluirlo completamente del género humano. Llamó al hombre a ser semejante a él, lo hizo imitador de Dios, lo puso en el camino que indicó el Padre a fin de que pudiera ver a Dios, y le dio como don al Padre mismo» (III, 20, 2-3).

Se nos presentan algunas de las ideas preferidas de san Ireneo: Dios con el Niño Jesús nos llama a ser semejantes a él. Vemos cómo es Dios. Y así nos recuerda que deberíamos ser semejantes a Dios. Y debemos imitarlo. Dios se ha donado, Dios se ha dado en nuestras manos. Debemos imitar a Dios. Y, por último, la idea de que así podemos ver a Dios. Una idea central de san Ireneo: el hombre no ve a Dios, no puede verlo, y así está en la oscuridad sobre la verdad, sobre sí mismo. Pero el hombre, que no puede ver a Dios, puede ver a Jesús. Y así ve a Dios, así comienza a ver la verdad, así comienza a vivir.

El Salvador, por tanto, viene para reducir a la impotencia la obra del mal y todo lo que todavía puede mantenernos alejados de Dios, para devolvernos al antiguo esplendor y a la primitiva paternidad. Con su venida entre nosotros, Dios nos indica y nos asigna también una tarea: precisamente la de ser semejantes a él y tender a la verdadera vida, la de llegar a la visión de Dios,

en el rostro de Cristo. Afirma también san Ireneo: «El Verbo de Dios puso su morada entre los hombres y se hizo Hijo del hombre, para acostumar al hombre a percibir a Dios y para acostumar a Dios a poner su morada en el hombre según la voluntad del Padre. Por esto, Dios nos dio como “signo” de nuestra salvación a Aquél que, nacido de la Virgen, es el Emmanuel» (ib.). También aquí tenemos una idea central muy hermosa de san Ireneo: debemos acostumbrarnos a percibir a Dios. Dios normalmente está lejos de nuestra vida, de nuestras ideas, de nuestro actuar. Se ha acercado a nosotros y debemos acostumbrarnos a estar con Dios. San Ireneo con audacia se atreve a decir que también Dios debe acostumbrarse a estar con nosotros y en nosotros. Y que quizá Dios debería acompañarnos en Navidad; debemos acostumbrarnos a Dios, como Dios se debe acostumbrar a nosotros, a nuestra pobreza y fragilidad. Por eso, la venida del Señor no puede tener otro objetivo que el de enseñarnos a ver y a amar los acontecimientos, el mundo y todo lo que nos rodea, con los ojos mismos de Dios. El Verbo hecho niño nos ayuda a comprender el modo de actuar de Dios, para que seamos capaces de dejarnos transformar cada vez más por su bondad y por su infinita misericordia.

En la noche del mundo, dejémonos sorprender e iluminar de nuevo por este acto de Dios, totalmente inesperado: Dios se hace Niño. Dejémonos sorprender, iluminar por la Estrella

que ha inundado de alegría el universo. Que el Niño Jesús, al llegar hasta nosotros, no nos encuentre desprevenidos, empeñados sólo en embellecer la realidad exterior. Que el cuidado que ponemos para que nuestras calles y nuestras casas sean más resplandecientes nos impulse todavía más a preparar nuestra alma para encontrarnos con Aquél que vendrá a visitarnos, que es la verdadera belleza y la verdadera luz. Purifiquemos, pues, nuestra conciencia y nuestra vida de lo que es contrario a esta venida: pensamientos, palabras, actitudes y acciones, espoleándonos a hacer el bien y a contribuir a realizar en nuestro mundo la paz y la justicia para cada hombre y a caminar así hacia el encuentro con el Señor.

El belén es un signo característico del tiempo navideño. También en la plaza de San Pedro, como es tradición, ya casi está listo e idealmente se asoma a Roma y a todo el mundo, representando la belleza del Misterio del Dios que se ha hecho hombre y ha puesto su morada entre nosotros (cf. Jn 1, 14). El belén es expresión de nuestra espera, que Dios se acerca a nosotros, que Cristo se acerca a nosotros, pero también es expresión de la acción de gracias a Aquel que ha decidido compartir nuestra condición humana, en la pobreza y en la sencillez. Me alegro porque permanece viva y, más aún, se renueva la tradición de preparar el belén en las casas, en los ambientes de trabajo, en los lugares de encuentro. Que este genuino testimonio de fe cristiana

ofrezca también hoy a todos los hombres de buena voluntad un sugestivo icono del amor infinito del Padre hacia todos nosotros. Que los corazones de los niños y de los adultos se sorprendan de nuevo frente a él.

Queridos hermanos y hermanas, que la Virgen María y san José nos ayuden a vivir el Misterio de la Navidad con renovada gratitud al Señor. Que en medio de la actividad frenética de nuestros días, este tiempo nos dé un poco de calma y de alegría, y nos haga palpar la bondad de nuestro Dios, que se hace Niño para salvarnos y dar nueva valentía y nueva luz a nuestro camino. Éste es mi deseo para una santa y feliz Navidad: lo dirijo con afecto a vosotros, aquí presentes, a vuestros familiares, en particular a los enfermos y a los que sufren, así como a vuestras comunidades y a vuestros seres queridos.

Sala Pablo VI. Miércoles, 29 de diciembre de 2010. Santa Catalina de Bolonia

Queridos hermanos y hermanas:

En una reciente catequesis, hablé de santa Catalina de Siena. Hoy quiero presentaros a otra santa, menos conocida, que lleva el mismo nombre: santa Catalina de Bolonia, mujer de vasta cultura, pero muy humilde; dedicada a la oración, aunque siempre dispuesta a servir; generosa en el sacrificio, pero

llena de alegría a la hora de aceptar con Cristo la cruz.

Nace en Bolonia el 8 de septiembre de 1413, primogénita de Benvenuto Mammolini y de Giovanni de Vigri, rico y culto patricio de Ferrara, doctor en derecho y lector público en Padua, donde desempeñaba actividad diplomática para Nicolás III d'Este, marqués de Ferrara. Las noticias sobre la infancia y la niñez de Catalina son escasas y no todas son seguras. De niña, vive en Bolonia, en casa de sus abuelos; allí la educan los familiares, sobre todo su madre, mujer de gran fe. Se traslada con ella a Ferrara cuando tenía cerca de diez años y entra en la corte de Nicolás III d'Este como dama de honor de Margarita, hija natural de Nicolás. El marqués está transformando Ferrara en una espléndida ciudad, llamando a artistas y literatos de varios países. Promueve la cultura y, aunque lleve una vida privada poco ejemplar, cuida mucho el bien espiritual, la conducta moral y la educación de sus súbditos.

En Ferrara, Catalina no se deja influir por los aspectos negativos que conllevaba a menudo la vida de corte; goza de la amistad de Margarita y se convierte en su confidente; enriquece su cultura: estudia música, pintura y danza; aprende a escribir poesías y composiciones literarias, y a tocar la viola; se hace experta en el arte de la miniatura y de la copia; perfecciona el estudio del latín. En su futura vida

monástica, valorizará mucho el patrimonio cultural y artístico adquirido en estos años. Aprende con facilidad, con pasión y con tenacidad; muestra gran prudencia, singular modestia, gracia y amabilidad en el comportamiento. En cualquier caso, una nota la distingue de modo absolutamente claro: su espíritu constantemente dirigido a las cosas del cielo. En 1427, a sólo catorce años, entre otras razones como consecuencia de algunos acontecimientos familiares, Catalina decide dejar la corte, para unirse a un grupo de mujeres jóvenes provenientes de familias nobles que hacían vida común, consagrándose a Dios. Su madre, con fe, da su consentimiento, aunque tenía otros proyectos para ella.

No conocemos el camino espiritual de Catalina antes de esta decisión. Hablando en tercera persona, afirma que ha entrado al servicio de Dios «iluminada por la gracia divina (...) con recta conciencia y gran fervor», solícita día y noche en la santa oración, esforzándose por conquistar todas las virtudes que veía en los demás, «no por envidia, sino para agradecer más a Dios, en quien había puesto todo su amor» (*Le sette armi spirituali*, VII, 8, Bolonia 1998, p. 12). Sus progresos espirituales en esta nueva fase de la vida son notables, pero también son grandes y terribles sus pruebas, sus sufrimientos interiores, sobre todo las tentaciones del demonio. Atraviesa una profunda crisis espiritual has-

ta el umbral de la desesperación (cf. *ib.*, VII, pp. 12-29). Vive en la noche del espíritu, asaltada también por la tentación de la incredulidad respecto a la Eucaristía. Después de sufrir mucho, el Señor la consuela: en una visión le da el conocimiento claro de la presencia real eucarística, un conocimiento tan luminoso que Catalina no logra expresarlo con las palabras (cf. *ib.*, VIII, 2, pp. 42-46). En el mismo período, una prueba dolorosa se abate sobre la comunidad: surgen tensiones entre quienes quieren seguir la espiritualidad agustiniana y quienes se orientan más hacia la espiritualidad franciscana.

Entre 1429 y 1430, la responsable del grupo, Lucia Mascheroni, decide fundar un monasterio agustiniano. Catalina, en cambio, con otras, elige vincularse a la regla de santa Clara de Asís. Es un don de la Providencia, porque la comunidad habita cerca de la iglesia del Espíritu Santo anexa al convento de los Frailes Menores que se han adherido al movimiento de la Observancia. Así Catalina y sus compañeras pueden participar regularmente en las celebraciones litúrgicas y recibir una asistencia espiritual adecuada. También tienen la alegría de escuchar la predicación de san Bernardino de Siena (cf. *ib.*, VII, 62, p. 26). Catalina narra que, en 1429 -tercer año desde su conversión- va a confesarse con uno de los Frailes Menores que estima, hace una buena confesión y pide intensamente al Señor que le

conceda el perdón de todos los pecados y de la pena unida a ellos. Dios le revela en una visión que le ha perdonado todo. Es una experiencia muy fuerte de la misericordia divina, que la marca para siempre, dándole nuevo impulso para responder con generosidad al inmenso amor de Dios (cf. *ib.*, ix, 2, pp. 46-48).

En 1431, tiene una visión del juicio final. La estremecedora escena de los condenados la impulsa a intensificar oraciones y penitencias por la salvación de los pecadores. El demonio sigue atacándola y ella se encomienda de modo cada vez más total al Señor y a la Virgen María (cf. *ib.*, x, 3, pp. 53-54). En sus escritos, Catalina nos deja algunas anotaciones esenciales de esta misteriosa batalla, de la que sale vencedora con la gracia de Dios. Lo hace para instruir a sus hermanas y a quienes deseen encaminarse por la senda de la perfección: quiere poner en guardia ante las tentaciones del demonio, que a menudo se esconde bajo apariencias engañosas, para luego insinuar dudas de fe, incertidumbres vocacionales y sensualidad.

En el tratado autobiográfico y didascálico, *Las siete armas espirituales*, Catalina ofrece, al respecto, enseñanzas de gran sabiduría y de profundo discernimiento. Habla en tercera persona al referir las gracias extraordinarias que el Señor le da y en primera persona al confesar sus pecados. Su escrito refleja la pureza de su fe en

Dios, la profunda humildad, la sencillez de corazón, el ardor misionero, el celo por la salvación de las almas. Identifica siete armas en la lucha contra el mal, contra el diablo: 1. tener cuidado y solicitud en obrar siempre el bien; 2. creer que nosotros solos nunca podremos hacer algo verdaderamente bueno; 3. confiar en Dios y, por amor a él, no temer nunca la batalla contra el mal, tanto en el mundo como en nosotros mismos; 4. meditar a menudo los hechos y las palabras de la vida de Jesús, sobre todo su pasión y muerte; 5. recordar que debemos morir; 6. tener fija en la mente la memoria de los bienes del Paraíso; 7. tener familiaridad con la Santa Escritura, llevándola siempre en el corazón para que oriente todos nuestros pensamientos y acciones. ¡Un buen programa de vida espiritual, también hoy, para cada uno de nosotros!

En el convento, Catalina, a pesar de que estaba acostumbrada a la corte de Ferrara, se ocupa de lavar, coser, hacer pan y cuidar de los animales. Todo, incluso los servicios más humildes, lo hace con amor y con obediencia pronta, dando a sus hermanas un testimonio luminoso. En efecto, ella ve en la desobediencia el orgullo espiritual que destruye cualquier otra virtud. Por obediencia, acepta el cargo de maestra de novicias, pese a que se considere incapaz de desempeñar esta responsabilidad, y Dios sigue animándola con su presencia y sus dones: de hecho, es una maestra sabia y apreciada.

Más tarde le encomiendan el servicio del locutorio. Le cuesta mucho interrumpir a menudo la oración para responder a las personas que se presentan a la reja del monasterio, pero tampoco esta vez el Señor deja de visitarla y de estar cerca. Con ella, el monasterio es cada vez más un lugar de oración, de ofrenda, de silencio, de esfuerzo y de alegría. A la muerte de la abadesa, los superiores piensan inmediatamente en ella, pero Catalina los impulsa a dirigirse a las Clarisas de Mantua, más instruidas en las Constituciones y en las observancias religiosas. Sin embargo, pocos años después, en 1456, piden a su monasterio que haga una nueva fundación en Bolonia. Catalina preferiría terminar sus días en Ferrara, pero el Señor se le aparece y la exhorta a cumplir la voluntad de Dios yendo a Bolonia como abadesa. Se prepara al nuevo compromiso con ayunos, disciplinas y penitencias. Va a Bolonia con dieciocho hermanas. Como superiora es la primera en la oración y en el servicio; vive en profunda humildad y pobreza. Cuando termina el trienio de abadesa es feliz de que la sustituyan, pero al cabo de un año debe retomar sus funciones, porque la nueva elegida se ha quedado ciega. Aunque sufre y la atormentan graves enfermedades, presta su servicio con generosidad y entrega.

A lo largo de un año más, exhorta a sus hermanas a la vida evangélica, a la paciencia y a la constancia

en las pruebas, al amor fraterno, a la unión con el Esposo divino, Jesús, a fin de preparar así la propia dote para las nupcias eternas. Una dote que Catalina ve en saber compartir los sufrimientos de Cristo, afrontando con serenidad necesidades, angustias, desprecio, incomprensión (cf. *Le sette armi spirituali*, X, 20, pp. 57-58). A comienzos de 1463 sus enfermedades se agravan; reúne a las hermanas por última vez en el capítulo, para anunciarles su muerte y recomendar la observancia de la Regla. Hacia finales de febrero, padece fuertes sufrimientos que ya no la abandonarán, pero es ella quien consuela a las hermanas en el dolor, asegurándoles su ayuda también desde el cielo. Después de recibir los últimos sacramentos, entrega a su confesor el escrito Las siete armas espirituales y entra en agonía; su rostro se embellece y se ilumina; mira de nuevo con amor a cuantas la rodean y expira dulcemente, pronunciando tres veces el nombre de Jesús: es el 9 de marzo de 1463 (cf. I. Bembo, *Specchio di illuminazione. Vita di S. Caterina a Bologna*, Florencia 2001, cap. III). Catalina es canonizada por el Papa Clemente XI el 22 de mayo de 1712. La ciudad de Bolonia, en la capilla del monasterio del Corpus Domini, conserva su cuerpo incorrupto.

Queridos amigos, santa Catalina de Bolonia, con sus palabras y su vida, es una fuerte invitación a dejarnos guiar siempre por Dios, a cum-

plir diariamente su voluntad, aunque a menudo no coincida con nuestros proyectos, a confiar en su Providencia que nunca nos deja solos. Desde esta perspectiva, santa Catalina habla con nosotros. A pesar de que han pasado muchos siglos, es muy moderna y habla a nuestra vida. Como nosotros sufre la tentación, sufre las tentaciones de la incredulidad, de la sensualidad, de un combate difícil, espiritual. Se siente abandonada por Dios, se encuentra en la oscuridad de la fe. Pero en todas estas situaciones se agarra siempre a la mano del Señor, no lo deja, no lo abandona. Y avanzando de la mano del Señor, va por el camino correcto y encuentra la senda de la luz. Así, nos dice también a nosotros: ánimo, incluso en la noche de la fe, incluso entre tantas dudas que podemos tener, no dejes la mano del Señor, camina de su mano, cree en la bondad de Dios; ¡esto es ir por el camino correcto! Y quiero subrayar otro aspecto, el de su gran humildad: es una persona que no quiere ser alguien o algo; no quiere sobresalir; no quiere gobernar. Quiere servir, hacer la voluntad de Dios, estar al servicio de los demás. Precisamente por esto Catalina era creíble en la autoridad, porque se podía ver que para ella la autoridad era exactamente servir a los demás. Pidamos a Dios, por intercepción de nuestra santa, el don de realizar el proyecto que él tiene para nosotros, con valentía y generosidad, para que sólo él sea la roca firme sobre la cual se edifica nuestra vida. Gracias.

CARTAS

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a la 25ª Conferencia organizada
por el Consejo Pontificio para la
Pastoral de la Salud***

Al venerado hermano Zygmunt Zimowski, Presidente del Consejo pontificio para la pastoral de la salud.

Me alegra hacer llegar mi cordial saludo a los participantes en la XXV Conferencia internacional, que se inserta bien en el año conmemorativo de los 25 años de la institución del dicasterio, y ofrece un motivo más para dar gracias a Dios por este valioso instrumento para el apostolado de la misericordia. Expreso mi agradecimiento a todos aquellos que trabajan, en los distintos sectores de la pastoral de la salud, para vivir la diaconía de la caridad, que es central en la misión de la Iglesia. En este sentido, me complace recordar a los cardenales Fiorenzo Angelini y Javier Lozano Barragán, que han dirigido en estos 25 años el Consejo pontificio para la pastoral de la salud y saludo en particular al actual presidente del dicasterio, el arzobispo Zygmunt Zimowski, así como al secretario, al subsecretario, a los oficiales, a los colaboradores, a los relatores del congreso y a todos los presentes.

El tema que habéis elegido este año «*Caritas in veritate*. Para un cuidado de la salud equitativo y humano» reviste un interés especial para la comu-

nidad cristiana, en la que es central el cuidado del hombre en cuanto ser, de su dignidad trascendente y de sus derechos inalienables. La salud es un bien precioso para la persona y para la colectividad que hay que promover, conservar y tutelar, dedicando los medios, recursos y energías necesarios a fin de que puedan gozar de él un mayor número de personas. Lamentablemente, todavía hoy sigue existiendo el problema de numerosas poblaciones del mundo que no tienen acceso a los recursos indispensables para satisfacer las necesidades fundamentales, particularmente en lo que se refiere a la salud. Es preciso actuar con mayor empeño a todos los niveles a fin de que el derecho a la salud sea efectivo, favoreciendo el acceso a la atención sanitaria básica. En nuestra época asistimos, por una parte, a una atención a la salud que corre el riesgo de transformarse en consumismo farmacológico, médico y quirúrgico, convirtiéndose casi en un culto del cuerpo y, por otra, a las dificultades de millones de personas para acceder a condiciones de subsistencia mínimas y a medicamentos indispensables para curarse.

También en el campo de la salud, parte integrante de la existencia de cada persona y del bien común, es importante instaurar una verdadera justicia distributiva que garantice tratamientos adecuados a todos, basándose en las necesidades objetivas. Por

consiguiente, el mundo de la salud no puede eludir las reglas morales que deben gobernarlo para que no llegue a ser inhumano. Como subrayé en la encíclica *Caritas in veritate*, la doctrina social de la Iglesia siempre ha puesto de relieve la importancia de la justicia distributiva y de la justicia social en los distintos sectores de las relaciones humanas (cf. n. 35). Se promueve la justicia cuando se acoge la vida del otro y se asume la responsabilidad por él, respondiendo a sus expectativas, porque en él se reconoce el rostro mismo del Hijo de Dios, que se hizo hombre por nosotros. La imagen divina impresa en nuestro hermano funda la altísima dignidad de toda persona y suscita en cada uno la exigencia del respeto, del cuidado y del servicio. El vínculo entre justicia y caridad, desde la perspectiva cristiana, es muy estrecho: «La caridad va más allá de la justicia, porque amar es dar, ofrecer de lo “mío” al otro; pero nunca carece de justicia, la cual lleva a dar al otro lo que es “suyo”, lo que le corresponde en virtud de su ser y de su obrar. (...) Quien ama con caridad a los demás es ante todo justo con ellos. No basta decir que la justicia no es extraña a la caridad, que no es un camino alternativo o paralelo a la caridad: la justicia es “inseparable de la caridad”, intrínseca a ella. La justicia es el primer camino de la caridad (ib., 6). En este sentido, con una expresión sintética e incisiva, san Agustín enseñaba que «la justicia consiste en ayudar a los pobres» (*De Trinitate*, XIV, 9: pl 42, 1045).

Inclinarse, como el buen samaritano, hacia el hombre herido abandonado al borde del camino es cumplir la «justicia mayor» que Jesús pide a sus discípulos y realiza en su vida, porque el cumplimiento de la Ley es el amor. La comunidad cristiana, siguiendo las huellas de su Señor, ha cumplido el mandato de ir por el mundo a «enseñar y curar a los enfermos» y a lo largo de los siglos «ha sido muy sensible al ministerio para con los enfermos y los que sufren, como parte integrante de su misión» (Juan Pablo II, motu proprio *Dolentium hominum*, 1), de testimoniar la salvación integral, que es salud del alma y del cuerpo.

El pueblo de Dios peregrino por las tortuosas sendas de la historia une sus esfuerzos a los de tantos otros hombres y mujeres de buena voluntad para dar un rostro verdaderamente humano a los sistemas sanitarios. La justicia sanitaria debe ser una de las prioridades en la agenda de los Gobiernos y las instituciones internacionales. Lamentablemente, junto a resultados positivos y alentadores, hay opiniones y líneas de pensamiento que la hieren: me refiero a cuestiones como las relacionadas con la llamada «salud reproductiva», con el recurso a técnicas artificiales de procreación que conllevan la destrucción de embriones, o con la eutanasia legalizada. Es preciso sostener y testimoniar, incluso contracorriente, el amor a la justicia, la tutela de la vida desde su concepción hasta su término natural y el respeto de la dignidad de todo

ser humano: los valores éticos fundamentales son patrimonio común de la moralidad universal y base de la convivencia democrática.

Es necesario el esfuerzo conjunto de todos, pero también y sobre todo hace falta una profunda conversión de la mirada interior. Sólo si se mira al mundo con la mirada del Creador, que es una mirada de amor, la humanidad aprenderá a estar en la tierra en paz y justicia, destinando con equidad la tierra y sus recursos al bien de todo hombre y de toda mujer. Por esto, «desearía que se adoptara un modelo de desarrollo basado en el papel central del ser humano, en la promoción y participación en el bien común, en la responsabilidad, en la toma de conciencia de la necesidad de cambiar el estilo de vida y en la prudencia, virtud que indica lo que se ha de hacer hoy, en previsión de lo que puede ocurrir mañana». (Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2010*, n. 9: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de diciembre de 2009, p. 9)

A los hermanos y hermanas que sufren les expreso mi cercanía y la invitación a vivir también la enfermedad como ocasión de gracia para crecer espiritualmente y participar en los sufrimientos de Cristo por el bien del mundo, y a todos vosotros, comprometidos en el vasto campo de la salud, os aliento en vuestro valioso servicio. A la vez que pido la protección maternal de la Virgen María, *Salus infirmorum*, os

imparto de corazón la bendición apostólica, que extendo también a vuestras familias.

Vaticano, 15 de noviembre de 2010

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, con ocasión del funeral de la Memor Domini, Manuela Camagni, de la Familia Pontificia

Queridos hermanos y hermanas:

Habría deseado presidir las exequias de la querida Manuela Camagni, pero -como podéis imaginar- no me ha sido posible. Sin embargo, la comunión en Cristo nos permite a los cristianos una real cercanía espiritual, en la que compartimos la oración y el afecto del alma. En este vínculo profundo os saludo a todos, en particular a los familiares de Manuela, a los obispos presentes, a los sacerdotes, a los Memores Domini y a los amigos.

Quiero ofrecer aquí muy brevemente mi testimonio sobre esta hermana nuestra, que se ha ido al cielo. Muchos de vosotros conocen a Manuela desde hace tiempo. Yo pude beneficiarme de su presencia y de su servicio en el apartamento pontificio en los últimos cinco años, en una dimensión familiar. Por esto, deseo dar gracias al Señor por el don de la vida de Manuela, por su fe, por su generosa respuesta a la vocación. La divina Providencia la llevó a un servicio discreto pero muy valioso en la casa del Papa. Ella es-

taba contenta de esto, y participaba con alegría en los momentos de familia: en la santa misa de la mañana, en las vísperas, en las comidas en común y en las varias y significativas celebraciones de la casa.

El separarnos de ella de un modo tan repentino y la manera como nos ha sido arrebatada nos han provocado un gran dolor, que sólo la fe puede consolar. Encuentro un gran sostén al pensar en las palabras que son el nombre de su comunidad: *Memores Domini*. Meditando sobre estas palabras, sobre su significado, encuentro un sentido de paz, porque remiten a una relación profunda que es más fuerte que la muerte. *Memores Domini* quiere decir: «que recuerdan al Señor», es decir, personas que viven en la memoria de Dios y de Jesús, y en esta memoria cotidiana, llena de fe y de amor, encuentran el sentido de cada cosa, tanto de las pequeñas acciones como de las grandes decisiones, del trabajo, del estudio, de la fraternidad. La memoria del Señor llena el corazón de una alegría profunda, como dice un antiguo himno de la Iglesia: «*Jesu dulcis memoria, dans vera cordis gaudia*» (Jesús dulce memoria, que da la verdadera alegría del corazón).

Por esto me da paz pensar que Manuela es una *Memor Domini*, una persona que vive en la memoria del Señor. Esta relación con él es más profunda que el abismo de la muerte. Es un vínculo que nada ni nadie puede romper, como dice san Pablo: «(Nada) podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rm 8, 39).

Sí, si recordamos al Señor es porque él, antes aún, se acuerda de nosotros. Somos *memores Domini* porque él es *Memor nostri*, se acuerda de nosotros con el amor de un Padre, de un Hermano, de un Amigo, incluso en el momento de la muerte. Aunque a veces pueda parecer que en ese momento él está ausente, que se olvida de nosotros, en realidad él nos tiene siempre presentes, estamos en su corazón. Dondequiera que podamos caer, caemos en sus manos. Precisamente allí, donde nadie puede acompañarnos, nos espera Dios: nuestra Vida.

Queridos hermanos y hermanas, en esta fe llena de esperanza, que es la fe de María al pie de la cruz de Jesús, celebré la santa misa en sufragio de Manuela la misma mañana de su muerte. Y mientras acompaño con la oración el rito cristiano de su sepultura, imparto con afecto a los familiares, a sus hermanas en la fe y a todos vosotros mi bendición.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Patriarca Ecuménico, Bartolomé
I, por la fiesta de San Andrés***

A Su Santidad Bartolomé I, Arzobispo de Constantinopla, Patriarca ecuménico.

Es una gran alegría dirigirle, con ocasión de la fiesta de san Andrés Apóstol, hermano de san Pedro y patrono del Patriarcado ecuménico, este mensaje, encomendado al venerado hermano

cardenal Kurt Koch, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, para desear a Vuestra Santidad, a los miembros del Santo Sínodo, al clero, a los monjes y a todos los fieles abundancia de dones celestiales y de bendiciones divinas.

En este jubiloso día de fiesta, junto con todos los hermanos y hermanas católicos, me uno a usted en la acción de gracias a Dios por las maravillas que ha hecho, en su infinita misericordia, a través de la vida y el martirio de san Andrés. Los Apóstoles, ofreciendo generosamente su vida en sacrificio por el Señor y por sus hermanos, dieron testimonio de la Buena Nueva, que proclamaron hasta los confines del mundo entonces conocido. La fiesta del Apóstol, que cae en este mismo día en los calendarios litúrgicos de Oriente y Occidente, representa, para todos aquellos que por la gracia de Dios y el don del Bautismo han aceptado el mensaje de salvación, una fuerte invitación a renovar su fidelidad a la enseñanza de los Apóstoles y a convertirse en anunciadores incansables de la fe en Cristo, con la palabra y el testimonio de la vida.

En nuestro tiempo, esta invitación es más urgente que nunca e interpela a todos los cristianos. En un mundo marcado por una creciente interdependencia y solidaridad, estamos llamados a proclamar con renovada convicción la verdad del Evangelio y a presentar al Señor resucitado como la respuesta a los interrogantes y aspiraciones espiri-

tuales más profundos de los hombres y las mujeres de hoy.

Para tener éxito en esta gran tarea, debemos seguir avanzando en el camino hacia la plena comunión, mostrando haber unido ya nuestros esfuerzos por un testimonio común del Evangelio frente a los hombres de nuestro tiempo.

Por esta razón, quiero expresar mi sincera gratitud a Vuestra Santidad y al Patriarcado ecuménico por la generosa hospitalidad brindada el pasado mes de octubre en la isla de Rodas a los delegados de las Conferencias episcopales de Europa, que se reunieron con representantes de las Iglesias ortodoxas de Europa para el II Foro católico-ortodoxo sobre el tema «Relaciones Iglesia-Estado: perspectivas teológicas e históricas».

Santidad, sigo con atención sus sabios esfuerzos por el bien de la Ortodoxia y por la promoción de los valores cristianos en numerosos contextos internacionales. Asegurándole, en esta fiesta de san Andrés Apóstol, el recuerdo en mis oraciones, renuevo el deseo de paz, de salud y de abundantes bendiciones espirituales para usted y para todos los fieles.

Con sentimientos de estima y de cercanía espiritual, intercambio con usted el abrazo fraterno en el nombre de nuestro único Señor Jesucristo.

Vaticano, 30 de noviembre de 2010

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Cardenal Gianfranco Ravasi
por la XV Sesión Pública de las
Academias Pontificias***

Al venerado hermano Cardenal Gianfranco Ravasi, Presidente del Consejo pontificio para la cultura.

Con ocasión de la XV sesión pública de las Academias pontificias me complace hacerle llegar mi cordial saludo, que extendiendo de buen grado a los presidentes y a los académicos, en particular a usted, venerado hermano, que preside el Consejo de coordinación. Asimismo, dirijo mi saludo a los señores cardenales, a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, a los señores embajadores y a todos los participantes en esta cita anual.

Hace quince años, el venerable Juan Pablo II instituyó el Consejo de coordinación y el Premio de las Academias pontificias dando un significativo aliento y un consistente impulso al desarrollo de sus actividades. Ahora, evaluando atentamente todo lo que se ha hecho, es preciso impulsar ulteriormente el camino de renovación de todas y cada una de las Academias pontificias, a fin de que, de modo cada vez más eficaz, puedan dar su contribución a la Sede apostólica y a toda la Iglesia. Por tanto le pido a usted, venerado hermano, que siga con especial solicitud el recorrido de cada institución, promoviendo, al mismo tiempo, un proceso de apoyo recíproco y de creciente colaboración.

Han preparado la XV sesión pública la Academia pontificia mariana internacional y la Academia pontificia de la Inmaculada, las cuales, muy oportunamente, han querido que en esta solemne asamblea se recordara el 60° aniversario de la proclamación del dogma de la Asunción de María, proponiendo el tema: «La Asunción de María, signo de consuelo y de esperanza segura». En efecto, el 1 de noviembre de 1950, durante un memorable jubileo, el venerable Pío XII, promulgando la constitución apostólica *Munificentissimus Deus*, proclamaba solemnemente este dogma en la plaza de San Pedro. Algunos años antes, en 1946, el padre Carlo Balić, o.f.m., había fundado la Academia mariana internacional precisamente para sostener y coordinar el movimiento asuncionista.

En el difícil y delicado momento histórico que siguió a la conclusión de la segunda guerra mundial, Pío XII, con ese gesto solemne, quiso indicar, no sólo a los católicos, sino a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, la singular figura de María como modelo y paradigma de la nueva humanidad redimida por Cristo: «Cabe esperar -afirmó- que todos aquellos que mediten los gloriosos ejemplos de María queden cada vez más persuadidos del valor de la vida humana (...) y que esté ante los ojos de todos, de modo luminosísimo, a cuán excelso fin están destinados los cuerpos y las almas; que la fe en la Asunción corporal de María al cielo haga más firme y activa la fe

en nuestra resurrección» (*Munificentissimus Deus*: AAS 42 [1950] 753-771). Considero muy actuales estos deseos, y también yo os invito a todos a dejaros guiar por María para ser anunciadores y testigos de la esperanza que brota de la contemplación de los misterios de Cristo, muerto y resucitado para nuestra salvación.

María, de hecho, como enseña el concilio Vaticano II en la constitución dogmática *Lumen gentium*, es signo de esperanza cierta y de consuelo para el pueblo de Dios peregrino en la historia: «La madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 P 3, 10), brilla ante el pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo» (n. 68). En la carta encíclica *Spe salvi*, dedicada a la esperanza cristiana, no podía yo dejar de recordar el papel especial de María para sostener y guiar el camino de los creyentes hacia la patria del cielo. Me dirigí a ella, invocándola como Estrella de la esperanza para la Iglesia y para toda la humanidad (cf. n. 49). María es la estrella resplandeciente de luz y de belleza, que anuncia y anticipa nuestro futuro, la condición definitiva a la cual nos llama Dios, Padre rico en misericordia.

Los Padres y los Doctores de la Iglesia, haciéndose eco también del sentimiento común de los fieles y reflexio-

nando sobre lo que la liturgia celebraba, proclamaron el singular privilegio de María, e ilustraron su luminosa belleza, que sostiene y alimenta nuestra esperanza.

San Juan Damasceno, que dedicó a la Asunción de María tres magníficos sermones, predicados en Jerusalén en el año 740 ante la tumba que la tradición indica como la tumba de María, afirma lo siguiente: «Tu alma, de hecho, no bajó a los infiernos; tu carne no vio la corrupción. Tu cuerpo inmaculado y totalmente hermoso no permaneció en la tierra; al contrario, tú estás sentada en el trono en el reino celestial como reina, señora, dominadora, la Madre de Dios, la verdadera Madre de Dios elevada al cielo» (*Homilía I sobre la Dormición*: PG 96, 719).

De esta voz de la Iglesia de Oriente, se hace eco, entre las numerosas voces del Occidente latino, la del cantor de María, san Bernardo de Claraval, el cual evoca así la Asunción: «Nuestra Reina nos ha precedido; nos ha precedido y la han recibido tan jubilosamente, que los siervos pueden seguir a su Señora con confianza diciendo: Llévanos contigo, correremos detrás del olor de tus perfumes (Ct 1, 3). Nuestra humanidad peregrina mandó delante a su Abogada que, al ser Madre del Juez y Madre de misericordia, podrá tratar con devoción y eficacia la causa de nuestra salvación. Nuestra tierra ha enviado hoy al cielo un precioso regalo a fin de que, dando y recibiendo, se

unan en un feliz intercambio de amistad lo humano a lo divino, lo terreno a lo celestial, lo ínfimo a lo sumo (...) Es la Reina de los cielos, es misericordiosa, es la Madre del Hijo unigénito de Dios» (*In assumptione b.m.v, Sermo I: PL 183, 415*).

Recorriendo, pues, la vía pulchritudinis que el siervo de Dios Pablo VI indicó como fecundo itinerario de investigación teológica y mariológica, quiero señalar la profunda sintonía entre el pensamiento teológico y místico, la liturgia, la devoción mariana y las obras de arte, que, con el esplendor de los colores y de las formas, cantan el misterio de la Asunción de María y su gloria celestial al lado del Hijo. Entre estas últimas, os invito a admirar dos particularmente significativas en Roma: los mosaicos absidales de las basílicas marianas de Santa María la Mayor y de Santa María en Trastevere.

Reflexión teológica y espiritual, liturgia, devoción mariana y representación artística forman verdaderamente un todo, un mensaje completo y eficaz, capaz de suscitar la maravilla de los ojos, de tocar el corazón y de impulsar la inteligencia a una comprensión todavía más profunda del misterio de María, en el que vemos claramente reflejado y anunciado nuestro destino, nuestra esperanza.

Por tanto, aprovecho esta ocasión para invitar a los estudiosos de teología y de mariología a recorrer la vía

pulchritudinis y deseo que, también en nuestros días, gracias a una mayor colaboración entre teólogos, liturgistas y artistas, se ofrezcan a la admiración y a la contemplación de todos, mensajes incisivos y eficaces.

Para alentar a cuantos quieren dar su contribución a la promoción y realización de un nuevo humanismo cristiano, acogiendo la propuesta que formuló el Consejo de coordinación, me alegra asignar ex aequo el Premio de las Academias eclesíásticas pontificias a la Academia mariana de la India, joven y activa sociedad mariológica-mariana que tiene su sede en Bangalore, en India -representada por su presidente, el reverendo Kulandaisamy Rayar-, y al profesor Luís Alberto Esteves dos Santos Casimiro por su profunda disertación doctoral titulada «*La Anunciación del Señor en la pintura portuguesa del siglo XVI (1500-1550). Análisis geométrico, iconográfico y significado iconológico*».

Asimismo deseo que, como signo de aprecio y de aliento, se otorgue la Medalla del Pontificado al grupo «Gen verde», expresión del Movimiento de los Focolares, por su compromiso artístico fuertemente impregnado de los valores evangélicos y abierto al diálogo entre los pueblos y las culturas.

Por último, a la vez que os deseo un compromiso cada vez más apasionado en vuestros respectivos campos de actividad, os encomiendo a cada uno y vuestro trabajo a la materna protección

de la Virgen María, la Tota Pulchra, la Estrella de la esperanza, y de corazón le imparto impartido a usted, señor cardenal, y a todos los presentes una especial bendición apostólica.

Vaticano 15 de diciembre de 2010

***Carta del Papa, Benedicto XVI,
al Arzobispo metropolitano de
Santiago de Compostela, Monseñor
Julián Barrio Barrio, con motivo
de la clausura del Año Santo
Compostelano 2010***

Al Venerado Hermano, Monseñor Julián Barrio Barrio, Arzobispo Metropolitano de Santiago de Compostela.

1. Con ocasión de la solemne clausura del Año Santo Compostelano de 2010, vuelvo a pensar con emoción en la Casa del Señor Santiago, que visité recientemente con hondo gozo interior. Deseo unirme a la acción de gracias a Dios por los dones que su bondad ha derramado en estos meses en la multitud de personas que han peregrinado a ese lugar santo con fe viva, renovando la firme adhesión al mensaje transmitido por los Apóstoles y viviendo con espíritu de conversión el encuentro con la misericordia y el amor de Jesucristo. Al saludar con afecto a los Pastores, religiosos, seminaristas y fieles congregados en esa circunstancia, evocando los inolvidables momentos que vivimos junto a la Tumba del Apóstol proto-

mártir, quisiera dirigirles una palabra de aliento, para que los frutos de vida cristiana y de renovación eclesial cosechados copiosamente en el Año Santo impulsen a los que han llegado hasta Santiago de Compostela a ser testigos de Cristo Resucitado.

2. En efecto, en el camino, compartieron preocupaciones, esperanzas y desafíos con los hermanos que encontraron a su lado, buscando escuchar al Dios que nos habla y habita en nuestro interior para salir de sí mismos y abrirse a los demás. Al llegar al Pórtico de la gloria, los esperaba la majestad amorosa y acogedora de Cristo, a cuya luz el hombre puede hallar el auténtico sentido de su existencia y sendas para una convivencia pacífica y constructiva entre los pueblos. Bajo la mirada serena del Apóstol, renovaron su profesión de fe, entonaron su alabanza e hicieron humilde confesión de sus pecados. A la profesión de fe siguió la recepción del perdón en el sacramento de la Penitencia y el encuentro con el Señor en la Eucaristía.

3. Dicho encuentro no puede dejarlos indiferentes. Los peregrinos han de volver a sus casas como regresaron a Jerusalén los discípulos de Emaús, que conversaron con Jesús por el camino y le reconocieron al partir el pan. Gozosos y agradecidos fueron a la Ciudad Santa a comunicar a todos que había resucitado y se les había aparecido vivo. Se convirtieron así en mensajeros alegres y confiados del Cristo viviente, que es bálsamo para nuestras penas y fundamento

de nuestra esperanza (cf. Lc 24,13-35). También ahora, al dejar Compostela tras haber experimentado el amor del Señor que nos ha salido al encuentro, se hará sentir el anhelo de cumplir el encargo del Apóstol Pedro: “Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere” (1 P 3,15). Ello requiere el propósito de fortalecer cada día más nuestra fe, participando asiduamente en los misterios de gracia confiados a la Iglesia y dando ejemplo eficaz y concreto de caridad. No seremos testigos creíbles de Dios si no somos fieles colaboradores y servidores de los hombres. Este servicio a una comprensión profunda y a una defensa valerosa del hombre es una exigencia del Evangelio y una aportación esencial a la sociedad de nuestra condición cristiana.

4. Con estos sentimientos, quisiera ahora dirigirme en particular a los jóvenes, con quienes tendré la dicha de reunirme el año próximo en Madrid, para la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud. Los invito a dejarse interpelear por Cristo, entablando con Él un diálogo franco y pausado y preguntándose también: ¿Contará el Señor conmigo para ser su apóstol en el mundo, para ser mensajero de su amor? Que no falte la generosidad en la respuesta, ni tampoco aquel arrojo que llevó a Santiago a seguir al Maestro sin ahorrar sacrificios. Asimismo, animo a los seminaristas a que se identifiquen cada vez más con Jesús, que los llama a trabajar en su viña (cf. Mt 20,3-4). La vocación al sacerdocio es

un admirable don del que se ha de estar orgulloso, porque el mundo necesita de personas dedicadas por completo a hacer presente a Jesucristo, configurando toda su vida y su quehacer con Él, repitiendo diariamente con humildad sus palabras y sus gestos, para ser transparencia suya en medio de la grey que les ha sido encomendada. Aquí está la fatiga y también la gloria de los presbíteros, a quienes quisiera recordar con San Pablo, que nada ni nadie en este mundo podrá arrancarlos del amor de Dios manifestado en Cristo (cf. Rm 8,39).

5. Conservando en mi alma el recuerdo de mi grata estancia en Compostela, pido al Señor que el perdón y la aspiración a la santidad que han germinado en este Año Santo Compostelano ayuden a hacer más presente, bajo la guía de Santiago, la Palabra redentora de Jesucristo en esa Iglesia particular y en todos los pueblos de España, y que su luz se perciba igualmente en Europa, como una invitación incesante a vigorizar sus raíces cristianas y así potenciar su compromiso por la solidaridad y la firme defensa de la dignidad del hombre.

6. A la amorosa protección de la Santísima Virgen María, a cuyo corazón de Madre confió el Apóstol Santiago sus penas y alegrías, según venerable tradición, encomiendo a todos los hijos e hijas de esas nobles tierras y les imparto la Bendición Apostólica, signo de consuelo y de constante asistencia divina.

Vaticano, 18 de diciembre de 2010.

DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Plenaria del Comité Pontificio
para los Congresos Eucarísticos
Internacionales***

Sala Clementina. Jueves, 11 de noviembre de 2010

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra acogeros al concluir los trabajos de la asamblea plenaria del Comité pontificio para los Congresos eucarísticos internacionales. Os saludo cordialmente a cada uno y en particular al presidente, el arzobispo monseñor Piero Marini, a quien doy las gracias por las amables palabras con las que ha introducido nuestro encuentro. Saludo a los delegados nacionales de las Conferencias episcopales y, de modo especial, a la delegación irlandesa, encabezada por monseñor Diarmuid Martin, arzobispo de Dublín, ciudad en la que tendrá lugar el próximo Congreso eucarístico internacional, en junio de 2012. Vuestra asamblea ha dedicado gran atención a ese acontecimiento, que se inserta también en el programa de renovación de la Iglesia en Irlanda. El tema -«La Eucaristía, comunión con Cristo y entre nosotros»- recuerda la centralidad del Misterio eucarístico para el crecimiento de la vida de fe y para todo auténtico camino de renovación eclesial. La Iglesia, mientras peregrina por la tierra, es

sacramento de unidad de los hombres con Dios y entre sí (cf. *Lumen gentium*, 1). Para este fin ha recibido la Palabra y los sacramentos, sobre todo la Eucaristía, de la que «continuamente vive y crece» (ib., 26) y en la que al mismo tiempo se expresa a sí misma.

El don de Cristo y de su Espíritu, que recibimos en la Eucaristía, cumple con plenitud sobreabundante los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, los eleva muy por encima de la simple experiencia convival humana. Mediante la comunión con el Cuerpo de Cristo, la Iglesia llega a ser cada vez más lo que debe ser: misterio de unidad «vertical» y «horizontal» para todo el género humano. A los brotes de disgregación, que la experiencia cotidiana muestra tan arraigados en la humanidad a causa del pecado, se contraponen la fuerza generadora de unidad del Cuerpo de Cristo. La Eucaristía, formando continuamente a la Iglesia, crea también comunión entre los hombres.

Queridos hermanos, algunas felices circunstancias hacen más significativos los trabajos que habéis llevado a cabo en estos días y los acontecimientos futuros. Esta asamblea -como ha dicho ya monseñor Marini- coincide con el 50º aniversario del Congreso eucarístico de Munich, que marcó un cambio notable en la comprensión de estos acontecimientos eclesiales, elaborando la idea de *statio orbis*, que fue retomada más tarde

por el Ritual romano *De sacra Communionem et de cultu Mysterii eucharistici extra missam*. En ese Congreso, como ha recordado asimismo monseñor Marini, tuve la alegría de participar personalmente, como joven profesor de teología, y también de ver cómo se desarrollaba ese concepto. Además, el Congreso de Dublín de 2012 tendrá un carácter jubilar, pues será el 50º, y además se celebrará 50 años después de la apertura del concilio ecuménico Vaticano II, al que hace referencia explícita el tema, recordando el capítulo 7 de la constitución dogmática *Lumen gentium*.

Los Congresos eucarísticos internacionales tienen ya una larga historia en la Iglesia. Mediante la forma característica de la *statio orbis*, ponen de relieve la dimensión universal de la celebración: de hecho, se trata siempre de una fiesta de fe en torno a Cristo Eucarístico, el Cristo del sacrificio supremo por la humanidad, en la que participan no sólo los fieles de una Iglesia particular o de una nación, sino también, en la medida de lo posible, de varios lugares del orbe. Es la Iglesia la que se reúne en torno a su Señor y su Dios. Al respecto, es importante el papel de los delegados nacionales, los cuales están llamados a sensibilizar a sus respectivas Iglesias en relación con el acontecimiento del Congreso, sobre todo en el período de su preparación, para que dé frutos de vida y de comunión.

Los Congresos eucarísticos, especialmente en el contexto actual, tienen también como objetivo dar una contribución

peculiar a la nueva evangelización, promoviendo la evangelización mistagógica (cf. *Sacramentum caritatis*, 64), que se realiza, siguiendo las enseñanzas de la Iglesia, en oración, a partir de la liturgia y a través de la liturgia. Pero cada Congreso implica también una dimensión evangelizadora en el sentido más estrictamente misionero, hasta el punto de que el binomio Eucaristía-misión ha entrado a formar parte de las líneas maestras propuestas por la Santa Sede. La Mesa eucarística, mesa del sacrificio y de la comunión, representa así el centro difusor del fermento del Evangelio, fuerza propulsora para la construcción de la sociedad humana y prenda del Reino que viene. La misión de la Iglesia está en continuidad con la de Cristo: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21). Y la Eucaristía es el medio principal para llevar a cabo esta continuidad misionera entre Dios Padre, el Hijo encarnado, y la Iglesia que camina en la historia, guiada por el Espíritu Santo.

Por último, una indicación litúrgico-pastoral. Dado que la celebración eucarística es el centro y el culmen de todas las diversas manifestaciones y formas de piedad, es importante que todo Congreso eucarístico sepa implicar e integrar, según el espíritu de la reforma conciliar, todas las expresiones del culto eucarístico *extra missam*, que hunden sus raíces en la devoción popular, así como las asociaciones de fieles que de diversas maneras se inspiran en la Eucaristía. Es preciso armonizar según una eclesiología eucarística orientada

hacia la comunión todas las devociones eucarísticas, recomendadas y estimuladas también por la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (nn. 10; 47-52) y por la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*. También en este sentido los Congresos eucarísticos son una ayuda para la renovación permanente de la vida eucarística de la Iglesia.

Queridos hermanos y hermanas, el apostolado eucarístico al que dedicáis vuestros esfuerzos es muy valioso. Perseverad en él con empeño y pasión, animando y difundiendo la devoción eucarística en todas sus expresiones. En la Eucaristía está encerrado el tesoro de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, que en la cruz se inmoló por la salvación de la humanidad. Acompaño vuestro apreciado servicio asegurándoos mi oración, por intercesión de María santísima, y con la bendición apostólica, que de corazón os imparto a vosotros, a vuestros seres queridos y a vuestros colaboradores.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Asamblea
Plenaria del Consejo Pontificio para
la Cultura***

Sala Clementina. Sábado, 13 de noviembre de 2010

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros al término de la asamblea plenaria del Consejo pontificio para la cultura, durante la cual habéis profundizado en el tema: «Cultura de la comunicación y nuevos lenguajes». Agradezco al presidente, monseñor Gianfranco Ravasi, sus hermosas palabras, y saludo a todos los participantes, agradecido por la contribución que han dado al estudio de esta temática, tan relevante para la misión de la Iglesia. En efecto, hablar de comunicación y de lenguaje no sólo significa tocar uno de los nudos cruciales de nuestro mundo y de sus culturas; para los creyentes significa también acercarse al misterio mismo de Dios que, en su bondad y sabiduría, quiso revelarse y manifestar su voluntad a los hombres (*Dei Verbum*, 2). En efecto, en Cristo, Dios se nos ha revelado como Logos, que se comunica y nos interpela, entablando la relación que funda nuestra identidad y dignidad de personas humanas, amadas como hijos del único Padre (cf. *Verbum Domini*, 6.22.23). Comunicación y lenguaje son asimismo dimensiones esenciales de la cultura humana, constituida por informaciones y nociones, por creencias y estilos de vida, pero también por reglas, sin las cuales las personas difícilmente podrían progresar en humanidad y en sociabilidad. He apreciado la original decisión de inaugurar la plenaria en la sala de la Protomoteca en el Capitolio, núcleo civil e institucional de Roma, con una mesa redonda sobre el tema: «En la ciudad a la escucha de los lenguajes del alma». De ese modo,

el dicasterio ha querido expresar una de sus tareas esenciales: ponerse a la escucha de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, para promover nuevas ocasiones de anuncio del Evangelio. Escuchando, por tanto, las voces del mundo globalizado, nos damos cuenta de que se está produciendo una profunda transformación cultural, con nuevos lenguajes y nuevas formas de comunicación, que favorecen también modelos antropológicos nuevos y problemáticos.

En este contexto, los pastores y los fieles experimentan con preocupación algunas dificultades en la comunicación del mensaje evangélico y en la transmisión de la fe, dentro de la comunidad eclesial misma. Como he escrito en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*: «Hay muchos cristianos necesitados de que se les vuelva a anunciar persuasivamente la Palabra de Dios, de manera que puedan experimentar concretamente la fuerza del Evangelio» (n. 96). A veces, parece que los problemas aumentan cuando la Iglesia se dirige a los hombres y mujeres lejanos o indiferentes a una experiencia de fe, a los cuales el mensaje evangélico llega de manera poco eficaz y atractiva. En un mundo que hace de la comunicación la estrategia vencedora, la Iglesia, depositaria de la misión de comunicar a todas las gentes el Evangelio de salvación, no permanece indiferente y extraña; al contrario, trata de valerse con renovado compromiso creativo, pero también con sentido

crítico y atento discernimiento, de los nuevos lenguajes y las nuevas modalidades comunicativas.

La incapacidad del lenguaje de comunicar el sentido profundo y la belleza de la experiencia de fe puede contribuir a la indiferencia de muchos, sobre todo jóvenes; puede ser motivo de alejamiento, como afirmaba ya la constitución *Gaudium et spes*, poniendo de relieve que una presentación inadecuada del mensaje esconde, en vez de manifestar, el rostro genuino de Dios y de la religión (cf. n. 19). La Iglesia quiere dialogar con todos, en la búsqueda de la verdad; pero para que el diálogo y la comunicación sean eficaces y fecundos es necesario sintonizarse en una misma frecuencia, en ámbitos de encuentro amistoso y sincero, en ese «patio de los gentiles» ideal que propuse al hablar a la Curia romana hace un año y que el dicasterio está realizando en distintos lugares emblemáticos de la cultura europea. Hoy no pocos jóvenes, aturdidos por las infinitas posibilidades que ofrecen las redes informáticas u otras tecnologías, entablan formas de comunicación que no contribuyen al crecimiento en humanidad, sino que corren el riesgo de aumentar el sentido de soledad y desorientación. Antes estos fenómenos, más de una vez he hablado de emergencia educativa, un desafío al que se puede y se debe responder con inteligencia creativa, comprometiéndose a promover una comunicación que humanice, que estimule el sentido crítico y la capacidad de valoración y de discernimiento.

También en la cultura tecnológica actual el paradigma permanente de la inculturación del Evangelio es la guía, que purifica, sana y eleva los mejores elementos de los nuevos lenguajes y de las nuevas formas de comunicación. Para esta tarea, difícil y fascinante, la Iglesia puede servirse del extraordinario patrimonio de símbolos, imágenes, ritos y gestos de su tradición. En particular, el rico y denso simbolismo de la liturgia debe brillar con toda su fuerza como elemento comunicativo, hasta tocar profundamente la conciencia humana, el corazón y el intelecto. La tradición cristiana siempre ha unido estrechamente a la liturgia el lenguaje del arte, cuya belleza tiene su fuerza comunicativa particular. Lo experimentamos también el domingo pasado, en Barcelona, en la basílica de la Sagrada Familia, obra de Antoni Gaudí, que conjugó genialmente el sentido de lo sagrado y de la liturgia con formas artísticas tanto modernas como en sintonía con las mejores tradiciones arquitectónicas. Sin embargo, la belleza de la vida cristiana es más incisiva aún que el arte y la imagen en la comunicación del mensaje evangélico. En definitiva, sólo el amor es digno de fe y resulta creíble. La vida de los santos, de los mártires, muestra una singular belleza que fascina y atrae, porque una vida cristiana vivida en plenitud habla sin palabras. Necesitamos hombres y mujeres que hablen con su vida, que sepan comunicar el Evangelio, con claridad y valentía, con la transparencia de las acciones, con la pasión gozosa de la caridad.

Después de haber ido como peregrino a Santiago de Compostela y haber admirado en miles de personas, sobre todo jóvenes, la fuerza cautivadora del testimonio, la alegría de ponerse en camino hacia la verdad y la belleza, deseo que muchos de nuestros contemporáneos puedan decir, escuchando de nuevo la voz del Señor, como los discípulos de Emaús: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino?» (Lc 24, 32). Queridos amigos, os agradezco cuanto hacéis diariamente con competencia y dedicación y, a la vez que os encomiendo a la protección maternal de María santísima, os imparto de corazón a todos la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Plenaria
del Consejo Pontificio para la
Promoción de la Unidad de los
Cristianos***

Jueves, 18 de noviembre de 2010

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Para mí, es una gran alegría encontrarme con vosotros con ocasión de la plenaria del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, durante la cual reflexionáis sobre el tema: «Hacia una nueva etapa del diálogo ecuménico». Os saludo a cada

uno cordialmente, y deseo agradecer de modo particular al presidente, monseñor Kurt Koch, también las cordiales expresiones con las que ha interpretado vuestros sentimientos.

Ayer, como ha recordado monseñor Koch, celebrasteis con un solemne acto conmemorativo el 50º aniversario de la institución de vuestro dicasterio. El 5 de junio de 1960, en vísperas del concilio Vaticano II, que indicó como central para la Iglesia el compromiso ecuménico, el beato Juan XXIII creó el Secretariado para la promoción de la unidad de los cristianos, denominado después, en 1988, Consejo pontificio. Fue un acto que constituyó una piedra miliar para el camino ecuménico de la Iglesia católica. A lo largo de cincuenta años se ha recorrido mucho camino. Deseo expresar viva gratitud a todos aquellos que han prestado su servicio en el Consejo pontificio, recordando ante todo a los presidentes que se han sucedido: los cardenales Augustin Bea, Johannes Willebrands y Edward Idris Cassidy; y deseo dar las gracias especialmente al cardenal Walter Kasper, que ha guiado el dicasterio, con competencia y pasión, en los últimos once años. Expreso mi agradecimiento a los miembros y consultores, a los oficiales y colaboradores, a quienes han contribuido a realizar los diálogos teológicos y los encuentros ecuménicos y a cuantos han rezado al Señor por el don de la unidad visible entre los cristianos. Son cincuenta años en los que se ha adquirido un conocimiento más verdadero y

una estima mayor con las Iglesias y las comunidades eclesiales, superando prejuicios sedimentados en la historia; ha crecido el diálogo teológico, pero también el de la caridad; se han desarrollado varias formas de colaboración, entre las cuales, además de las orientadas a la defensa de la vida, a la salvaguardia de la creación y a combatir la injusticia, ha sido importante y fructuosa la colaboración en el campo de las traducciones ecuménicas de la Sagrada Escritura.

En estos últimos años, el Consejo pontificio se ha comprometido, entre otras cosas, en un amplio proyecto, llamado Harvest Project, para trazar un primer balance de las metas alcanzadas en los diálogos teológicos con las principales comunidades eclesiales desde el Vaticano II. Se trata de un valioso trabajo, que ha puesto de relieve tanto las áreas de convergencia como aquellas en las que es necesario seguir profundizando la reflexión. Dando gracias a Dios por los frutos ya recogidos, os aliento a proseguir en vuestro empeño por promover una correcta acogida de los resultados alcanzados y por dar a conocer con exactitud el estado actual de la investigación teológica al servicio del camino hacia la unidad. Hoy algunos piensan que ese camino, especialmente en Occidente, ha perdido su impulso; se percibe la urgencia de reavivar el interés ecuménico y de dar nueva fuerza a los diálogos. Además, se plantean desafíos inéditos: las nuevas interpretaciones antropológicas y éticas, la formación ecuménica de las

nuevas generaciones, la ulterior fragmentación del escenario ecuménico. Es esencial tomar conciencia de estos cambios e identificar los caminos para avanzar de manera eficaz a la luz de la voluntad del Señor: «Que todos sean uno» (Jn 17, 21).

También con las Iglesias ortodoxas y las antiguas Iglesias orientales, con las cuales existen «vínculos estrechísimos» (*Unitatis redintegratio*, 15), la Iglesia católica prosigue con pasión el diálogo, tratando de profundizar de modo serio y riguroso el patrimonio teológico, litúrgico y espiritual común, y de afrontar con serenidad y compromiso los elementos que todavía nos dividen. Con los ortodoxos, se ha llegado a tocar un punto crucial de confrontación y de reflexión: el papel del Obispo de Roma en la comunión de la Iglesia. Y la cuestión eclesiológica ocupa también el centro del diálogo con las antiguas Iglesias orientales: a pesar de muchos siglos de incompreensión y de lejanía, se ha constatado con gozo que se ha conservado un precioso patrimonio común.

Queridos amigos, pese a que se presentan nuevas situaciones problemáticas o puntos difíciles para el diálogo, la meta del camino ecuménico sigue invariada, así como el compromiso firme de perseguirla. No se trata, sin embargo, de un compromiso según categorías -por decirlo así- políticas, en las que entran en juego la habilidad de negociar o la mayor capacidad

de encontrar arreglos, de modo que podamos esperar, como buenos mediadores, que, pasado cierto tiempo, se llegue a acuerdos aceptables para todos. La acción ecuménica se mueve en dos direcciones. Por una parte, la búsqueda convencida, apasionada y tenaz para encontrar toda la unidad en la verdad, para idear modelos de unidad, para iluminar oposiciones y puntos oscuros a fin de alcanzar la unidad. Y esto en el necesario diálogo teológico, pero sobre todo en la oración y en la penitencia, en el ecumenismo espiritual que constituye el corazón palpitante de todo el camino: la unidad de los cristianos es y seguirá siendo oración, habita en la oración. Por otra parte, otro movimiento operativo, que surge de la firme conciencia de que nosotros no sabemos la hora de la realización de la unidad entre todos los discípulos de Cristo y no la podemos conocer, porque la unidad no la «hacemos nosotros», la «hace» Dios: viene de lo alto, de la unidad del Padre con el Hijo en el diálogo de amor que es el Espíritu Santo; es participar en la unidad divina. Y esto no debe hacer que disminuya nuestro compromiso, es más, debe llevarnos a estar cada vez más atentos a captar los signos y los tiempos del Señor, sabiendo reconocer con gratitud lo que ya nos une y trabajando para que se consolide y crezca. En definitiva, también en el camino ecuménico, se trata de dejar a Dios lo que es únicamente suyo y de explorar, con seriedad, constancia y empeño, lo que es tarea nuestra, teniendo en cuenta que

a nuestro compromiso pertenecen los binomios de actuar y sufrir, de actividad y paciencia, de fatiga y alegría.

Invoquemos con confianza al Espíritu Santo, para que guíe nuestro camino y cada uno sienta con renovado vigor la llamada a trabajar por la causa ecuménica. Os aliento a todos a proseguir en vuestra obra; es una ayuda que prestáis al Obispo de Roma en el cumplimiento de su misión al servicio de la unidad. Como signo de efecto y gratitud, os imparto de corazón mi bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los Superiores y Superiores
Generales***

Sala Clementina. Viernes, 26 de noviembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros con ocasión de la Asamblea semestral de la Unión de los superiores generales, que estáis celebrando, en continuidad con la de mayo pasado, sobre el tema de la vida consagrada en Europa. Saludo al presidente, don Pascual Chávez -a quien agradezco las palabras que me ha dirigido- al igual que al Consejo ejecutivo; un saludo especial al Comité directivo de la Unión internacional de las superiores generales y a los numerosos superiores generales. Extiendo

mi saludo a todos vuestros hermanos y hermanas esparcidos por el mundo, especialmente a cuantos sufren por testimoniar el Evangelio. Deseo expresar mi vivo agradecimiento por lo que hacéis en la Iglesia y con la Iglesia en favor de la evangelización y del hombre. Pienso en las múltiples actividades pastorales en las parroquias, en los santuarios y en los centros de culto, para la catequesis y la formación cristiana de los niños, de los jóvenes y los adultos, manifestando vuestra pasión por Cristo y por la humanidad. Pienso en el gran trabajo en el campo educativo, en las universidades y en las escuelas; en las múltiples obras sociales, a través de las cuales salís al encuentro de los hermanos más necesitados con el mismo amor de Dios. Pienso también en el testimonio, a veces arriesgado, de vida evangélica en las misiones ad gentes, en circunstancias a menudo difíciles.

Habéis dedicado vuestras dos últimas Asambleas a considerar el futuro de la vida consagrada en Europa. Esto ha significado reflexionar sobre el sentido mismo de vuestra vocación, que conlleva, ante todo, buscar a Dios, quaerere Deum: por vocación sois buscadores de Dios. A esta búsqueda consagrais las mejores energías de vuestra vida. Pasáis de las cosas secundarias a las esenciales, a lo que es verdaderamente importante; buscáis lo definitivo, buscáis a Dios, mantenéis la mirada dirigida hacia él. Como los primeros monjes, cultiváis una orientación escatológica: detrás de lo provisional buscáis lo que perma-

nece, lo que no pasa (cf. *Discurso en el Collège des Bernardins*, París, 12 de septiembre de 2008). Buscáis a Dios en los hermanos que os ha dado, con los cuales compartís la misma vida y misión. Lo buscáis en los hombres y en las mujeres de nuestro tiempo, a los que sois enviados para ofrecerles, con la vida y la palabra, el don del Evangelio. Lo buscáis particularmente en los pobres, primeros destinatarios de la Buena Noticia (cf. Lc 4, 18). Lo buscáis en la Iglesia, donde el Señor se hace presente, sobre todo en la Eucaristía y en los demás sacramentos, y en su Palabra, que es camino primordial para la búsqueda de Dios, nos introduce en el coloquio con él y nos revela su verdadero rostro. ¡Sed siempre buscadores y testigos apasionados de Dios!

La renovación profunda de la vida consagrada parte de la centralidad de la Palabra de Dios, y más concretamente del Evangelio, regla suprema para todos vosotros, como afirma el concilio Vaticano II en el decreto *Perfectae caritatis* (cf. n. 2) y como bien comprendieron vuestros fundadores: la vida consagrada es una planta con muchas ramas que hunde sus raíces en el Evangelio. Lo demuestra la historia de vuestros Institutos, en los cuales la firme voluntad de vivir el mensaje de Cristo y de configurar la propia vida a este, ha sido y sigue siendo el criterio fundamental del discernimiento vocacional y de vuestro discernimiento personal y comunitario. El Evangelio vivido diariamente es el elemento que da

atractivo y belleza a la vida consagrada y os presenta ante el mundo como una alternativa fiable. Esto necesita la sociedad actual, esto espera de vosotros la Iglesia: ser Evangelio vivo.

Otro aspecto fundamental de la vida consagrada que quiero subrayar es la fraternidad: «confessio Trinitatis» (cf. Juan Pablo II, *Exhort. ap. Vita consecrata*, 41) y parábola de la Iglesia comunitaria. En efecto, a través de ella, pasa el testimonio de vuestra consagración. La vida fraterna es uno de los aspectos que mayormente buscan los jóvenes cuando se acercan a vuestra vida; es un elemento profético importante que ofrecéis en una sociedad fuertemente individualista. Conozco los esfuerzos que estáis haciendo en este campo, como conozco también las dificultades que conlleva la vida comunitaria. Es necesario un discernimiento serio e constante para escuchar lo que el Espíritu dice a la comunidad (cf. Ap 2, 7), para reconocer lo que viene del Señor y lo que le es contrario (cf. *Vita consecrata*, 73). Sin el discernimiento, acompañado de la oración y la reflexión, la vida consagrada corre el riesgo de acomodarse a los criterios de este mundo: el individualismo, el consumismo, el materialismo; criterios por los que la fraternidad viene a menos y la misma vida consagrada pierde atractivo y garras. Sed maestros de discernimiento, a fin de que vuestros hermanos y vuestras hermanas asuman este habitus y vuestras comunidades sean signo elocuente para el mundo de hoy. Vosotros que

ejercéis el servicio de la autoridad, y que tenéis tareas de guía y de proyección del futuro de vuestros Institutos religiosos, recordad que una parte importante de la animación espiritual y del gobierno es la búsqueda común de los medios para favorecer la comunión, la mutua comunicación, el afecto y la verdad en las relaciones recíprocas.

Un último elemento que quiero resaltar es la misión. La misión es el modo de ser de la Iglesia y, en esta, de la vida consagrada; forma parte de vuestra identidad; os impulsa a llevar el Evangelio a todos, sin fronteras. La misión, sostenida por una fuerte experiencia de Dios, por una robusta formación y por la vida fraterna en comunidad, es una clave para comprender y revitalizar la vida consagrada. Id, por tanto, y con fidelidad creativa haced vuestro el desafío de la nueva evangelización. Renovad vuestra presencia en los aerópagos de hoy para anunciar, como hizo san Pablo en Atenas, al Dios «ignoto» (cf. *Discurso en el Collège des Bernardins*).

Queridos superiores generales, el momento actual presenta para no pocos Institutos el dato de la disminución numérica, especialmente en Europa. Las dificultades, sin embargo, no deben hacernos olvidar que la vida consagrada tiene su origen en el Señor: él la quiere, para la edificación y la santidad de su Iglesia, y por eso la Iglesia misma nunca se verá privada de ella. Os alieno a caminar en la fe y en la esperanza, a la vez que os pido un renovado com-

promiso en la pastoral vocacional y en la formación inicial y permanente. Os encomiendo a la santísima Virgen María, a vuestros santos fundadores y patronos, mientras de corazón os imparto mi bendición apostólica, que extendo a vuestras familias religiosas

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los miembros de la Plenaria de la Comisión Teológica Internacional

Sala del Consistorio. Viernes, 3 de diciembre de 2010

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado; ilustres profesores y queridos colaboradores:

Os acojo con alegría, al término de los trabajos de vuestra sesión plenaria anual. Deseo, ante todo, expresar un sentido agradecimiento por las palabras de saludo que me ha dirigido, en nombre de todos, usted, señor cardenal, en calidad de presidente de la Comisión teológica internacional. Los trabajos de este octavo «quinquenio» de la Comisión, como usted ha recordado, afrontan los siguientes temas de gran importancia: la teología y su metodología; la cuestión del único Dios en relación con las tres religiones monoteístas; y la integración de la doctrina social de la Iglesia en el contexto más amplio de la doctrina cristiana.

«Porque el amor de Cristo nos apremia, al considerar que si uno solo

murió por todos, entonces todos han muerto. Y él murió por todos, a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Co 5, 14-15). ¿Cómo no sentir también nosotros esta bella reacción del apóstol san Pablo a su encuentro con Cristo resucitado? Precisamente esta experiencia está en la raíz de los tres importantes temas que habéis profundizado en vuestra sesión plenaria que acaba de concluir.

Quien ha descubierto en Cristo el amor de Dios, infundido por el Espíritu Santo en nuestro corazón, desea conocer mejor a Aquél por quien es amado y a quien ama. Conocimiento y amor se sostienen mutuamente. Como afirmaron los Padres de la Iglesia, quien ama a Dios es impulsado a convertirse, en cierto sentido, en un teólogo, en uno que habla con Dios, que piensa sobre Dios y que intenta pensar con Dios; al mismo tiempo, el trabajo profesional de teólogo es para algunos una vocación de gran responsabilidad ante Cristo, ante la Iglesia. Poder estudiar profesionalmente a Dios mismo y poder hablar de ello -contemplari et contemplata docere (Santo Tomás de Aquino, *Super Sent.*, lib. 3, d. 35, q. 1, a. 3, qc. 1, arg. 3)- es un gran privilegio. Vuestra reflexión sobre la visión cristiana de Dios podrá ser una valiosa contribución tanto para la vida de los fieles como para nuestro diálogo con los creyentes de otras religiones y también con los no creyentes. De hecho, la misma palabra «teo-logía» revela este

aspecto comunicativo de vuestro trabajo: en la teología intentamos comunicar, a través del «logos», lo que «hemos visto y oído» (1 Jn 1, 3). Pero sabemos bien que la palabra «logos» tiene un significado mucho más amplio, que comprende también el sentido de «ratio», «razón». Y este hecho nos lleva a un segundo punto muy importante. Podemos pensar en Dios y comunicar lo que hemos pensado porque él nos ha dotado de una razón en armonía con su naturaleza. No es casualidad que el Evangelio de san Juan comience con la afirmación: «En el principio estaba el Logos... y el Logos era Dios» (Jn 1, 1). Por último, acoger este Logos -este pensamiento divino- es también una contribución a la paz en el mundo. De hecho, conocer a Dios en su verdadera naturaleza es también el modo seguro para asegurar la paz. Un Dios al que no se percibiera como fuente de perdón, de justicia y de amor, no podría ser luz en el sendero de la paz.

Dado que el hombre tiende siempre a relacionar sus conocimientos entre sí, también el conocimiento de Dios se organiza de modo sistemático. Pero ningún sistema teológico puede subsistir si no está impregnado del amor a su divino «Objeto», que en la teología necesariamente debe ser «Sujeto» que nos habla y con el que estamos en relación de amor. Así, la teología debe alimentarse siempre del diálogo con el Logos divino, Creador y Redentor. Además, ninguna teología es tal si no se integra en la vida y en la reflexión de la Igle-

sia a través del tiempo y del espacio. Sí, es verdad que, para ser científica, la teología debe argumentar de modo racional, pero también debe ser fiel a la naturaleza de la fe eclesial: centrada en Dios, arraigada en la oración, en una comunión con los demás discípulos del Señor garantizada por la comunión con el Sucesor de Pedro y todo el Colegio episcopal.

Otra consecuencia de esta acogida y transmisión del Logos es que la misma racionalidad de la teología ayuda a purificar la razón humana liberándola de ciertos prejuicios e ideas que pueden ejercer un fuerte influjo en el pensamiento de cada época. Es necesario, por otra parte, poner de relieve que la teología vive siempre en continuidad y en diálogo con los creyentes y los teólogos que vinieron antes de nosotros; dado que la comunión eclesial es diacrónica, también lo es la teología. El teólogo no parte nunca de cero, sino que considera como maestros a los Padres y los teólogos de toda la tradición cristiana. La teología, arraigada en la Sagrada Escritura, leída con los Padres y los Doctores, puede ser escuela de santidad, como nos atestiguó el beato John Henry Newman. Ayudar a descubrir el valor permanente de la riqueza transmitida por el pasado es una contribución notable de la teología al concierto de las ciencias.

Cristo murió por todos, aunque no todos lo sepan o lo acepten. Habiendo recibido el amor de Dios, ¿cómo

podríamos no amar a aquellos por quienes Cristo dio su propia vida? «Él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1 Jn 3, 16). Todo esto nos lleva al servicio de los demás en nombre de Cristo; en otras palabras, el compromiso social de los cristianos deriva necesariamente de la manifestación del amor divino. La contemplación del Dios revelado y la caridad con el prójimo no se pueden separar, aunque se vivan según carismas distintos. En un mundo, que a menudo, aprecia muchos dones del cristianismo -como por ejemplo la idea de una igualdad democrática- sin comprender la raíz de los propios ideales, es particularmente importante mostrar que los frutos mueren si se corta la raíz del árbol. De hecho, no hay justicia sin verdad, y la justicia no se desarrolla plenamente si su horizonte se limita al mundo material. Para nosotros, los cristianos, la solidaridad social tiene siempre una perspectiva de eternidad.

Queridos amigos teólogos, nuestro encuentro de hoy manifiesta de modo excelente y singular la unidad indispensable que debe reinar entre teólogos y pastores. No se puede ser teólogos en soledad: los teólogos necesitan el ministerio de los pastores de la Iglesia, así como el Magisterio necesita teólogos que presten su servicio a fondo, con toda la ascesis que eso implica. Por ello, a través de vuestra Comisión, deseo dar las gracias a todos los teólogos

y animarlos a tener fe en el gran valor de su labor. A la vez que os expreso mis mejores deseos para vuestro trabajo, os imparto con afecto mi bendición.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el acto de veneración a la Inmaculada en la Plaza de España

Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María

Miércoles, 8 de diciembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

También este año nos hemos dado cita aquí, en la plaza de España, para rendir homenaje a la Virgen Inmaculada, con ocasión de su fiesta solemne. Os saludo cordialmente a todos vosotros, que habéis acudido en gran número, así como a cuantos participan mediante la radio y la televisión. Nos hemos reunido en torno a este histórico monumento, hoy completamente rodeado de flores, signo del amor y de la devoción del pueblo romano por la Madre de Jesús. Y el don más hermoso que le ofrecemos, el que más le agrada, es nuestra oración, la que llevamos en el corazón y que encomendamos a su intercesión. Son invocaciones de agradecimiento y de súplica: agradecimiento por el don de la fe y por todo el bien que diariamente recibimos de Dios; y súplica por las diferentes necesidades, por la

familia, la salud, el trabajo, por todas las dificultades que la vida nos lleva a encontrar.

Pero cuando venimos aquí, especialmente en esta fiesta del 8 de diciembre, es mucho más importante lo que recibimos de María, respecto a lo que le ofrecemos. Ella, en efecto, nos da un mensaje destinado a cada uno de nosotros, a la ciudad de Roma y a todo el mundo. También yo, que soy el Obispo de esta ciudad, vengo para ponerme a la escucha, no sólo para mí, sino para todos. Y ¿qué nos dice María? Nos habla con la Palabra de Dios, que se hizo carne en su seno. Su «mensaje» no es otro sino Jesús, él que es toda su vida. Gracias a él y por él ella es la Inmaculada. Y como el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros, también ella, su Madre, fue preservada del pecado por nosotros, por todos, como anticipación de la salvación de Dios para cada hombre. Así, María nos dice que todos estamos llamados a abrirnos a la acción del Espíritu Santo para poder llegar a ser, en nuestro destino final, inmaculados, plena y definitivamente libres del mal. Nos lo dice con su misma santidad, con una mirada llena de esperanza y de compasión, que evoca palabras como estas: «No temas, hijo, Dios te quiere; te ama personalmente; pensó en ti antes de que vinieras al mundo y te llamó a la existencia para colmarte de amor y de vida; y por esto ha salido a tu encuentro, se ha hecho como tú, ha llegado a ser Jesús, Dios-hombre, semejante en todo a ti, pero

sin el pecado; se ha entregado por ti, hasta morir en la cruz, y así te ha dado una vida nueva, libre, santa e inmaculada» (cf. Ef 1, 3-5).

María nos da este mensaje, y cuando vengo aquí, en esta fiesta, me conmueve, porque siento que va dirigido a toda la ciudad, a todos los hombres y las mujeres que viven en Roma: también a quien no piensa en ello, a quien hoy ni siquiera recuerda que es la fiesta de la Inmaculada; a quien se siente solo y abandonado. La mirada de María es la mirada de Dios dirigida a cada uno de nosotros. Ella nos mira con el amor mismo del Padre y nos bendice. Se comporta como nuestra «abogada» y así la invocamos en la Salve, Regina: «Advocata nostra». Aunque todos hablaran mal de nosotros, ella, la Madre, hablaría bien, porque su corazón inmaculado está sintonizado con la misericordia de Dios. Ella ve así la ciudad: no como un aglomerado anónimo, sino como una constelación donde Dios conoce a todos personalmente por su nombre, uno a uno, y nos llama a resplandecer con su luz. Y los que, a los ojos del mundo, son los primeros, para Dios son los últimos; los que son pequeños, para Dios son grandes. La Madre nos mira como Dios la miró a ella, joven humilde de Nazaret, insignificante a los ojos del mundo, pero elegida y preciosa para Dios. Reconoce en cada uno la semejanza con su Hijo Jesús, aunque nosotros seamos tan diferentes. ¿Quién conoce mejor

que ella el poder de la Gracia divina? ¿Quién sabe mejor que ella que nada es imposible a Dios, capaz incluso de sacar el bien del mal?

Queridos hermanos y hermanas, este es el mensaje que recibimos aquí, a los pies de María Inmaculada. Es un mensaje de confianza para cada persona de esta ciudad y de todo el mundo. Un mensaje de esperanza que no está compuesto de palabras, sino de su misma historia: ella, una mujer de nuestro linaje, que dio a luz al Hijo de Dios y compartió toda su existencia con él. Y hoy nos dice: este es también tu destino, el vuestro, el destino de todos: ser santos como nuestro Padre, ser inmaculados como nuestro hermano Jesucristo, ser hijos amados, todos adoptados para formar una gran familia, sin fronteras de nacionalidad, de color, de lengua, porque existe un solo Dios, Padre de todo hombre.

¡Gracias, oh Madre Inmaculada, por estar siempre con nosotros! Vela siempre sobre nuestra ciudad: conforta a los enfermos, alienta a los jóvenes, sostén a las familias. Infunde la fuerza para rechazar el mal, en todas sus formas, y elegir el bien, incluso cuando cuesta e implica ir contracorriente. Danos la alegría de sentirnos amados por Dios, bendecidos por él, predestinados a ser sus hijos.

Virgen Inmaculada, Madre nuestra dulcísima, ¡ruega por nosotros!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Curia Romana para el
intercambio de felicitaciones con
ocasión de la Navidad***

Lunes 20 de diciembre de 2010

Señores Cardenales, Venerados hermanos en el Episcopado y el Presbiterado, Queridos hermanos y hermanas

Me alegra mucho estar con vosotros en este tradicional encuentro, queridos miembros del Colegio Cardenalicio, Representantes de la Curia Romana y del Governatorato. Dirijo un cordial saludo a cada uno de vosotros, y en primer lugar al Cardenal Angelo Sodano, al que agradezco las palabras de afecto y comunión, así como la sentida felicitación que me ha dirigido en nombre de todos. Prope est jam Dominus, venite, adoremus! Como una sola familia contemplamos el misterio del Emmanuel, el Dios con nosotros, como ha dicho el Cardenal Decano. También yo os felicito con agrado y deseo dar las gracias a todos, también a los Representantes Pontificios diseminados por el mundo, por la colaboración competente y generosa que cada uno presta al Vicario de Cristo y a la Iglesia.

Excita, Domine, potentiam tuam, et veni! La liturgia de la Iglesia ora incesantemente en los días de Adviento con éstas o parecidas palabras. Son invocaciones formuladas probablemente en el período del declive del Imperio Romano. La disolución de los ordena-

mientos que sustentaban en derecho y de las actitudes morales de fondo, que les daban fuerza, provocaron la ruptura de los muros que hasta ese momento habían protegido la convivencia pacífica entre los hombres. Un mundo estaba llegando a su ocaso. Además, frecuentes calamidades naturales aumentaban esta experiencia de inseguridad. No se veía ninguna fuerza capaz de frenar dicho declive. Se hacía cada vez más insistente la invocación del poder de Dios: que venga y proteja a los hombres de todas estas amenazas.

Excita, Domine, potentiam tuam, et veni! También hoy tenemos numerosos motivos para unirnos a esta oración de Adviento de la Iglesia. El mundo, con todas sus nuevas esperanzas, está, al mismo tiempo, angustiado por la impresión de que el consenso moral se está disolviendo, un consenso sin el cual no funcionan las estructuras jurídicas y políticas; por consiguiente, las fuerzas movilizadas para defender dichas estructuras parecen estar destinadas al fracaso.

Excita: la oración recuerda el grito dirigido al Señor, que estaba durmiendo en la barca de los discípulos sacudida por la tempestad y a punto de hundirse. Cuando su palabra poderosa apaciguó la tempestad, Él echó en cara a los discípulos su poca fe (cf. Mt 8,26 par.). Quería decir: en vosotros mismos, la fe se ha adormecido. Lo mismo quiere decirnos también a nosotros. Con mucha frecuencia, tam-

bién en nosotros la fe está dormida. Pidámosle, pues, que nos despierte del sueño de una fe que se ha cansado y que devuelva a esa fe la fuerza de mover montañas, es decir, de dar el justo orden a las cosas del mundo.

Excita, Domine, potentiam tuam, et veni! Esta oración de Adviento me ha venido una y otra vez a la mente y a los labios en las grandes angustias que durante este año nos han afectado. Con mucha alegría comenzamos el Año Sacerdotal y, gracias a Dios, pudimos concluirlo también con mucha gratitud, no obstante su desarrollo fuera tan distinto a como habíamos esperado. En nosotros, sacerdotes, y en los laicos, precisamente en los jóvenes, se ha renovado la convicción del don que representa el sacerdocio de la Iglesia católica, que el Señor nos ha confiado. Nos hemos dado cuenta nuevamente de lo bello que es el que seres humanos tengan la facultad de pronunciar en nombre de Dios y con pleno poder la palabra del perdón, y así puedan cambiar el mundo, la vida; qué hermoso el que seres humanos estén autorizados a pronunciar las palabras de la consagración, con las que el Señor atrae a sí una parte del mundo, transformándola en sustancia suya en un determinado lugar; qué bello poder estar, con la fuerza del Señor, cerca de los hombres en sus gozos y desventuras, en los momentos importantes y en aquellos oscuros de la vida; qué bello tener como cometido en la propia existencia no esto o aquello, sino sencillamente el ser mismo del

hombre, para ayudarlo a que se abra a Dios y sea vivido a partir de Dios. Por eso, nos hemos visto tan turbados cuando, precisamente, en este año, hemos venido a saber de abusos contra menores, en unas dimensiones inimaginables para nosotros, cometidos por sacerdotes, que convierten el Sacramento en su contrario y, bajo el manto de lo sagrado, hieren profundamente a la persona humana en su infancia y le provocan daños para toda la vida.

En este contexto, me ha venido a la memoria una visión de santa Hildegarda de Bingen, que describe de manera impresionante lo que hemos vivido en este año: «En el año 1170 después de Cristo estuve en cama, enferma durante mucho tiempo. Entonces, física y mentalmente despierta, vi una mujer de una tal belleza que la mente humana no es capaz de comprender. Su figura se erguía de la tierra hasta el cielo. Su rostro brillaba con un esplendor sublime. Sus ojos miraban al cielo. Llevaba un vestido luminoso y radiante de seda blanca y con un manto cuajado de piedras preciosas. En los pies calzaba zapatos de ónix. Pero su rostro estaba cubierto de polvo, su vestido estaba rasgado en la parte derecha. También el manto había perdido su belleza singular y sus zapatos estaban sucios por encima. Con gran voz y lastimera, la mujer alzó su grito al cielo: “Escucha, cielo: mi rostro está embadurnado. Aflígete, tierra: mi vestido está rasgado. Tiembla, abismo: mis zapatos están ensuciados”.

Y prosiguió: “Estuve escondida en el corazón del Padre, hasta que el Hijo del hombre, concebido y dado a luz en la virginidad, derramó su sangre. Con esta sangre, como dote, me tomó como esposa.

Los estigmas de mi esposo permanecen frescos y abiertos mientras estén abiertas las heridas de los pecados de los hombres. El que permanezcan abiertas las heridas de Cristo es precisamente culpa de los sacerdotes. Ellos rasgan mi vestido porque son transgresores de la Ley, del Evangelio y de su deber sacerdotal. QUITAN el esplendor de mi manto, porque descuidan totalmente los preceptos que tienen impuestos. Ensucian mis zapatos, porque no caminan por el camino recto, es decir por el duro y severo de la justicia, y también porque no dan un buen ejemplo a sus súbditos. Sin embargo, encuentro en algunos el esplendor de la verdad”.

Y escuché una voz del cielo que decía: “Esta imagen representa a la Iglesia. Por esto, oh ser humano que ves todo esto y que escuchas los lamentos, anúncialo a los sacerdotes que han de guiar e instruir al pueblo de Dios y a los que, como a los apóstoles, se les dijo: ‘Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación’” (Mc 16,15)» (*Carta a Werner von Kirchheim y a su comunidad sacerdotal*: PL 197, 269ss)

En la visión de santa Hildegarda, el rostro de la Iglesia está cubierto de pol-

vo, y así es como lo hemos visto. Su vestido está rasgado por culpa de los sacerdotes. Tal como ella lo ha visto y expresado, así lo hemos visto este año. Hemos de acoger esta humillación como una exhortación a la verdad y una llamada a la renovación. Solamente la verdad salva. Hemos de preguntarnos qué podemos hacer para reparar lo más posible la injusticia cometida. Hemos de preguntarnos qué había de equivocado en nuestro anuncio, en todo nuestro modo de configurar el ser cristiano, de forma que algo así pudiera suceder. Hemos de hallar una nueva determinación en la fe y en el bien. Hemos de ser capaces de penitencia. Debemos esforzarnos en hacer todo lo posible en la preparación para el sacerdocio, para que algo semejante no vuelva a suceder jamás. También éste es el lugar para dar las gracias de corazón a todos los que se esfuerzan por ayudar a las víctimas y devolverles la confianza en la Iglesia, la capacidad de creer en su mensaje. En mis encuentros con las víctimas de este pecado, siempre he encontrado también personas que, con gran dedicación, están al lado del que sufre y ha sufrido daño. Ésta es la ocasión para dar las gracias también a tantos buenos sacerdotes que transmiten con humildad y fidelidad la bondad del Señor y, en medio de la devastación, son testigos de la belleza permanente del sacerdocio.

Somos conscientes de la especial gravedad de este pecado cometido por sacerdotes, y de nuestra correspon-

diente responsabilidad. Pero tampoco podemos callar sobre el contexto de nuestro tiempo en el que hemos visto estos sucesos. Existe un mercado de la pornografía referente a los niños, que de algún modo parece ser considerado cada vez más por la sociedad como algo normal. La devastación psicológica de los niños, en la que personas humanas quedan reducidas a artículos de mercado, es un espantoso signo de los tiempos. Oigo decir una y otra vez a Obispos de Países del Tercer Mundo, cómo el turismo sexual amenaza a toda una generación, dañándola en su libertad y dignidad humana. El Apocalipsis de san Juan incluye entre los grandes pecados de Babilonia -símbolo de las grandes ciudades irreligiosas del mundo- el comercio de los cuerpos y las almas, convirtiéndolos en una mercancía (cf. Ap 18,13). En este contexto, se coloca también el problema de la droga, que con una fuerza creciente extiende sus tentáculos sobre todo el globo terrestre: expresión elocuente de la dictadura de la riqueza y el placer que pervierte al hombre. Cualquier placer es insuficiente y el exceso en el engaño de la embriaguez se convierte en una violencia que destruye regiones enteras, y todo en nombre de una fatal tergiversación de la libertad, en la que precisamente la libertad del hombre es la que se ve amenazada y, al final, completamente anulada.

Para oponerse a estas fuerzas, debemos echar una mirada a sus fundamentos ideológicos. En los años setenta, se

teorizó que la pedofilia era algo completamente conforme con el hombre e incluso con el niño. Sin embargo, esto formaba parte de una perversión de fondo del concepto de ethos. Se afirmaba -incluso en el ámbito de la teología católica- que no existía ni el mal ni el bien en sí mismos. Existía sólo un «mejor que» y un «peor que». No habría nada bueno o malo en sí mismo. Todo dependía de las circunstancias y de los fines que se pretendían. Dependiendo de los objetivos y las circunstancias, todo podría ser bueno o malo. La moral fue sustituida por un cálculo de las consecuencias, y por eso mismo deja existir. Los efectos de tales teorías saltan hoy a la vista. En contra de ellas, el Papa Juan Pablo II, en su Encíclica *Veritatis splendor*, de 1993, señaló con fuerza profética que las bases esenciales y permanentes del actuar moral se encuentran en la gran tradición racional del ethos cristiano. Este texto se ha de poner hoy nuevamente en el centro de atención como camino en la formación de la conciencia. Toca a nosotros hacer que estos criterios sean escuchados y comprendidos por los hombres como caminos de verdadera humanidad, en el contexto de la preocupación por el hombre, en la que estamos inmersos.

Como segundo punto, quisiera decir una palabra sobre el Sínodo de las Iglesias de Oriente Medio. Se inició con mi viaje a Chipre, en el que entregué el *Instrumentum laboris* para el Sínodo a los Obispos de aquellos países congregados allí. La hospitalidad de la Iglesia orto-

doxa, que experimentamos con enorme gratitud, permanece inolvidable. Si bien la comunión plena no nos ha sido todavía concedida, hemos constatado con alegría que la forma básica de la Iglesia antigua nos une unos a otros profundamente: el ministerio sacramental de los Obispos como portadores de la tradición apostólica, la lectura de la Escritura según la hermenéutica de la *Regula fidei*, la comprensión de la Escritura en la multiforme unidad centrada en Cristo, que se ha desarrollado gracias a la inspiración de Dios, y, en fin, la fe en el puesto central de la Eucaristía en la vida de la Iglesia. Así, hemos encontrado de modo vivo la riqueza de los ritos de la Iglesia antigua, también dentro de la Iglesia católica. Tuvimos liturgias con los Maronitas y los Melquitas, celebramos en rito latino y tuvimos momentos de oración ecuménica con los Ortodoxos, y pudimos ver la rica cultura cristiana del Oriente cristiano en imponentes manifestaciones. Pero hemos visto también el problema del País dividido. Aparecían visibles las culpas del pasado y profundas heridas, pero también el deseo de una paz y una comunión como existían antes. Todos son conscientes del hecho de que la violencia no produce ningún progreso, creando, en cambio, la situación actual. Sólo con el compromiso y la comprensión mutua se podrá restablecer la unidad. Una tarea esencial de la pastoral es preparar a la gente para esta actitud de paz.

En el Sínodo, la mirada se extendió a todo el Medio Oriente, donde con-

viven fieles que pertenecen a diferentes religiones y también a múltiples tradiciones y ritos distintos. Por lo que respecta a los cristianos, están las Iglesias pre-calcedonenses y las calcedonenses; Iglesias en comunión con Roma y otras que están fuera de esa comunión, y en ambas existen múltiples ritos, unos junto a otros. El desconcierto de los últimos años ha sacudido de tal manera la historia de convivencia y ha hecho crecer las tensiones y las divisiones, que una y otra vez asistimos con horror a actos de violencia que no respetan ya lo que es sagrado para el otro, y en los que por el contrario se derrumban las reglas más elementales de la humanidad. En la situación actual, los cristianos son la minoría más oprimida y atormentada. Durante siglos han vivido pacíficamente con sus vecinos judíos y musulmanes. En el Sínodo, hemos escuchado sabias palabras del Consejero del Muftí de la República de Líbano contra los actos de violencia hacia los cristianos. Decía que, hiriendo a los cristianos, se nos hiere a nosotros mismos. Sin embargo, lamentablemente, esta voz de la razón, y otras análogas, que agradecemos profundamente, son demasiado débiles. También aquí el obstáculo es el vínculo entre afán de lucro y ceguera ideológica. Basándose en el espíritu de la fe y de su razonabilidad, el Sínodo ha desarrollado un gran concepto de diálogo, de perdón y de acogida mutua, un concepto que ahora queremos gritar al mundo. El ser humano es uno solo y la humanidad es una sola. Lo que en cualquier lugar se hace contra

el hombre al final hiere a todos. Así, las palabras y el pensamiento del Sínodo han de ser un fuerte grito a todas las personas con responsabilidad política o religiosa para que detengan la cristianofobia; para que se alcen en defensa de los prófugos y los que sufren, y revitalicen el espíritu de la reconciliación. En última instancia, la recuperación sólo puede venir de una fe profunda en el amor reconciliador de Dios. La tarea principal de la Iglesia en este momento es dar fuerza a esta fe, alimentarla y hacerla resplandecer.

Me gustaría hablar con detalle del inolvidable viaje al Reino Unido, sin embargo, me limitaré a dos puntos que están relacionados con el tema de la responsabilidad de los cristianos en el tiempo actual y con el cometido de la Iglesia de anunciar el Evangelio. Mi pensamiento se dirige en primer lugar al encuentro con el mundo de la cultura en Westminster Hall, un encuentro en el que la conciencia de la responsabilidad común en este momento histórico provocó una gran atención, que, en última instancia, se orientó a la cuestión sobre la verdad y la fe. Era evidente a todos, que en este debate, la Iglesia debe dar su propia aportación. Alexis de Tocqueville, en su tiempo, observó que, en América, la democracia fue posible y había funcionado porque, más allá de las denominaciones particulares, existía un consenso moral de base que unía a todos. Sólo si existe un consenso semejante sobre lo esencial, las constituciones y el derecho pueden

funcionar. Este consenso de fondo que proviene del patrimonio cristiano está en peligro allí donde en su lugar, en vez de la razón moral, se pone la mera racionalidad finalista de la que ya hemos hablado antes. Esto es realmente una ceguera de la razón para lo que es esencial. Combatir esta ceguera de la razón y conservar la capacidad de ver lo esencial, de ver a Dios y al hombre, lo que es bueno y verdadero, es el propósito común que ha de unir a todos los hombres de buena voluntad. Está en juego el futuro del mundo.

Por último, quisiera recordar ahora la beatificación del Cardenal John Henry Newman. ¿Por qué ha sido beatificado? ¿Qué nos puede decir? A estas preguntas, se pueden dar muchas respuestas, que se han desarrollado en el contexto de la beatificación. Quisiera resaltar solamente dos aspectos que van unidos y, en el fondo, expresan lo mismo. El primero es que debemos aprender de las tres conversiones de Newman, porque son pasos de un camino espiritual que a todos nos interesa. Quisiera sólo resaltar aquí la primera conversión: la de la fe en el Dios vivo. Hasta aquel momento, Newman pensaba como el hombre medio de su tiempo y también como el de hoy, que simplemente no excluye la existencia de Dios, sino que la considera en todo caso como algo incierto, que no desempeña un papel esencial en la propia vida. Para él, como para los hombres de su tiempo y del nuestro, lo que aparecía como verdaderamente real era lo empírico, lo

que se puede percibir materialmente. Ésta es la «realidad» según la cual se nos orienta. Lo «real» es lo tangible, lo que se puede calcular y tomar con la mano. En su conversión, Newman reconoce que las cosas están precisamente al revés: que Dios y el alma, el ser mismo del hombre a nivel espiritual, constituye aquello que es verdaderamente real, lo que vale. Son mucho más reales que los objetos que se pueden tocar. Esta conversión significa un giro copernicano. Aquello que hasta el momento aparecía irreal y secundario se revela como lo verdaderamente decisivo. Cuando sucede una conversión semejante, no cambia simplemente una teoría, cambia la forma fundamental de la vida. Todos tenemos siempre necesidad de esa conversión: entonces estamos en el camino justo.

La conciencia era la fuerza motriz que impulsaba a Newman en el camino de la conversión. ¿Pero qué se entiende con eso? En el pensamiento moderno, la palabra «conciencia» significa que en materia de moral y de religión, la dimensión subjetiva, el individuo, constituye la última instancia de la decisión. Se divide al mundo en el ámbito de lo objetivo y de lo subjetivo. A lo objetivo pertenecen las cosas que se pueden calcular y verificar por medio de un experimento. La religión y la moral escapan a estos métodos y por tanto están consideradas como ámbito de lo subjetivo. Aquí no hay, en último análisis, criterios objetivos. La última instancia decisiva sería, por tanto, solo

el sujeto, y con la palabra «conciencia» se expresa precisamente esto: en este ámbito puede decidir sólo el sujeto, el individuo con sus intuiciones y experiencias. La concepción que Newman tiene de la conciencia es diametralmente opuesta. Para él «conciencia» significa la capacidad de verdad del hombre: la capacidad de reconocer en los ámbitos decisivos de su existencia, religión y moral, una verdad, la verdad. La conciencia, la capacidad del hombre para reconocer la verdad, le impone al mismo tiempo el deber de encaminarse hacia la verdad, de buscarla y de someterse a ella allí donde la encuentre. Conciencia es capacidad de verdad y obediencia en relación con la verdad, que se muestra al hombre que busca con corazón abierto. El camino de las conversiones de Newman es un camino de la conciencia, no un camino de la subjetividad que se afirma, sino, por el contrario, de la obediencia a la verdad que paso a paso se le abría. Su tercera conversión, la del Catolicismo, le exigía abandonar casi todo lo que le era querido y apreciado: sus bienes y su profesión; su título académico, los vínculos familiares y muchos amigos. La renuncia que la obediencia a la verdad, su conciencia, le pedía, iba más allá. Newman fue siempre consciente de tener una misión para Inglaterra. Pero en la teología católica de su tiempo, su voz difícilmente podía ser escuchada. Era demasiado extraña con relación al estilo dominante del pensamiento teológico y también de la piedad. En enero de 1863, escribió en su diario estas frases

conmovedoras: «Como protestante, mi religión me parecía mísera, pero no mi vida. Y ahora, de católico, mi vida es mísera, pero no mi religión». Aún no había llegado la hora de su eficacia. En la humildad y en la oscuridad de la obediencia, él esperó hasta que su mensaje fuera utilizado y comprendido. Para sostener la identidad entre el concepto que Newman tenía de conciencia y la moderna comprensión subjetiva de la conciencia, se suele hacer referencia a aquellas palabras suyas, según las cuales – en el caso de tener que pronunciar un brindis –, él habría brindando antes por la conciencia y después por el Papa. Pero en esta afirmación, «conciencia» no significa la obligatoriedad última de la intuición subjetiva. Es expresión del carácter accesible y de la fuerza vinculante de la verdad: en esto se funda su primado. Al Papa, se le puede dedicar el segundo brindis, porque su tarea es exigir obediencia con respecto a la verdad.

Debo renunciar a hablar de los viajes tan significativos a Malta, Portugal y España. En ellos, se ha hecho visible de nuevo que la fe no es algo del pasado, sino un encuentro con el Dios que vive y actúa ahora. Él nos compromete y se opone a nuestra pereza, pero precisamente por eso nos abre el camino hacia la verdadera alegría.

Excita, Domine, potentiam tuam, et veni! Hemos comenzado con la invocación de la presencia del poder de Dios en nuestro tiempo y la experiencia de

su aparente ausencia. Si abrimos nuestros ojos en retrospectiva precisamente hacia el año que llega a su fin, se puede ver que aún hoy la potencia y la bondad de Dios están presentes de muchas maneras. Así, todos tenemos motivos para darle gracias. Con el agradecimiento al Señor, renuevo mi gratitud a todos los colaboradores: ¡Ojalá nos conceda Dios a todos una Santa Navidad y nos acompañe con su bondad en el próximo año!

Confío estos deseos a la intercesión de la Virgen Santa, Madre del Redentor, y a todos vosotros y a la gran familia de la Curia Romana imparto de corazón la Bendición Apostólica. Feliz Navidad.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la comida ofrecida por el Santo Padre a los pobres que las Misioneras de la Caridad asisten en las comunidades romanas, con ocasión del I Centenario del nacimiento de la Beata Madre Teresa de Calcuta

Atrio de la Sala Pablo VI. Domingo, 26 de diciembre de 2010

Queridos amigos:

Me alegra estar hoy con vosotros y dirijo mi cordial saludo a la reverenda madre general de las Misioneras de la Caridad, a los sacerdotes, a las religio-

sas, a los hermanos contemplativos y a todos vosotros aquí presentes para vivir juntos este momento fraterno.

La luz del Nacimiento del Señor llena nuestro corazón de la alegría y la paz que anunciaron los ángeles a los pastores de Belén: «Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres que Dios ama» (Lc 2, 14). El Niño que vemos en la cueva es Dios mismo que se ha hecho hombre para mostrarnos cuánto nos quiere, cuánto nos ama: Dios se ha hecho uno de nosotros, para acercarse a cada uno, para vencer el mal, para liberarnos del pecado, para darnos esperanza, para decirnos que nunca estamos solos. Siempre podemos acudir a él, sin miedo, llamándolo Padre, con la seguridad de que en todo momento, en toda situación de la vida, incluso en las más difíciles, él no nos olvida. Debemos decirnos con mayor frecuencia: Sí, Dios cuida de mí, me ama, Jesús ha nacido también para mí; siempre debo tener confianza en él.

Queridos hermanos y hermanas, dejemos que la luz del Niño Jesús, del Hijo de Dios hecho hombre ilumine nuestra vida para transformarla en luz, como vemos de modo especial en la vida de los santos. Pienso en el testimonio de la beata Teresa de Calcuta, un reflejo de la luz del amor de Dios. Celebrar el centenario de su nacimiento es motivo de gratitud y de reflexión para un renovado y gozoso compromiso al servicio del Señor y de los hermanos, especialmente de los más necesitados.

El Señor mismo, como sabemos, quiso pasar necesidad. Queridas hermanas, queridos sacerdotes y hermanos, queridos amigos del personal, la caridad es la fuerza que cambia el mundo, porque Dios es amor (cf. 1 Jn 4, 7-9). La beata Teresa de Calcuta vivió la caridad con todos sin distinción, pero con preferencia por los más pobres y abandonados: un signo luminoso de la paternidad y de la bondad de Dios. Supo reconocer en cada uno el rostro de Cristo, al que amaba con todo su ser: al Cristo que adoraba y recibía en la Eucaristía seguía encontrándolo por los caminos y las calles de la ciudad, convirtiéndose en «imagen» viva de Jesús que derrama sobre las heridas del hombre la gracia del amor misericordioso. La respuesta a quien se pregunta por qué la madre Teresa se hizo tan famosa es sencilla: porque vivió de modo humilde y oculto, por amor y en el amor de Dios. Ella misma afirmaba que su premio más grande era amar a Jesús y servirlo en los pobres. Su figura pequeña, con las manos juntas o mientras acariciaba a un enfermo, un leproso, un moribundo, un niño, es el signo visible de una vida transformada por Dios. En la noche del dolor humano, hizo brillar la luz del Amor divino y ayudó a muchos corazones a encontrar la paz que sólo Dios puede dar.

Demos gracias al Señor porque en la beata Teresa de Calcuta todos hemos visto cómo puede cambiar nuestra vida cuando se encuentra con Jesús; puede llegar a ser para los demás reflejo de

la luz de Dios. A muchos hombres y mujeres, en situaciones de miseria y sufrimiento, ella les dio el consuelo y la certeza de que Dios no abandona nunca a nadie. Su misión sigue a través de aquéllos que, aquí como en otras partes del mundo, viven su carisma de Misioneros y Misioneras de la Caridad. Es grande nuestra gratitud, queridas hermanas, queridos hermanos, por vuestra presencia humilde, discreta, oculta a los ojos de los hombres, pero extraordinaria y preciosa para el corazón de Dios. Al hombre, que a menudo busca felicidades ilusorias, vuestro testimonio de vida le muestra dónde se encuentra

la verdadera alegría: en compartir, en dar, en amar con la misma gratuidad de Dios que rompe la lógica del egoísmo humano.

Queridos amigos, sabed que el Papa os ama, os lleva en su corazón, os estrecha en un abrazo paterno y reza por vosotros. ¡Muchas felicidades! Gracias por haber querido compartir la alegría de estos días de fiesta. Invoco la protección materna de la Sagrada Familia de Nazaret, que hoy celebramos -Jesús, María y José-, y os bendigo a todos vosotros y a vuestros seres queridos.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante el Consistorio Ordinario Público para la creación de nuevos cardenales

Basilica Vaticana. Sábado, 20 de noviembre de 2010

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

El Señor me da la alegría de realizar, una vez más, este solemne acto, mediante el cual el Colegio cardenalicio se enriquece con nuevos miembros, elegidos de diferentes partes del mundo: se trata de pastores que gobiernan

con celo importantes comunidades diocesanas, de prelados que presiden dicasterios de la Curia romana, o que han servido con fidelidad ejemplar a la Iglesia y a la Santa Sede. Desde hoy, entran a formar parte del coetus peculiaris que presta al Sucesor de Pedro una colaboración más inmediata y asidua, sosteniéndolo en el ejercicio de su ministerio universal. A ellos, ante todo, dirijo mi afectuoso saludo, renovando la expresión de mi estima y de mi vivo aprecio por el testimonio que dan a la Iglesia y al mundo. En particular, saludo al arzobispo Angelo Amato y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido. Asimismo, doy una cordial bienvenida a las delegaciones oficiales

de varios países, a los representantes de numerosas diócesis, y a cuantos han venido para participar en este acontecimiento, durante el cual estos venerados y queridos hermanos reciben el signo de la dignidad cardenalicia con la imposición del capelo y la asignación del título de una iglesia de Roma.

El vínculo de especial comunión y afecto que une a estos nuevos cardenales al Papa los hace cooperadores singulares y valiosos del alto mandato encomendado por Cristo a Pedro, de apacentar a sus ovejas (cf. Jn 21, 15-17), para reunir a los pueblos con la solicitud de la caridad de Cristo. Precisamente de este amor nació la Iglesia, llamada a vivir y caminar según el mandamiento del Señor, en el cual se resumen toda la ley y los profetas. Estar unidos a Cristo en la fe y en comunión con él significa estar «arraigados y cimentados en el amor» (Ef 3, 17), el tejido que une a todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

La Palabra de Dios que se acaba de proclamar nos ayuda a meditar precisamente sobre este aspecto tan fundamental. En el pasaje del Evangelio (Mc 10, 32-45) se nos presenta el icono de Jesús como el Mesías -anunciado por Isaías (cf. Is 53)- que no vino para ser servido, sino para servir: su estilo de vida se convierte en la base de las nuevas relaciones dentro de la comunidad cristiana y de un modo nuevo de ejercer la autoridad. Jesús va de camino hacia Jerusalén y anuncia por ter-

cera vez, indicándolo a los discípulos, el camino a través del cual va a llevar a cumplimiento la obra que el Padre le encomendó: es el camino del don humilde de sí mismo hasta el sacrificio de la vida, el camino de la Pasión, el camino de la cruz. Y, sin embargo, incluso después de este anuncio, como sucedió con los anteriores, los discípulos manifiestan toda su dificultad para comprender, para llevar a cabo el necesario «éxodo» de una mentalidad mundana hacia la mentalidad de Dios. En este caso, son los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, quienes piden a Jesús poder sentarse en los primeros puestos a su lado en la «gloria», manifestando expectativas y proyectos de grandeza, de autoridad, de honor según el mundo. Jesús, que conoce el corazón del hombre, no queda turbado por esta petición, sino que inmediatamente explica su profundo alcance: «No sabéis lo que pedís»; después guía a los dos hermanos a comprender lo que conlleva seguirlo.

¿Cuál es, pues, el camino que debe recorrer quien quiere ser discípulo? Es el camino del Maestro, es el camino de la obediencia total a Dios. Por esto Jesús pregunta a Santiago y a Juan: ¿estáis dispuestos a compartir mi elección de cumplir hasta el final la voluntad del Padre? ¿Estáis dispuestos a recorrer este camino que pasa por la humillación, el sufrimiento y la muerte por amor? Los dos discípulos, con su respuesta segura -«podemos»- muestran, una vez más, que no han entendido el sentido real de lo que

les anuncia el Maestro. Y de nuevo Jesús, con paciencia, les hace dar un paso más: ni siquiera experimentar el cáliz del sufrimiento y el bautismo de la muerte da derecho a los primeros puestos, porque eso es «para quienes está preparado», está en manos del Padre celestial; el hombre no debe calcular, simplemente debe abandonarse a Dios, sin pretensiones, conformándose a su voluntad.

La indignación de los demás discípulos se convierte en ocasión para entender la enseñanza a toda la comunidad. Ante todo, Jesús «los llamó a sí»: es el gesto de la vocación originaria, a la cual los invita a volver. Es muy significativa esta referencia al momento constitutivo de la vocación de los Doce, al «estar con Jesús» para ser enviados, porque recuerda claramente que todo ministerio eclesial siempre es respuesta a una llamada de Dios, nunca es fruto de un proyecto propio o de una ambición, sino que es conformar la propia voluntad a la del Padre que está en los cielos, como Cristo en Getsemaní (cf. Lc 22, 42). En la Iglesia, nadie es amo, sino que todos son llamados, todos son enviados, todos son alcanzados y guiados por la gracia divina. Y ésta es también nuestra seguridad. Sólo volviendo a escuchar la palabra de Jesús, que pide «ven y sígueme», sólo volviendo a la vocación originaria es posible entender la propia presencia y la propia misión en la Iglesia como auténticos discípulos.

La petición de Santiago y Juan y la indignación de los «otros diez» Após-

toles plantea una cuestión central a la que Jesús quiere responder: ¿Quién es grande, quién es «primero» para Dios? Ante todo la mirada va al comportamiento que corren el riesgo de asumir «aquéllos que son considerados los gobernantes de las naciones»: «dominar y oprimir». Jesús indica a los discípulos un modo completamente distinto: «No ha de ser así entre vosotros». Su comunidad sigue otra regla, otra lógica, otro modelo: «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos». El criterio de la grandeza y del primado según Dios no es el dominio, sino el servicio; la diaconía es la ley fundamental del discípulo y de la comunidad cristiana, y nos deja entrever algo del «señorío de Dios». Y Jesús indica también el punto de referencia: el Hijo del hombre, que vino para servir; es decir, sintetiza su misión en la categoría del servicio, entendido no en sentido genérico, sino en el sentido concreto de la cruz, del don total de la vida como «rescate», como redención para muchos, y lo indica como condición para seguirlo. Es un mensaje que vale para los Apóstoles, vale para toda la Iglesia, vale sobre todo para aquéllos que tienen la tarea de guiar al pueblo de Dios. No es la lógica del dominio, del poder según los criterios humanos, sino la lógica del inclinarse para lavar los pies, la lógica del servicio, la lógica de la cruz que está en la base de todo ejercicio de la autoridad. En todos los tiempos la Iglesia se ha esforzado por conformarse

a esta lógica y por testimoniarla para hacer transparentar el verdadero «señorío de Dios», el del amor.

Venerados hermanos elegidos para la dignidad cardenalicia, la misión a la que Dios os llama hoy y que os habilita a un servicio eclesial todavía más cargado de responsabilidad, requiere una voluntad cada vez mayor de asumir el estilo del Hijo de Dios, que vino entre nosotros como quien sirve (cf. Lc 22, 25-27). Se trata de seguirlo en su entrega de amor humilde y total a la Iglesia su esposa, en la cruz: es en ese madero donde el grano de trigo, que el Padre dejó caer en el campo del mundo, muere para convertirse en fruto maduro. Para esto hace falta un arraigo todavía más profundo y firme en Cristo. La relación íntima con él, que transforma cada vez más la vida a fin de poder decir con san Pablo «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20), constituye la exigencia primaria para que nuestro servicio sea sereno y gozoso, y para que pueda dar el fruto que el Señor espera de nosotros.

Queridos hermanos y hermanas, que hoy acompañáis a los nuevos cardenales: rezad por ellos. Mañana en esta basílica, durante la concelebración en la solemnidad de Cristo Rey del universo, les entregaré el anillo. Será una ocasión más en la cual alabar al Señor, porque «su fidelidad dura por siempre» (Sal 145), como hemos repetido en el salmo responsorial. Que su Espíritu sostenga a los nuevos purpurados en

su compromiso de servicio a la Iglesia, siguiendo al Cristo de la cruz también, si fuera necesario, usque ad effusionem sanguinis, siempre dispuestos -como nos decía san Pedro en la lectura que hemos proclamado- a responder a todo el que nos pida razón de nuestra esperanza (cf. 1 P 3, 15). Encomiendo a los nuevos cardenales y su servicio eclesial a María, Madre de la Iglesia, a fin de que, con ardor apostólico, proclamen a todos los hombres el amor misericordioso de Dios. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la concelebración
eucarística con los nuevos cardenales
y entrega del anillo cardenalicio del
Consistorio Ordinario Público para
la creación de nuevos cardenales***

*Basílica Vaticana Solemnidad de
Nuestro Señor Jesucristo Rey del universo.
Domingo, 21 de noviembre de 2010*

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

En la solemnidad de Cristo, Rey del universo, tenemos la alegría de reunirnos en torno al altar del Señor junto a los 24 nuevos cardenales, que ayer agregué al Colegio cardenalicio. A ellos, ante todo, dirijo mi cordial saludo, que extiendo a los demás purpurados y a todos los prelados presentes; así como a las ilustres autoridades, a los

señores embajadores, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles, venidos de diferentes partes del mundo para esta feliz circunstancia, que reviste un notable carácter de universalidad.

Muchos de entre vosotros habrán notado que también el anterior consistorio público para la creación de cardenales, que tuvo lugar en noviembre de 2007, se celebró en la vigilia de la solemnidad de Cristo Rey. Han pasado tres años y, por tanto, según el ciclo litúrgico dominical, la Palabra de Dios nos sale al encuentro a través de las mismas lecturas bíblicas, propias de esta importante festividad. Ésta se sitúa en el último domingo del año litúrgico y nos presenta, al término del itinerario de la fe, el rostro regio de Cristo, como el Pantocrátor en el ábside de una antigua basílica. Ésta coincidencia nos invita a meditar profundamente sobre el ministerio del Obispo de Roma y sobre el ministerio de los cardenales, vinculado a él, a la luz de la singular Realeza de Jesús, nuestro Señor.

El primer servicio del Sucesor de Pedro es el de la fe. En el Nuevo Testamento, Pedro se convierte en «piedra» de la Iglesia en cuanto portador del Credo: el «nosotros» de la Iglesia comienza con el nombre de aquel que fue el primero en profesar la fe en Cristo, comienza con su fe; una fe primero inmadura y todavía «demasiado humana», pero luego, después de la Pascua, madura y capaz de seguir a Cristo hasta el don de sí mismo; madura en creer

que Jesús es verdaderamente el Rey; que lo es precisamente porque permaneció en la cruz y, de ese modo, dio la vida por los pecadores. En el Evangelio, se ve que todos piden a Jesús que baje de la cruz. Lo escarnecen, pero es también un modo de disculparse, como si dijeran: no es culpa nuestra si tú estás ahí en la cruz; es sólo culpa tuya porque, si tú fueras realmente el Hijo de Dios, el Rey de los judíos, no estarías ahí, sino que te salvarías bajando de ese patíbulo infame. Por tanto, si te quedas ahí, quiere decir que tú estás equivocado y nosotros tenemos razón. El drama que tiene lugar al pie de la cruz de Jesús es un drama universal; atañe a todos los hombres frente a Dios que se revela por lo que es, es decir, Amor. En Jesús crucificado la divinidad queda desfigurada, despojada de toda gloria visible, pero está presente y es real. Sólo la fe sabe reconocerla: la fe de María, que une en su corazón también esta última tesela del mosaico de la vida de su Hijo; ella aún no ve todo, pero sigue confiando en Dios, repitiendo una vez más con el mismo abandono: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1, 38). Y luego está la fe del buen ladrón: una fe apenas esbozada, pero suficiente para asegurarle la salvación: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Es decisivo el «conmigo». Sí, esto es lo que lo salva. Ciertamente, el buen ladrón está en la cruz como Jesús, pero sobre todo está en la cruz con Jesús. Y, a diferencia del otro malhechor, y de todos los demás que los escarnecen, no pide a Jesús que baje de la cruz ni que lo bajen. Dice,

en cambio: «Acuérdate de mí cuando entres en tu reino». Lo ve en la cruz, desfigurado, irreconocible y, aun así, se encomienda a él como a un rey, es más, como al Rey. El buen ladrón cree en lo que está escrito en la tabla encima de la cabeza de Jesús: «el rey de los judíos»: lo cree, y se encomienda. Por esto ya está, en seguida, en el «hoy» de Dios, en el paraíso, porque el paraíso es estar con Jesús, estar con Dios.

Aquí, queridos hermanos, tenemos el primer y fundamental mensaje que la Palabra de Dios nos transmite hoy a nosotros: a mí, Sucesor de Pedro, y a vosotros, cardenales. Nos llama a estar con Jesús, como María, y no a pedirle que baje de la cruz, sino a permanecer allí con él. Y esto, a causa de nuestro ministerio, debemos hacerlo no sólo por nosotros mismos, sino por toda la Iglesia, por todo el pueblo de Dios. Sabemos por los Evangelios que la cruz fue el punto crítico de la fe de Simón Pedro y de los demás Apóstoles. Está claro y no podía ser de otro modo: eran hombres y pensaban «según los hombres»; no podían tolerar la idea de un Mesías crucificado. La «conversión» de Pedro se realiza plenamente cuando renuncia a querer «salvar» a Jesús y acepta ser salvado por él. Renuncia a querer salvar a Jesús de la cruz y acepta ser salvado por su cruz. «Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32), dice el Señor. Todo el ministerio de Pedro consiste en su fe, una fe que Jesús reconoce en

seguida, desde el inicio, como genuina, como don del Padre celestial; pero una fe que debe pasar a través del escándalo de la cruz, para llegar a ser auténtica, verdaderamente «cristiana»; para llegar a ser «roca» sobre la que Jesús pueda construir su Iglesia. La participación en el señorío de Cristo sólo se verifica en concreto al compartir su anonadamiento, con la cruz. También todo mi ministerio, queridos hermanos, y por consiguiente también el vuestro, consiste en la fe. Jesús puede construir sobre nosotros su Iglesia en la medida en que encuentra en nosotros la fe verdadera, pascual, la fe que no quiere hacer que Jesús baje de la cruz, sino que se encomienda a él en la cruz. En este sentido el lugar auténtico del Vicario de Cristo es la cruz, persistir en la obediencia de la cruz.

Este ministerio es difícil, porque no se acomoda al modo de pensar de los hombres -a la lógica natural que, por otra parte, siempre está activa también en nosotros mismos-; pero éste es y sigue siendo siempre nuestro primer servicio, el servicio de la fe, que transforma toda la vida: creer que Jesús es Dios, que es el Rey precisamente porque ha llegado hasta ese punto, porque nos ha amado hasta el extremo. Y esta realeza paradójica debemos testimoniarla y anunciarla como hizo él, el Rey, es decir, siguiendo su mismo camino y esforzándonos por adoptar su misma lógica, la lógica de la humildad y del servicio, del grano de trigo que muere para dar fruto. El Papa y los cardenales

están llamados a estar profundamente unidos ante todo en esto: todos juntos, bajo la guía del Sucesor de Pedro, deben permanecer en el señorío de Cristo, pensando y actuando según la lógica de la cruz; y esto nunca es fácil ni se puede dar por descontado. En esto, debemos ser compactos, y lo somos porque no nos une una idea, una estrategia, sino que nos unen el amor de Cristo y su Santo Espíritu. La eficacia de nuestro servicio a la Iglesia, la Esposa de Cristo, depende esencialmente de esto, de nuestra fidelidad a la realeza divina del Amor crucificado. Por esto, en el anillo que hoy os entrego, sello de vuestro pacto nupcial con la Iglesia, está representada la imagen de la crucifixión. Y, por el mismo motivo, el color de vuestro vestido alude a la sangre, símbolo de la vida y del amor. La sangre de Cristo que, según una antigua iconografía, María recoge del costado traspasado de su Hijo muerto en la cruz; y que el apóstol san Juan contempla mientras brota junto con el agua, según las Escrituras proféticas.

Queridos hermanos, de aquí deriva nuestra sabiduría: sapientia crucis. Sobre esto reflexionó a fondo san Pablo, el primero en trazar un pensamiento cristiano orgánico, centrado precisamente en la paradoja de la cruz (cf. 1 Co 1, 18-25; 2, 1-8). En la carta a los Colosenses -de la cual la liturgia de hoy propone el himno cristológico- la reflexión paulina, fecundada por la gracia del Espíritu, alcanza ya un nivel impresionante de síntesis a la hora de expresar una auténtica

concepción cristiana de Dios y del mundo, de la salvación personal y universal; y todo se centra en Cristo, Señor de los corazones, de la historia y del cosmos: «Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1, 19-20). Queridos hermanos, estamos llamados a anunciar siempre al mundo a Cristo «imagen del Dios invisible», a Cristo «primogénito de toda la creación» y «primogénito de entre los muertos», para que -como escribe el Apóstol- «tenga él el primado sobre todas las cosas» (Col 1, 15.18). El primado de Pedro y de sus Sucesores está totalmente al servicio de este primado de Jesucristo, único Señor; al servicio de su reino, es decir, de su señorío de amor, a fin de que venga y se extienda, renueve a los hombres y las cosas, transforme la tierra y haga brotar en ella la paz y la justicia.

Dentro de este designio, que trasciende la historia y, al mismo tiempo, se revela y se realiza en ella, encuentra su lugar la Iglesia, «cuerpo» del que Cristo es «la cabeza» (cf. Col 1, 18). En la carta a los Efesios, san Pablo habla explícitamente del señorío de Cristo y lo relaciona con la Iglesia. Formula una oración de alabanza a la «grandeza de la potencia de Dios», que resucitó a Cristo y lo constituyó Señor universal, y concluye: «Bajo sus pies sometió todas las cosas / y lo constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, / que es su Cuerpo, / la plenitud del que lo llena todo en

todo» (Ef 1, 22-23). La misma palabra «plenitud», que corresponde a Cristo, san Pablo la atribuye aquí a la Iglesia, por participación: en efecto, el cuerpo participa de la plenitud de la Cabeza. Venerados hermanos cardenales -y me dirijo también a todos vosotros, que compartís con nosotros la gracia de ser cristianos- he aquí nuestro gozo: participar, en la Iglesia, en la plenitud de Cristo mediante la obediencia de la cruz, «participar en la herencia de los santos en la luz», haber sido «traslados» al reino del Hijo de Dios (cf. Col 1, 12-13). Por esto nosotros vivimos en perenne acción de gracias, e incluso en medio de las pruebas no perdemos la alegría y la paz que Cristo nos ha dejado, como prenda de su reino, que ya está en medio de nosotros, que esperamos con fe y esperanza, y ya comenzamos a saborear en la caridad. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante las exequias del Cardenal
Urbano Navarrete. Rito de la
“Última commendatio” y de la
“Valedictio”***

*Basilica Vaticana. Miércoles, 24 de
noviembre de 2010*

«Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán» (Dn 12, 2).

Las palabras del profeta Daniel, que hemos escuchado en la primera lectu-

ra, son un claro testimonio bíblico de la fe en la resurrección de los muertos. La visión profética se proyecta hacia el tiempo final: después de un período de gran angustia, Dios salvará a su pueblo. Sin embargo, la salvación será sólo para quienes están inscritos en el «libro de la vida». El horizonte que describe Daniel es el del pueblo de la Alianza, que, en la dificultad, en la prueba, en la persecución, debe tomar posición frente a Dios: mantenerse firme en la fe de los padres o renegarla. El profeta anuncia la consiguiente doble suerte final: unos se despertarán a la «vida eterna», otros al «oprobio eterno». Por tanto, se resalta la justicia de Dios, la cual no permite que quienes han dado la vida por Dios la pierdan definitivamente. Es la enseñanza de Jesús: quien acepta poner el reino de Dios en primer lugar; quien sabe dejar casa, padre, madre por él; quien está dispuesto a perder su existencia por este tesoro precioso, recibirá en herencia la vida eterna (cf. Mt 19, 29; Lc 9, 24).

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos fieles todos, a la luz de la fe en Cristo, nuestra vida y resurrección, celebramos hoy las exequias del querido y venerado cardenal Urbano Navarrete, que el pasado lunes, a la edad de noventa años, terminó su larga y fecunda peregrinación terrena. Nos complace pensar que pertenece al grupo de aquellos que entregaron sin reservas su vida por el reino de Dios, y por esto confiamos en que ahora su nombre esté inscrito en el «libro de la vida».

«Los que enseñaron a la multitud la justicia brillarán, como estrellas, por toda la eternidad» (Dn 12, 3).

Con el corazón conmovido y agradecido, en este momento deseo recordar al difunto purpurado como «maestro de justicia». El estudio escrupuloso y la enseñanza apasionada del derecho canónico representaron un elemento central de su vida. Educar, especialmente a las generaciones jóvenes, en la verdadera justicia, la de Cristo, la del Evangelio: éste fue el ministerio que el cardenal Navarrete desempeñó a lo largo de toda su vida. A esto se dedicó generosamente, prodigándose con humilde disponibilidad, en las diversas situaciones en las que lo puso la obediencia y la providencia de Dios: desde las aulas universitarias, en particular como experto de derecho matrimonial, hasta el cargo de decano de la Facultad de derecho canónico de la Pontificia Universidad Gregoriana, y la alta responsabilidad de rector de ese Ateneo. Asimismo, deseo subrayar su atención a importantes acontecimientos eclesiales como el Sínodo diocesano de Roma y el concilio Vaticano II; así como su competente contribución científica a la revisión del Código de derecho canónico y la provechosa colaboración con varios dicasterios de la Curia romana, en calidad de apreciado consultor.

A propósito de su propia vocación sacerdotal y religiosa, el cardenal Navarrete, en una entrevista reciente, había dicho con sencillez: «Nunca he dudado

de mi elección. Nunca me vino la duda de que éste no fuese mi camino, ni siquiera en los momentos de la contestación», en los momentos más difíciles. Esta afirmación resume la fidelidad generosa de este servidor de la Iglesia a la llamada del Señor, a la voluntad de Dios. Con el equilibrio que lo caracterizaba, solía decir que eran tres los principios fundamentales que lo guiaban en el estudio: mucho amor al pasado, a la tradición, porque quien en el campo científico, y particularmente eclesiástico, no ama el pasado es como un hijo sin padres; luego, la sensibilidad hacia los problemas, las exigencias y los desafíos del presente, donde Dios nos ha colocado; por último, la capacidad de mirar y de abrirse al futuro sin temor, sino con esperanza, la que viene de la fe. Una visión profundamente cristiana, que guió su compromiso por Dios, por la Iglesia, por el hombre en la enseñanza y en las obras.

«Dios, rico en misericordia... nos vivificó juntamente con Cristo» (Ef 2, 4).

Iluminados por las palabras de san Pablo, que hemos escuchado en la segunda lectura, dirigimos la mirada al misterio de la encarnación, pasión, muerte y resurrección de Cristo, donde descansa nuestra auténtica justicia, don de la misericordia de Dios. La gracia divina derramada con abundancia sobre nosotros a través de la sangre redentora de Cristo crucificado, nos lava de las culpas, nos libera de la muerte

y nos abre la puerta de la vida eterna. El Apóstol repite con fuerza: «Por gracia, habéis sido salvados» (v. 5), por un don del amor sobreabundante del Padre que sacrificó a su Hijo. En Cristo, el hombre encuentra el camino de la salvación, y también la historia humana recibe su punto de referencia y su significado profundo. En este horizonte de esperanza, pensamos hoy en el cardenal Urbano Navarrete: se ha dormido en el Señor al término de una laboriosa existencia, en la cual profesó incesantemente la fe en este misterio de amor, proclamando a todos con la palabra y con la vida: «Por gracia habéis sido salvados» (Ef 2, 5).

«Padre, quiero que los que tú me has dado estén también conmigo donde yo esté» (Jn 17, 24).

Esta ardiente voluntad salvífica de Cristo ilumina la vida después de la muerte: Jesús quiere que los que el Padre le ha dado estén con él y contemplan su gloria. Por tanto, hay un destino de felicidad, de unión plena con Dios, que sigue a la fidelidad con la hemos quedado unidos a Jesucristo en nuestro camino terreno. Será entrar en la comunión de los santos donde reinan la paz y la alegría de participar juntos en la gloria de Cristo.

La luminosa verdad de fe de la vida eterna nos conforta cada vez que damos la última despedida a un hermano difunto. El cardenal Urbano Navarrete, hijo espiritual de san Ignacio

de Loyola, es uno de los discípulos fieles que el Padre dio a Cristo «para que estén con él»; estuvo «con Jesús» durante su larga existencia, conoció su nombre (cf. v. 26), lo amó viviendo en íntima unión con él, especialmente en los prolongados tiempos de oración, donde encontraba en la fuente de la salvación la fuerza para ser fiel a la voluntad de Dios, en toda circunstancia, incluso la más adversa. Esto lo había aprendido desde pequeño en su familia, gracias al luminoso ejemplo de sus padres -especialmente de su padre-, los cuales supieron crear en la familia un clima de profunda fe cristiana, favoreciendo en sus seis hijos, tres de los cuales jesuitas y dos religiosas, la valentía de dar testimonio de su fe, sin anteponer nada al amor de Cristo y haciéndolo todo para la mayor gloria de Dios.

Queridos amigos, ésta es la mirada de fe que ha sostenido la larga vida de nuestro venerado hermano, y esta es la fe que ha predicado. Queremos dirigirnos a Dios, rico en misericordia, para que ahora la fe del cardenal Urbano Navarrete se convierta en visión, encuentro cara a cara con él, en cuyo amor supo reconocer y buscar el cumplimiento de toda ley. A la intercesión de la Madre de Jesús y Madre nuestra, encomendamos su alma. Estamos seguros de que ella, *Speculum iustitiae*, lo acogerá para introducirlo en el cielo de Dios, donde podrá gozar eternamente de la plenitud de la paz. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de las
Vísperas en el inicio del Tiempo de
Adviento***

Basilica Vaticana. Sábado 27 de noviembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Con esta celebración vespertina, el Señor nos da la gracia y la alegría de abrir el nuevo Año litúrgico iniciando con su primera etapa: el Adviento, el período que conmemora la venida de Dios entre nosotros. Todo inicio lleva consigo una gracia particular, porque está bendecido por el Señor. En este Adviento, se nos concederá, una vez más, experimentar la cercanía de Aquél que ha creado el mundo, que orienta la historia y que ha querido cuidar de nosotros hasta llegar al culmen de su condescendencia haciéndose hombre. Precisamente el misterio grande y fascinante del Dios con nosotros, es más, del Dios que se hace uno de nosotros, es lo que celebraremos en las próximas semanas caminando hacia la santa Navidad. Durante el tiempo de Adviento sentiremos que la Iglesia nos toma de la mano y, a imagen de María santísima, manifiesta su maternidad haciéndonos experimentar la espera gozosa de la venida del Señor, que nos abraza a todos en su amor que salva y consuela.

Mientras nuestros corazones se disponen a la celebración anual del nacimiento de Cristo, la liturgia de la Igle-

sia orienta nuestra mirada hacia la meta definitiva: el encuentro con el Señor que vendrá en el esplendor de la gloria. Por eso, nosotros que en cada Eucaristía «anunciamos su muerte, proclamamos su resurrección, a la espera de su venida», vigilamos en oración. La liturgia no se cansa de alentarnos y de sostenernos, poniendo en nuestros labios, en los días de Adviento, el grito con el cual se cierra toda la Sagrada Escritura, en la última página del Apocalipsis de san Juan: «¡Ven, Señor Jesús!» (22, 20).

Queridos hermanos y hermanas, nuestro reunirnos aquí esta tarde para iniciar el camino del Adviento se enriquece con otro importante motivo: con toda la Iglesia, queremos celebrar solemnemente una vigilia de oración por la vida naciente. Deseo expresar mi agradecimiento a todos aquellos que se han adherido a esta invitación y a cuantos se dedican de modo específico a acoger y custodiar la vida humana en las distintas situaciones de fragilidad, especialmente en sus inicios y en sus primeros pasos. Precisamente el comienzo del Año litúrgico nos hace vivir nuevamente la espera de Dios que se hace carne en el seno de la Virgen María, de Dios que se hace pequeño, se hace niño; nos habla de la venida de un Dios cercano, que ha querido recorrer la vida del hombre, desde los comienzos, y esto para salvarla totalmente, en plenitud. Así, el misterio de la encarnación del Señor y el inicio de la vida humana están íntima y armónicamente conectados entre sí dentro del

único designio salvífico de Dios, Señor de la vida de todos y de cada uno. La Encarnación nos revela con intensa luz y de modo sorprendente que toda vida humana tiene una dignidad altísima, incomparable.

El hombre presenta una originalidad inconfundible respecto a todos los demás seres vivientes que pueblan la tierra. Se presenta como sujeto único y singular, dotado de inteligencia y voluntad libre, pero también compuesto de realidad material. Vive simultánea e inseparablemente en la dimensión espiritual y en la dimensión corporal. Lo sugiere también el texto de la primera carta a los Tesalonicenses que hemos proclamado: «Que él, el Dios de la paz -escribe san Pablo-, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo» (5, 23). Somos, por tanto, espíritu, alma y cuerpo. Somos parte de este mundo, vinculados a las posibilidades y a los límites de la condición material; al mismo tiempo, estamos abiertos a un horizonte infinito, somos capaces de dialogar con Dios y de acogerlo en nosotros. Actuamos en las realidades terrenas y a través de ellas podemos percibir la presencia de Dios y tender a él, verdad, bondad y belleza absoluta. Saboreamos fragmentos de vida y de felicidad y anhelamos la plenitud total.

Dios nos ama de modo profundo, total, sin distinciones; nos llama a la amistad con él; nos hace partícipes

de una realidad por encima de toda imaginación y de todo pensamiento y palabra: su misma vida divina. Con conmoción y gratitud, tomamos conciencia del valor, de la dignidad incomparable de toda persona humana y de la gran responsabilidad que tenemos para con todos. «Cristo, el nuevo Adán -afirma el concilio Vaticano II- en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación... El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre» (*Gaudium et spes*, 22).

Crear en Jesucristo conlleva también tener una mirada nueva sobre el hombre, una mirada de confianza, de esperanza. Por lo demás, la experiencia misma y la recta razón muestran que el ser humano es un sujeto capaz de inteligencia y voluntad, autoconsciente y libre, irrepetible e insustituible, vértice de todas las realidades terrenas, que exige que se le reconozca como valor en sí mismo y merece ser escuchado siempre con respeto y amor. Tiene derecho a que no se le trate como a un objeto que poseer o como a algo que se puede manipular a placer, que no se le reduzca a puro instrumento en favor de otros o de sus intereses. La persona es un bien en sí misma y es preciso buscar siempre su desarrollo integral.

El amor a todos, si es sincero, tiende espontáneamente a convertirse en atención preferente por los más débiles

y los más pobres. En esta línea, se sitúa la solicitud de la Iglesia por la vida naciente, la más frágil, la más amenazada por el egoísmo de los adultos y por el oscurecimiento de las conciencias. La Iglesia subraya continuamente lo que declaró el concilio Vaticano II contra el aborto y toda violación de la vida naciente: «Se ha de proteger la vida con el máximo cuidado desde la concepción» (ib., n. 51).

Hay tendencias culturales que tratan de anestesiar las conciencias con motivaciones presuntuosas. Respecto al embrión en el seno materno, la ciencia misma pone de relieve su autonomía capaz de interacción con la madre, la coordinación de los procesos biológicos, la continuidad del desarrollo, la creciente complejidad del organismo. No se trata de un cúmulo de material biológico, sino de un nuevo ser vivo, dinámico y maravillosamente ordenado, un nuevo individuo de la especie humana. Así fue Jesús en el seno de María; así fue para cada uno de nosotros, en el seno de nuestra madre. Con el antiguo autor cristiano Tertuliano, podemos afirmar: «Ya es un hombre aquél que lo será» (*Apológico*, IX, 8); no existe ninguna razón para no considerarlo persona desde su concepción.

Lamentablemente, incluso después del nacimiento, la vida de los niños sigue estando expuesta al abandono, al hambre, a la miseria, a la enfermedad, a los abusos, a la violencia, a la

explotación. Las múltiples violaciones de sus derechos, que se cometen en el mundo, hieren dolorosamente la conciencia de todo hombre de buena voluntad. Frente al triste panorama de las injusticias cometidas contra la vida del hombre, antes y después del nacimiento, hago mío el apremiante llamamiento del Papa, Juan Pablo II, a la responsabilidad de todos y de cada uno: «¡Respetar, defender, amar y servir a la vida, a toda vida humana! Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad» (*Evangelium vitae*, 5). Exhorto a los protagonistas de la política, de la economía y de la comunicación social a hacer cuanto esté dentro de sus posibilidades para promover una cultura siempre respetuosa de la vida humana, para procurar condiciones favorables y redes de sostén a la acogida y al desarrollo de ella.

A la Virgen María, que acogió al Hijo de Dios hecho hombre con su fe, con su seno materno, con atenta solicitud, con el acompañamiento solidario y vibrante de amor, encomendamos la oración y el empeño en favor de la vida naciente. Lo hacemos en la liturgia -que es el lugar donde vivimos la verdad y donde la verdad vive con nosotros- adorando la divina Eucaristía, en la que contemplamos el Cuerpo de Cristo, ese Cuerpo que tomó carne de María por obra del Espíritu Santo, y de ella nació en Belén, para nuestra salvación. Ave, verum Corpus, natum de Maria Virgine!

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la visita pastoral a
la parroquia romana de San
Maximiliano Kolbe, en Torre Angela***

III Domingo de Adviento, 12 de diciembre de 2010

Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de San Maximiliano Kolbe:

Vivid con empeño el camino personal y comunitario de seguimiento del Señor. El Adviento es una fuerte invitación para todos a dejar que Dios entre cada vez más en nuestra vida, en nuestros hogares, en nuestros barrios, en nuestras comunidades, para tener una luz en medio de tantas sombras y de las numerosas pruebas de cada día. Queridos amigos, estoy muy contento de estar entre vosotros hoy para celebrar el día del Señor, el tercer domingo del Adviento, domingo de la alegría. Saludo cordialmente al cardenal vicario, al obispo auxiliar del sector, a vuestro párroco, a quien agradezco las palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros, y al vicario parroquial. Saludo a cuantos colaboran en las actividades de la parroquia: a los catequistas, a las personas que forman parte de los diversos grupos, así como a los numerosos miembros del Camino Neocatecumenal. Aprecio mucho la elección de dar espacio a la adoración eucarística, y os agradezco las oraciones que me reserváis ante el Santísimo Sacramento. Quiero extender mi saludo

a todos los habitantes del barrio, especialmente a los ancianos, a los enfermos, a las personas solas o que atraviesan dificultades. A todos y cada uno los recuerdo en esta misa.

Admiro junto con vosotros esta nueva iglesia y los edificios parroquiales, y con mi presencia deseo alentaros a construir cada vez mejor la Iglesia de piedras vivas que sois vosotros mismos. Conozco las numerosas y significativas obras de evangelización que estáis realizando. Exhorto a todos los fieles a contribuir a la edificación de la comunidad, especialmente en el campo de la catequesis, de la liturgia y de la caridad -pilares de la vida cristiana- en comunión con toda la diócesis de Roma. Ninguna comunidad puede vivir como una célula aislada del contexto diocesano; al contrario, debe ser expresión viva de la belleza de la Iglesia que, bajo la guía del obispo -y, en la parroquia, bajo la guía del párroco, que lo representa-, camina en comunión hacia el reino de Dios. Dirijo un saludo especial a las familias, acompañándolo con el deseo de que realicen plenamente su vocación al amor con generosidad y perseverancia. Aunque se presentaran dificultades en la vida conyugal y en la relación con los hijos, los esposos deben permanecer siempre fieles al fundamental «sí» que pronunciaron delante de Dios y se dijeron mutuamente en el día de su matrimonio, recordando que la fidelidad a la propia vocación exige valentía, generosidad y sacrificio.

En el seno de vuestra comunidad, hay muchas familias venidas del centro y del sur de Italia en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida. Con el paso del tiempo, la comunidad ha crecido y en parte se ha transformado, con la llegada de numerosas personas de los países del Este europeo y de otros países. Precisamente a partir de esta situación concreta de la parroquia, esforzaos por crecer cada vez más en la comunión con todos: es importante crear ocasiones de diálogo y favorecer la comprensión mutua entre personas provenientes de culturas, modelos de vida y condiciones sociales diferentes; pero es preciso sobre todo tratar de que participen en la vida cristiana, mediante una pastoral atenta a las necesidades reales de cada uno. Aquí, como en cada parroquia, hay que partir de los «cercanos» para llegar a los «lejanos», para llevar una presencia evangélica a los ambientes de vida y de trabajo. En la parroquia, todos deben poder encontrar caminos adecuados de formación y experimentar la dimensión comunitaria, que es una característica fundamental de la vida cristiana. De ese modo, se verán alentados a redescubrir la belleza de seguir a Cristo y de formar parte de su Iglesia.

Sabed, pues, hacer comunidad con todos, unidos en la escucha de la Palabra de Dios y en la celebración de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía. A este propósito, la verificación pastoral diocesana que se está llevando a cabo, sobre el tema «Eucaristía do-

minical y testimonio de la caridad», es una ocasión propicia para profundizar y vivir mejor estos dos componentes fundamentales de la vida y de la misión de la Iglesia y de todo creyente, es decir, la Eucaristía del domingo y la práctica de la caridad. Reunidos en torno a la Eucaristía, sentimos más fácilmente que la misión de toda comunidad cristiana consiste en llevar el mensaje del amor de Dios a todos los hombres. Por eso, es importante que la Eucaristía siempre sea el corazón de la vida de los fieles. También quiero dirigiros unas palabras de afecto y de amistad en especial a vosotros, queridos muchachos y jóvenes que me escucháis, y a vuestros coetáneos que viven en esta parroquia. La Iglesia espera mucho de vosotros, de vuestro entusiasmo, de vuestra capacidad de mirar hacia adelante y de vuestro deseo de radicalidad en las opciones de la vida. Sentíos verdaderos protagonistas en la parroquia, poniendo vuestras energías lozanas y toda vuestra vida al servicio de Dios y de los hermanos.

Queridos hermanos y hermanas, la liturgia de hoy -con las palabras del apóstol Santiago que hemos escuchado- nos invita no sólo a la alegría sino también a ser constantes y pacientes en la espera del Señor que viene, y a serlo juntos, como comunidad, evitando quejas y juicios (cf. St 5, 7-10).

Hemos escuchado en el Evangelio la pregunta de san Juan Bautista que se encuentra en la cárcel; el Bautista,

que había anunciado la venida del Juez que cambia el mundo, y ahora siente que el mundo sigue igual. Por eso, pide que pregunten a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? ¿Eres tú o debemos esperar a otro?». En los últimos dos o tres siglos muchos han preguntado: «¿Realmente eres tú o hay que cambiar el mundo de modo más radical? ¿Tú no lo haces?». Y han venido muchos profetas, ideólogos y dictadores que han dicho: «¡No es él! ¡No ha cambiado el mundo! ¡Somos nosotros!». Y han creado sus imperios, sus dictaduras, su totalitarismo que cambiaría el mundo. Y lo ha cambiado, pero de modo destructivo. Hoy sabemos que de esas grandes promesas no ha quedado más que un gran vacío y una gran destrucción. No eran ellos.

Y así debemos mirar de nuevo a Cristo y preguntarle: «¿Eres tú?». El Señor, con el modo silencioso que le es propio, responde: «Mirad lo que he hecho. No he hecho una revolución cruenta, no he cambiado el mundo con la fuerza, sino que he encendido muchas luces que forman, a la vez, un gran camino de luz a lo largo de los milenios».

Comencemos aquí, en nuestra parroquia: san Maximiliano Kolbe, que se ofreció para morir de hambre a fin de salvar a un padre de familia. ¡En qué gran luz se ha convertido! ¡Cuánta luz ha venido de esta figura! Y ha alentado a otros a entregarse, a estar cerca de quienes sufren, de los oprimidos. Pensemos en el padre que era para los le-

prosos Damián de Veuster, que vivió y murió con y para los leprosos, y así llevó luz a esa comunidad. Pensemos en la madre Teresa, que dio tanta luz a personas, que, después de una vida sin luz, murieron con una sonrisa, porque las había tocado la luz del amor de Dios.

Y podríamos seguir y veríamos, como dijo el Señor en la respuesta a Juan, que lo que cambia el mundo no es la revolución violenta, ni las grandes promesas, sino la silenciosa luz de la verdad, de la bondad de Dios, que es el signo de su presencia y nos da la certeza de que somos amados hasta el fondo y de que no caemos en el olvido, no somos un producto de la casualidad, sino de una voluntad de amor.

Así podemos vivir, podemos sentir la cercanía de Dios. «Dios está cerca» dice la primera lectura de hoy; está cerca, pero nosotros a menudo estamos lejos. Acerquémonos, vayamos hacia la presencia de su luz, oremos al Señor y en el contacto de la oración también nosotros seremos luz para los demás.

Precisamente éste es el sentido de la iglesia parroquial: entrar aquí, entrar en diálogo, en contacto con Jesús, con el Hijo de Dios, a fin de que nosotros mismos nos convirtamos en una de las luces más pequeñas que él ha encendido y traigamos luz al mundo, que sienta que es redimido.

Nuestro espíritu debe abrirse a esta invitación; así caminemos con alegría

al encuentro de la Navidad, imitando a la Virgen María, que esperó en la oración, con íntimo y gozoso temor, el nacimiento del Redentor. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Misa de Nochebuena,
solemnidad de la Natividad del
Señor***

**Basílica Vaticana. 24 de diciembre
de 2010**

Queridos hermanos y hermanas

«Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy». La Iglesia comienza la liturgia del Noche Santa con estas palabras del Salmo segundo. Ella sabe que estas palabras pertenecían originariamente al rito de la coronación de los reyes de Israel. El rey, que de por sí es un ser humano como los demás hombres, se convierte en «hijo de Dios» mediante la llamada y la toma de posesión de su cargo: es una especie de adopción por parte de Dios, un acto de decisión, por el que confiere a ese hombre una nueva existencia, lo atrae en su propio ser. La lectura tomada del profeta Isaías, que acabamos de escuchar, presenta de manera todavía más clara el mismo proceso en una situación de turbación y amenaza para Israel: «Un hijo se nos ha dado: lleva sobre sus hombros el principado» (9,5). La toma de posesión de la función de rey es como un nuevo nacimiento. Precisamente como

recién nacido por decisión personal de Dios, como niño procedente de Dios, el rey constituye una esperanza. El futuro recae sobre sus hombros. Él es el portador de la promesa de paz. En la noche de Belén, esta palabra profética se ha hecho realidad de un modo que habría sido todavía inimaginable en tiempos de Isaías. Sí, ahora es realmente un niño el que lleva sobre sus hombros el poder. En Él, aparece la nueva realeza que Dios establece en el mundo. Este niño ha nacido realmente de Dios. Es la Palabra eterna de Dios, que une la humanidad y la divinidad. Para este niño, valen los títulos de dignidad que el cántico de coronación de Isaías le atribuye: Consejero admirable, Dios poderoso, Padre por siempre, Príncipe de la paz (9,5). Sí, este rey no necesita consejeros provenientes de los sabios del mundo. Él lleva en sí mismo la sabiduría y el consejo de Dios. Precisamente en la debilidad como niño Él es el Dios fuerte, y nos muestra así, frente a los poderes presuntuosos del mundo, la fortaleza propia de Dios.

A decir verdad, las palabras del rito de coronación en Israel eran siempre sólo ritos de esperanza, que preveían a lo lejos un futuro que sería otorgado por Dios. Ninguno de los reyes saludados de este modo se correspondía con lo sublime de dichas palabras. En ellos, todas las palabras sobre la filiación de Dios, sobre su designación como heredero de las naciones, sobre el dominio de las tierras lejanas (Sal 2,8), quedaron sólo como referencia a un futuro; casi

como carteles que señalan la esperanza, indicaciones que guían hacia un futuro, que en aquel entonces era todavía inconcebible. Por eso, el cumplimiento de la palabra que da comienzo en la noche de Belén es a la vez inmensamente más grande y -desde el punto de vista del mundo- más humilde que lo que la palabra profética permitía intuir. Es más grande, porque este niño es realmente Hijo de Dios, verdaderamente «Dios de Dios, Luz de Luz, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre». Ha quedado superada la distancia infinita entre Dios y el hombre. Dios no solamente se ha inclinado hacia abajo, como dicen los Salmos; Él ha «descendido» realmente, ha entrado en el mundo, haciéndose uno de nosotros para atraernos a todos a sí. Este niño es verdaderamente el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Su reino se extiende realmente hasta los confines de la tierra. En la magnitud universal de la santa Eucaristía, Él ha hecho surgir realmente islas de paz. En cualquier lugar que se celebra hay una isla de paz, de esa paz que es propia de Dios. Este niño ha encendido en los hombres la luz de la bondad y les ha dado la fuerza de resistir a la tiranía del poder. Él construye su reino desde dentro, partiendo del corazón, en cada generación. Pero también es cierto que no se ha roto la «vara del opresor». También hoy siguen marchando con estruendo las botas de los soldados y todavía hoy, una y otra vez, queda la «túnica empapada de sangre» (Is 9,3s). Así, forma parte de esta noche la alegría

por la cercanía de Dios. Damos gracias porque el Dios niño se pone en nuestras manos, mendiga, por decirlo así, nuestro amor, infunde su paz en nuestro corazón. Esta alegría, sin embargo, es también una oración: Señor, cumple por entero tu promesa. Quiebra las varas de los opresores. Quema las botas resonantes. Haz que termine el tiempo de las túnicas ensangrentadas. Cumple la promesa: «La paz no tendrá fin» (Is 9,6). Te damos gracias por tu bondad, pero también te pedimos: Muestra tu poder. Erige en el mundo el dominio de tu verdad, de tu amor; el «reino de justicia, de amor y de paz».

«María dio a la luz a su hijo primogénito» (Lc 2,7). San Lucas describe con esta frase, sin énfasis alguno, el gran acontecimiento que habían vislumbrado con antelación las palabras proféticas en la historia de Israel. Designa al niño como «primogénito». En el lenguaje que se había ido formando en la Sagrada Escritura de la Antigua Alianza, «primogénito» no significa el primero de otros hijos. «Primogénito» es un título de honor, independientemente de que después sigan o no otros hermanos y hermanas. Así, en el Libro del Éxodo (Ex 4,22), Dios llama a Israel «mi hijo primogénito», expresando de este modo su elección, su dignidad única, el amor particular de Dios Padre. La Iglesia naciente sabía que esta palabra había recibido una nueva profundidad en Jesús; que en Él, se resumen las promesas hechas a Israel. Así, la Carta a los Hebreos llama a Jesús sim-

plemente «el primogénito», para identificarlo como el Hijo que Dios envía al mundo después de los preparativos en el Antiguo Testamento (cf. Hb 1,5-7). El primogénito pertenece de modo particular a Dios, y por eso -como en muchas religiones- debía ser entregado de manera especial a Dios y ser rescatado mediante un sacrificio sustitutivo, como relata san Lucas en el episodio de la presentación de Jesús en templo. El primogénito pertenece a Dios de modo particular; está destinado al sacrificio, por decirlo así. El destino del primogénito se cumple de modo único en el sacrificio de Jesús en la cruz. Él ofrece en sí mismo la humanidad a Dios, y une al hombre y a Dios de tal modo que Dios sea todo en todos. San Pablo ha ampliado y profundizado la idea de Jesús como primogénito en las Cartas a los Colosenses y a los Efesios: Jesús, nos dicen estas Cartas, es el Primogénito de la creación: el verdadero arquetipo del hombre, según el cual Dios ha formado la criatura hombre. El hombre puede ser imagen de Dios, porque Jesús es Dios y Hombre, la verdadera imagen de Dios y el Hombre. Él es el primogénito de los muertos, nos dicen además estas Cartas. En la Resurrección, Él ha desfondado el muro de la muerte para todos nosotros. Ha abierto al hombre la dimensión de la vida eterna en la comunión con Dios. Finalmente, se nos dice: Él es el primogénito de muchos hermanos. Sí, con todo, Él es ahora el primero de más hermanos, es decir, el primero que inaugura para nosotros el estar en comunión con Dios. Crea

la verdadera hermandad: no la hermandad deteriorada por el pecado, la de Caín y Abel, de Rómulo y Remo, sino la hermandad nueva en la que somos de la misma familia de Dios. Esta nueva familia de Dios comienza en el momento en el que María envuelve en pañales al «primogénito» y lo acuesta en el pesebre. Pidámosle: Señor Jesús, tú que has querido nacer como el primero de muchos hermanos, danos la verdadera hermandad. Ayúdanos para que nos parezcamos a ti. Ayúdanos a reconocer tu rostro en el otro que me necesita, en los que sufren o están desamparados, en todos los hombres, y a vivir junto a ti como hermanos y hermanas, para convertirnos en una familia, tu familia.

El Evangelio de Navidad nos relata al final que una multitud de ángeles del ejército celestial alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama» (Lc 2,14). La Iglesia ha amplificado en el Gloria esta alabanza, que los ángeles entonaron ante el acontecimiento de la Noche Santa, haciéndola un himno de alegría sobre la gloria de Dios. «Por tu gloria inmensa, te damos gracias». Te damos gracias por la belleza, por la grandeza, por tu bondad, que en esta noche se nos manifiestan. La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres sin tener que preguntarnos por su utilidad. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría. Quien vislumbra

a Dios siente alegría, y en esta noche vemos algo de su luz. Pero el mensaje de los ángeles en la Noche Santa habla también de los hombres: «Paz a los hombres que Dios ama». La traducción latina de estas palabras, que usamos en la liturgia y que se remonta a Jerónimo, suena de otra manera: «Paz a los hombres de buena voluntad». La expresión «hombres de buena voluntad» ha entrado en el vocabulario de la Iglesia de un modo particular precisamente en los últimos decenios. Pero, ¿cuál es la traducción correcta? Debemos leer ambos textos juntos; sólo así entenderemos la palabra de los ángeles del modo justo. Sería equivocada una interpretación que reconociera solamente el obrar exclusivo de Dios, como si Él no hubiera llamado al hombre a una libre respuesta de amor. Pero sería también errónea una interpretación moralizadora, según la cual, por decirlo así, el hombre podría con su buena voluntad redimirse a sí mismo. Ambas cosas van juntas: gracia y libertad; el amor de Dios, que nos precede, y sin el cual no podríamos amarlo, y nuestra respuesta, que Él espera y que incluso nos ruega en el nacimiento de su Hijo. El entramado de gracia y libertad, de llamada y respuesta, no lo podemos dividir en partes separadas una de otra. Las dos están indisolublemente entrelazadas entre sí. Así, esta palabra es promesa y llamada a la vez. Dios nos ha precedido con el don de su Hijo. Una y otra vez, nos precede de manera inesperada. No deja de buscarnos, de levantar

arnos cada vez que lo necesitamos. No abandona a la oveja extraviada en el desierto en que se ha perdido. Dios no se deja confundir por nuestro pecado. Él siempre vuelve a comenzar con nosotros. No obstante, espera que amemos con Él. Él nos ama para que nosotros podamos convertirnos en personas que aman junto con Él y así haya paz en la tierra.

Lucas no dice que los ángeles cantaran. Él escribe muy sobriamente: el ejército celestial alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo... » (Lc 2,13s). Pero los hombres siempre han sabido que el hablar de los ángeles es diferente al de los hombres; que precisamente esta noche del mensaje gozoso ha sido un canto en el que ha brillado la gloria sublime de Dios. Por eso, este canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios, más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios. *Cantare amantis est*, dice san Agustín: cantar es propio de quien ama. Así, a lo largo de los siglos, el canto de los ángeles se ha convertido siempre en un nuevo canto de amor y alegría, un canto de los que aman. En esta hora, nosotros nos asociamos llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une cielo y tierra, ángeles y hombres. Sí, te damos gracias por tu gloria inmensa. Te damos gracias por tu amor. Haz que seamos cada vez más personas que aman contigo y, por tanto, personas de paz. Amén.

MENSAJES

***Radiomensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la BBC de Londres***

(En la mañana del viernes 24 de diciembre, durante el programa «Thought for the Day», la BBC de Londres transmitió un radiomensaje del Papa, grabado el miércoles anterior al final de la audiencia general.)

Recordando con gran afecto mi visita de cuatro días al Reino Unido el pasado mes de septiembre, me alegra tener la oportunidad de saludaros nuevamente, más aún, de dirigir mi saludo a los oyentes, dondequiera que se encuentren, mientras nos preparamos para celebrar el nacimiento de Cristo. Nuestros pensamientos vuelven a un momento de la historia en el que el pueblo elegido por Dios, los hijos de Israel, vivían una intensa espera. Esperaban al Mesías que Dios había prometido enviar, y lo describían como un gran líder que los rescataría del dominio extranjero y restauraría su libertad.

Dios siempre es fiel a sus promesas, pero con frecuencia nos sorprende en el modo de cumplirlas. El Niño nacido en Belén trajo ciertamente la liberación, pero no sólo para las personas de aquel tiempo y lugar; él sería el Salvador de todos los hombres, en todos los lugares del mundo y a lo largo de la historia. Y la liberación que él trajo no fue política, lograda con medios

militares: más bien, Cristo destruyó la muerte para siempre y restauró la vida por medio de su muerte ignominiosa en la cruz. Y, aunque nació en la pobreza y en el ocultamiento, lejos de los centros del poder terreno, él era el Hijo mismo de Dios. Por amor a nosotros tomó sobre sí nuestra condición humana, nuestra fragilidad, nuestra vulnerabilidad, y nos abrió el camino que lleva a la plenitud de la vida, a la participación en la vida misma de Dios. Mientras meditamos en nuestro corazón en este grande misterio durante esta Navidad, demos gracias a Dios por su bondad para con nosotros, y anunciemos con alegría a quienes están a nuestro alrededor la buena nueva de que Dios nos ofrece librarnos de todo lo que nos oprime, nos da esperanza y nos trae vida.

Queridos amigos de Escocia, de Inglaterra, de Gales y de todas las partes del mundo de habla inglesa, quiero que sepáis que os tengo a todos muy presentes en mis oraciones en este tiempo santo. Pido por vuestras familias, por vuestros hijos, por los enfermos, por todos los que atraviesan cualquier forma de dificultad en este tiempo. Pido de modo especial por los ancianos y los que se acercan al final de sus días. Pido a Cristo, luz de las naciones, que disipe toda oscuridad de vuestra vida y os conceda a cada uno la gracia de una Navidad llena de paz y alegría. Que el Señor os bendiga a todos.

MENSAJE URBI ET ORBI*Navidad, 25 de diciembre de 2010*

«Verbum caro factum est» - «El Verbo se hizo carne» (Jn 1,14).

Queridos hermanos y hermanas que me escucháis en Roma y en el mundo entero, os anuncio con gozo el mensaje de la Navidad: Dios se ha hecho hombre, ha venido a habitar entre nosotros. Dios no está lejano: está cerca, más aún, es el «Emmanuel», el Dios-con-nosotros. No es un desconocido: tiene un rostro, el de Jesús.

Es un mensaje siempre nuevo, siempre sorprendente, porque supera nuestras más audaces esperanzas. Especialmente porque no es sólo un anuncio: es un acontecimiento, un suceso, que testigos fiables han visto, oído y tocado en la persona de Jesús de Nazaret. Al estar con Él, observando lo que hace y escuchando sus palabras, han reconocido en Jesús al Mesías; y, viéndolo resucitado después de haber sido crucificado, han tenido la certeza de que Él, verdadero hombre, era al mismo tiempo verdadero Dios, el Hijo unigénito venido del Padre, lleno de gracia y de verdad (cf. Jn 1,14).

«El Verbo se hizo carne». Ante esta revelación, vuelve a surgir una vez más en nosotros la pregunta: ¿Cómo es posible? El Verbo y la carne son realidades opuestas; ¿cómo puede convertirse la Palabra eterna y omnipotente en un

hombre frágil y mortal? No hay más que una respuesta: el Amor. El que ama quiere compartir con el amado, quiere estar unido a él, y la Sagrada Escritura nos presenta precisamente la gran historia del amor de Dios por su pueblo, que culmina en Jesucristo.

En realidad, Dios no cambia: es fiel a sí mismo. El que ha creado el mundo es el mismo que ha llamado a Abraham y que ha revelado el propio Nombre a Moisés: Yo soy el que soy... el Dios de Abraham, Isaac y Jacob... Dios misericordioso y piadoso, rico en amor y fidelidad (cf. Ex 3,14-15; 34,6). Dios no cambia, desde siempre y por siempre es Amor. Es en sí mismo comunión, unidad en la Trinidad, y cada una de sus obras y palabras tienden a la comunión. La encarnación es la cumbre de la creación. Cuando, por la voluntad del Padre y la acción del Espíritu Santo, se formó en el regazo de María Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, la creación alcanzó su cima. El principio ordenador del universo, el Logos, comenzó a existir en el mundo, en un tiempo y en un lugar.

«El Verbo se hizo carne». La luz de esta verdad se manifiesta a quien la acoge con fe, porque es un misterio de amor. Sólo los que se abren al amor son cubiertos por la luz de la Navidad. Así fue en la noche de Belén, y así también es hoy. La encarnación del Hijo de Dios es un acontecimiento que ha ocurrido en la historia, pero que al mismo tiempo la supera. En la noche

del mundo, se enciende una nueva luz, que se deja ver por los ojos sencillos de la fe, del corazón manso y humilde de quien espera al Salvador. Si la verdad fuera sólo una fórmula matemática, en cierto sentido se impondría por sí misma. Pero si la Verdad es Amor, pide la fe, el «sí» de nuestro corazón.

Y, en efecto, ¿qué busca nuestro corazón si no una Verdad que sea Amor? La busca el niño, con sus preguntas tan desarmantes y estimulantes; la busca el joven, necesitado de encontrar el sentido profundo de la propia vida; la busca el hombre y la mujer en su madurez, para orientar y apoyar el compromiso en la familia y en el trabajo; la busca la persona anciana, para dar cumplimiento a la existencia terrenal.

«El Verbo se hizo carne». El anuncio de la Navidad es también luz para los pueblos, para el camino conjunto de la humanidad. El «Emmanuel», el Dios-con-nosotros, ha venido como Rey de justicia y de paz. Su Reino -lo sabemos- no es de este mundo, sin embargo, es más importante que todos los reinos de este mundo. Es como la levadura de la humanidad: si faltara, desaparecería la fuerza que lleva adelante el verdadero desarrollo, el impulso a colaborar por el bien común, al servicio desinteresado del prójimo, a la lucha pacífica por la justicia. Creer en el Dios que ha querido compartir nuestra historia es un constante estímulo a comprometerse en ella, incluso entre sus contradicciones. Es motivo de esperanza para todos

aquellos cuya dignidad es ofendida y violada, porque Aquel que ha nacido en Belén ha venido a liberar al hombre de la raíz de toda esclavitud.

Que la luz de la Navidad resplandezca de nuevo en aquella Tierra donde Jesús ha nacido e inspire a israelitas y palestinos a buscar una convivencia justa y pacífica. Que el anuncio consolador de la llegada del Emmanuel alivie el dolor y conforte en las pruebas a las queridas comunidades cristianas en Irak y en todo el Medio Oriente, dándoles aliento y esperanza para el futuro, y animando a los responsables de las Naciones a una solidaridad efectiva para con ellas. Que se haga esto también en favor de los que todavía sufren por las consecuencias del terremoto devastador y la reciente epidemia de cólera en Haití. Y que tampoco se olvide a los que en Colombia y en Venezuela, como también en Guatemala y Costa Rica, han sido afectados por recientes calamidades naturales.

Que el nacimiento del Salvador abra perspectivas de paz duradera y de auténtico progreso a las poblaciones de Somalia, de Darfur y Costa de Marfil; que promueva la estabilidad política y social en Madagascar; que lleve seguridad y respeto de los derechos humanos en Afganistán y Pakistán; que impulse el diálogo entre Nicaragua y Costa Rica; que favorezca la reconciliación en la Península coreana.

Que la celebración del nacimiento del Redentor refuerce el espíritu de fe,

paciencia y fortaleza en los fieles de la Iglesia en la China continental, para que no se desanimen por las limitaciones a su libertad de religión y conciencia y, perseverando en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, mantengan viva la llama de la esperanza. Que el amor del «Dios con nosotros» otorgue perseverancia a todas las comunidades cristianas que sufren discriminación y persecución, e inspire a los líderes políticos y religiosos a comprometerse por el pleno respeto de la libertad religiosa de todos.

Queridos hermanos y hermanas, «el Verbo se hizo carne», ha venido a habitar entre nosotros, es el Emmanuel, el Dios que se nos ha hecho cercano. Contemplemos juntos este gran misterio de amor, dejémonos iluminar el corazón por la luz que brilla en la gruta de Belén. ¡Feliz Navidad a todos!

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la celebración de la XLIV
Jornada Mundial de la Paz***

1 de enero de 2011

La libertad religiosa, camino para la paz

1. Al comienzo de un nuevo año, deseo hacer llegar a todos mi felicitación; es un deseo de serenidad y de prosperidad, pero sobre todo de paz. El año que termina también ha estado marcado lamentablemente por perse-

cuciones, discriminaciones, por terribles actos de violencia y de intolerancia religiosa.

Pienso de modo particular en la querida tierra de Irak, que en su camino hacia la deseada estabilidad y reconciliación sigue siendo escenario de violencias y atentados. Vienen a la memoria los recientes sufrimientos de la comunidad cristiana, y de modo especial el vil ataque contra la catedral sirio-católica Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de Bagdad, en la que el 31 de octubre pasado fueron asesinados dos sacerdotes y más de cincuenta fieles, mientras estaban reunidos para la celebración de la Santa Misa. En los días siguientes se han sucedido otros ataques, también a casas privadas, provocando miedo en la comunidad cristiana y el deseo en muchos de sus miembros de emigrar para encontrar mejores condiciones de vida. Deseo manifestarles mi cercanía, así como la de toda la Iglesia, y que se ha expresado de una manera concreta en la reciente Asamblea Especial para Medio Oriente del Sínodo de los Obispos. Ésta ha dirigido una palabra de aliento a las comunidades católicas en Irak y en Medio Oriente para vivir la comunión y seguir dando en aquellas tierras un testimonio valiente de fe.

Agradezco vivamente a los Gobiernos que se esfuerzan por aliviar los sufrimientos de estos hermanos en humanidad, e invito a los Católicos a rezar por sus hermanos en la fe, que sufren violencias e intolerancias, y a ser soli-

darios con ellos. En este contexto, siento muy viva la necesidad de compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la libertad religiosa, camino para la paz. En efecto, se puede constatar con dolor que en algunas regiones del mundo la profesión y expresión de la propia religión comporta un riesgo para la vida y la libertad personal. En otras regiones, se dan formas más silenciosas y sofisticadas de prejuicio y de oposición hacia los creyentes y los símbolos religiosos. Los cristianos son actualmente el grupo religioso que sufre el mayor número de persecuciones a causa de su fe. Muchos sufren cada día ofensas y viven frecuentemente con miedo por su búsqueda de la verdad, su fe en Jesucristo y por su sincero llamamiento a que se reconozca la libertad religiosa. Todo esto no se puede aceptar, porque constituye una ofensa a Dios y a la dignidad humana; además es una amenaza a la seguridad y a la paz, e impide la realización de un auténtico desarrollo humano integral.[1]

En efecto, en la libertad religiosa se expresa la especificidad de la persona humana, por la que puede ordenar la propia vida personal y social a Dios, a cuya luz se comprende plenamente la identidad, el sentido y el fin de la persona. Negar o limitar de manera arbitraria esa libertad, significa cultivar una visión reductiva de la persona humana, oscurecer el papel público de la religión; significa generar una sociedad injusta, que no se ajusta a la verdadera naturaleza de la persona humana; sig-

nifica hacer imposible la afirmación de una paz auténtica y estable para toda la familia humana.

Por tanto, exhorto a los hombres y mujeres de buena voluntad a renovar su compromiso por la construcción de un mundo en el que todos puedan profesar libremente su religión o su fe, y vivir su amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (cf. Mt 22, 37). Éste es el sentimiento que inspira y guía el Mensaje para la XLIV Jornada Mundial de la Paz, dedicado al tema: La libertad religiosa, camino para la paz.

Derecho sagrado a la vida y a una vida espiritual

2. El derecho a la libertad religiosa se funda en la misma dignidad de la persona humana,[2] cuya naturaleza trascendente no se puede ignorar o descuidar. Dios creó al hombre y a la mujer a su imagen y semejanza (cf. Gn 1, 27). Por eso, toda persona es titular del derecho sagrado a una vida íntegra, también desde el punto de vista espiritual. Si no se reconoce su propio ser espiritual, sin la apertura a la trascendencia, la persona humana se repliega sobre sí misma, no logra encontrar respuestas a los interrogantes de su corazón sobre el sentido de la vida, ni conquistar valores y principios éticos duraderos, y tampoco consigue siquiera experimentar una auténtica libertad y desarrollar una sociedad justa. [3]

La Sagrada Escritura, en sintonía con nuestra propia experiencia, revela el valor profundo de la dignidad humana: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies» (Sal 8, 4-7).

Ante la sublime realidad de la naturaleza humana, podemos experimentar el mismo asombro del salmista. Ella se manifiesta como apertura al Misterio, como capacidad de interrogarse en profundidad sobre sí mismo y sobre el origen del universo, como íntima resonancia del Amor supremo de Dios, principio y fin de todas las cosas, de cada persona y de los pueblos. [4] La dignidad trascendente de la persona es un valor esencial de la sabiduría judeo-cristiana, pero, gracias a la razón, puede ser reconocida por todos. Esta dignidad, entendida como capacidad de trascender la propia materialidad y buscar la verdad, ha de ser reconocida como un bien universal, indispensable para la construcción de una sociedad orientada a la realización y plenitud del hombre. El respeto de los elementos esenciales de la dignidad del hombre, como el derecho a la vida y a la libertad religiosa, es una condición para la legitimidad moral de toda norma social y jurídica.

Libertad religiosa y respeto recíproco

3. La libertad religiosa está en el origen de la libertad moral. En efecto, la apertura a la verdad y al bien, la apertura a Dios, enraizada en la naturaleza humana, confiere a cada hombre plena dignidad, y es garantía del respeto pleno y recíproco entre las personas. Por tanto, la libertad religiosa se ha de entender no sólo como ausencia de coacción, sino antes aún como capacidad de ordenar las propias opciones según la verdad.

Entre libertad y respeto hay un vínculo inseparable; en efecto, «al ejercer sus derechos, los individuos y grupos sociales están obligados por la ley moral a tener en cuenta los derechos de los demás y sus deberes con relación a los otros y al bien común de todos».[5]

Una libertad enemiga o indiferente con respecto a Dios termina por negarse a sí misma y no garantiza el pleno respeto del otro. Una voluntad que se cree radicalmente incapaz de buscar la verdad y el bien no tiene razones objetivas y motivos para obrar, sino aquellos que provienen de sus intereses momentáneos y pasajeros; no tiene una “identidad” que custodiar y construir a través de las opciones verdaderamente libres y conscientes. No puede, pues, reclamar el respeto por parte de otras “voluntades”, que también están desconectadas de su ser más profundo, y que pueden hacer prevalecer otras “ra-

zones” o incluso ninguna “razón”. La ilusión de encontrar en el relativismo moral la clave para una pacífica convivencia, es en realidad el origen de la división y negación de la dignidad de los seres humanos. Se comprende entonces la necesidad de reconocer una doble dimensión en la unidad de la persona humana: la religiosa y la social. A este respecto, es inconcebible que los creyentes «tengan que suprimir una parte de sí mismos –su fe– para ser ciudadanos activos. Nunca debería ser necesario renegar de Dios para poder gozar de los propios derechos».[6]

La familia, escuela de libertad y de paz

4. Si la libertad religiosa es camino para la paz, la educación religiosa es una vía privilegiada que capacita a las nuevas generaciones para reconocer en el otro a su propio hermano o hermana, con quienes camina y colabora para que todos se sientan miembros vivos de la misma familia humana, de la que ninguno debe ser excluido.

La familia fundada sobre el matrimonio, expresión de la unión íntima y de la complementariedad entre un hombre y una mujer, se inserta en este contexto como la primera escuela de formación y crecimiento social, cultural, moral y espiritual de los hijos, que deberían ver siempre en el padre y la madre el primer testimonio de una vida orientada a la búsqueda de la verdad y al amor de Dios. Los mismos padres deberían

tener la libertad de poder transmitir a los hijos, sin constricciones y con responsabilidad, su propio patrimonio de fe, valores y cultura. La familia, primera célula de la sociedad humana, sigue siendo el ámbito primordial de formación para unas relaciones armoniosas en todos los ámbitos de la convivencia humana, nacional e internacional. Éste es el camino que se ha de recorrer con sabiduría para construir un tejido social sólido y solidario, y preparar a los jóvenes para que, con un espíritu de comprensión y de paz, asuman su propia responsabilidad en la vida, en una sociedad libre.

Un patrimonio común

5. Se puede decir que, entre los derechos y libertades fundamentales enraizados en la dignidad de la persona, la libertad religiosa goza de un estatuto especial. Cuando se reconoce la libertad religiosa, la dignidad de la persona humana se respeta en su raíz, y se refuerzan el ethos y las instituciones de los pueblos. Y viceversa, cuando se niega la libertad religiosa, cuando se intenta impedir la profesión de la propia religión o fe y vivir conforme a ellas, se ofende la dignidad humana, a la vez que se amenaza la justicia y la paz, que se fundan en el recto orden social construido a la luz de la Suma Verdad y Sumo Bien.

La libertad religiosa significa también, en este sentido, una conquista de progreso político y jurídico. Es un

bien esencial: toda persona ha de poder ejercer libremente el derecho a profesar y manifestar, individualmente o comunitariamente, la propia religión o fe, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, las publicaciones, el culto o la observancia de los ritos. No debería haber obstáculos si quisiera adherirse eventualmente a otra religión, o no profesar ninguna. En este ámbito, el ordenamiento internacional resulta emblemático y es una referencia esencial para los Estados, ya que no consiente ninguna derogación de la libertad religiosa, salvo la legítima exigencia del justo orden público. [7] El ordenamiento internacional, por tanto, reconoce a los derechos de naturaleza religiosa el mismo status que el derecho a la vida y a la libertad personal, como prueba de su pertenencia al núcleo esencial de los derechos del hombre, de los derechos universales y naturales que la ley humana jamás puede negar.

La libertad religiosa no es patrimonio exclusivo de los creyentes, sino de toda la familia de los pueblos de la tierra. Es un elemento imprescindible de un Estado de derecho; no se puede negar sin dañar al mismo tiempo los demás derechos y libertades fundamentales, pues es su síntesis y su cumbre. Es un «indicador para verificar el respeto de todos los demás derechos humanos». [8] Al mismo tiempo que favorece el ejercicio de las facultades humanas más específicas, crea las condiciones necesarias para la realización de un desarro-

llo integral, que concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones.[9]

La dimensión pública de la religión

6. La libertad religiosa, como toda libertad, aunque proviene de la esfera personal, se realiza en la relación con los demás. Una libertad sin relación no es una libertad completa. La libertad religiosa no se agota en la simple dimensión individual, sino que se realiza en la propia comunidad y en la sociedad, en coherencia con el ser relacional de la persona y la naturaleza pública de la religión.

La relacionalidad es un componente decisivo de la libertad religiosa, que impulsa a las comunidades de los creyentes a practicar la solidaridad con vistas al bien común. En esta dimensión comunitaria, cada persona sigue siendo única e irrepetible y, al mismo tiempo, se completa y realiza plenamente.

Es innegable la aportación que las comunidades religiosas dan a la sociedad. Son muchas las instituciones caritativas y culturales que dan testimonio del papel constructivo de los creyentes en la vida social. Más importante aún es la contribución ética de la religión en el ámbito político. No se la debería marginar o prohibir, sino considerarla como una aportación válida para la promoción del bien común. En esta perspectiva, hay que mencionar la di-

mención religiosa de la cultura, que a lo largo de los siglos se ha forjado gracias a la contribución social y, sobre todo, ética de la religión. Esa dimensión no constituye de ninguna manera una discriminación para los que no participan de la creencia, sino que más bien refuerza la cohesión social, la integración y la solidaridad.

La libertad religiosa, fuerza de libertad y de civilización: los peligros de su instrumentalización

7. La instrumentalización de la libertad religiosa para enmascarar intereses ocultos, como por ejemplo la subversión del orden constituido, la acumulación de recursos o la retención del poder por parte de un grupo, puede provocar daños enormes a la sociedad. El fanatismo, el fundamentalismo, las prácticas contrarias a la dignidad humana, nunca se pueden justificar y mucho menos si se realizan en nombre de la religión. La profesión de una religión no se puede instrumentalizar ni imponer por la fuerza. Es necesario, entonces, que los Estados y las diferentes comunidades humanas no olviden nunca que la libertad religiosa es condición para la búsqueda de la verdad y que la verdad no se impone con la violencia sino por «la fuerza de la misma verdad». [10] En este sentido, la religión es una fuerza positiva y promotora de la construcción de la sociedad civil y política.

¿Cómo negar la aportación de las grandes religiones del mundo al desa-

rollo de la civilización? La búsqueda sincera de Dios ha llevado a un mayor respeto de la dignidad del hombre. Las comunidades cristianas, con su patrimonio de valores y principios, han contribuido mucho a que las personas y los pueblos hayan tomado conciencia de su propia identidad y dignidad, así como a la conquista de instituciones democráticas y a la afirmación de los derechos del hombre con sus respectivas obligaciones.

También hoy, en una sociedad cada vez más globalizada, los cristianos están llamados a dar su aportación preciosa al fatigoso y apasionante compromiso por la justicia, al desarrollo humano integral y a la recta ordenación de las realidades humanas, no sólo con un compromiso civil, económico y político responsable, sino también con el testimonio de su propia fe y caridad. La exclusión de la religión de la vida pública, priva a ésta de un espacio vital que abre a la trascendencia. Sin esta experiencia primaria resulta difícil orientar la sociedad hacia principios éticos universales, así como al establecimiento de ordenamientos nacionales e internacionales en que los derechos y libertades fundamentales puedan ser reconocidos y realizados plenamente, conforme a lo propuesto en los objetivos de la Declaración Universal de los derechos del hombre de 1948, aún hoy por desgracia incumplidos o negados.

Una cuestión de justicia y de civilización: el fundamentalismo y la

hostilidad contra los creyentes comprometen la laicidad positiva de los Estados

8. La misma determinación con la que se condenan todas las formas de fanatismo y fundamentalismo religioso ha de animar la oposición a todas las formas de hostilidad contra la religión, que limitan el papel público de los creyentes en la vida civil y política.

No se ha de olvidar que el fundamentalismo religioso y el laicismo son formas especulares y extremas de rechazo del legítimo pluralismo y del principio de laicidad. En efecto, ambos absolutizan una visión reductiva y parcial de la persona humana, favoreciendo, en el primer caso, formas de integrismo religioso y, en el segundo, de racionalismo. La sociedad que quiere imponer o, al contrario, negar la religión con la violencia, es injusta con la persona y con Dios, pero también consigo misma. Dios llama a sí a la humanidad con un designio de amor que, implicando a toda la persona en su dimensión natural y espiritual, reclama una correspondencia en términos de libertad y responsabilidad, con todo el corazón y el propio ser, individual y comunitario. Por tanto, también la sociedad, en cuanto expresión de la persona y del conjunto de sus dimensiones constitutivas, debe vivir y organizarse de tal manera que favorezca la apertura a la trascendencia. Por eso, las leyes y las instituciones de una sociedad no se pueden configurar ignorando la dimensión religiosa de los

ciudadanos, o de manera que prescinda totalmente de ella. A través de la acción democrática de ciudadanos conscientes de su alta vocación, se han de conmensurar con el ser de la persona, para poder secundarlo en su dimensión religiosa. Al no ser ésta una creación del Estado, no puede ser manipulada, sino que más bien debe reconocerla y respetarla.

El ordenamiento jurídico en todos los niveles, nacional e internacional, cuando consiente o tolera el fanatismo religioso o antirreligioso, no cumple con su misión, que consiste en la tutela y promoción de la justicia y el derecho de cada uno. Éstas últimas no pueden quedar al arbitrio del legislador o de la mayoría porque, como ya enseñaba Cicerón, la justicia consiste en algo más que un mero acto productor de la ley y su aplicación. Implica el reconocimiento de la dignidad de cada uno,[11] la cual, sin libertad religiosa garantizada y vivida en su esencia, resulta mutilada y vejada, expuesta al peligro de caer en el predominio de los ídolos, de bienes relativos transformados en absolutos. Todo esto expone a la sociedad al riesgo de totalitarismos políticos e ideológicos, que enfatizan el poder público, mientras se menoscaba y coarta la libertad de conciencia, de pensamiento y de religión, como si fueran rivales.

Diálogo entre instituciones civiles y religiosas

9. El patrimonio de principios y valores expresados en una religiosidad au-

téntica es una riqueza para los pueblos y su ethos. Se dirige directamente a la conciencia y a la razón de los hombres y mujeres, recuerda el imperativo de la conversión moral, motiva el cultivo y la práctica de las virtudes y la cercanía hacia los demás con amor, bajo el signo de la fraternidad, como miembros de la gran familia humana. [12]

La dimensión pública de la religión ha de ser siempre reconocida, respetando la laicidad positiva de las instituciones estatales. Para dicho fin, es fundamental un sano diálogo entre las instituciones civiles y las religiosas para el desarrollo integral de la persona humana y la armonía de la sociedad.

Vivir en el amor y en la verdad

10. En un mundo globalizado, caracterizado por sociedades cada vez más multiétnicas y multiconfesionales, las grandes religiones pueden constituir un importante factor de unidad y de paz para la familia humana. Sobre la base de las respectivas convicciones religiosas y de la búsqueda racional del bien común, sus seguidores están llamados a vivir con responsabilidad su propio compromiso en un contexto de libertad religiosa. En las diversas culturas religiosas, a la vez que se debe rechazar todo aquello que va contra la dignidad del hombre y la mujer, se ha de tener en cuenta lo que resulta positivo para la convivencia civil.

El espacio público, que la comunidad internacional pone a disposición

de las religiones y su propuesta de “vida buena”, favorece el surgir de un criterio compartido de verdad y de bien, y de un consenso moral, fundamentales para una convivencia justa y pacífica. Los líderes de las grandes religiones, por su papel, su influencia y su autoridad en las propias comunidades, son los primeros en ser llamados a vivir en el respeto recíproco y en el diálogo.

Los cristianos, por su parte, están llamados por la misma fe en Dios, Padre del Señor Jesucristo, a vivir como hermanos que se encuentran en la Iglesia y colaboran en la edificación de un mundo en el que las personas y los pueblos «no harán daño ni estrago [...], porque está lleno el país de la ciencia del Señor, como las aguas colman el mar» (Is 11, 9).

El diálogo como búsqueda en común

11. El diálogo entre los seguidores de las diferentes religiones constituye para la Iglesia un instrumento importante para colaborar con todas las comunidades religiosas al bien común. La Iglesia no rechaza nada de lo que en las diversas religiones es verdadero y santo. «Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepen mucho de los que ella mantiene y propone, no pocas veces reflejan, sin embargo, un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres». [13]

Con eso, no se quiere señalar el camino del relativismo o del sincretismo religioso. La Iglesia, en efecto, «anuncia y tiene la obligación de anunciar sin cesar a Cristo, que es “camino, verdad y vida” (Jn 14, 6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa, en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas». [14] Sin embargo, esto no excluye el diálogo y la búsqueda común de la verdad en los diferentes ámbitos vitales, pues, como afirma a menudo santo Tomás, «toda verdad, independientemente de quien la diga, viene del Espíritu Santo». [15]

En el año 2011, se cumplirá el 25 aniversario de la Jornada mundial de oración por la paz, que fue convocada en Asís por el Venerable Juan Pablo II, en 1986. En dicha ocasión, los líderes de las grandes religiones del mundo testimoniaron que las religiones son un factor de unión y de paz, no de división y de conflicto. El recuerdo de aquella experiencia es un motivo de esperanza en un futuro en el que todos los creyentes se sientan y sean auténticos trabajadores por la justicia y la paz.

Verdad moral en la política y en la diplomacia

12. La política y la diplomacia deberían contemplar el patrimonio moral y espiritual que ofrecen las grandes religiones del mundo, para reconocer y afirmar aquellas verdades, principios y valores universales que no

pueden negarse sin negar la dignidad de la persona humana. Pero, ¿qué significa, de manera práctica, promover la verdad moral en el mundo de la política y de la diplomacia? Significa actuar de manera responsable sobre la base del conocimiento objetivo e íntegro de los hechos; quiere decir desarticular aquellas ideologías políticas que terminan por suplantar la verdad y la dignidad humana, y promueven falsos valores con el pretexto de la paz, el desarrollo y los derechos humanos; significa favorecer un compromiso constante para fundar la ley positiva sobre los principios de la ley natural. [16] Todo esto es necesario y coherente con el respeto de la dignidad y el valor de la persona humana, ratificado por los Pueblos de la tierra en la Carta de la Organización de las Naciones Unidas de 1945, que presenta valores y principios morales universales como referencia para las normas, instituciones y sistemas de convivencia en el ámbito nacional e internacional.

Más allá del odio y el prejuicio

13. A pesar de las enseñanzas de la historia y el esfuerzo de los Estados, las Organizaciones internacionales a nivel mundial y local, de las Organizaciones no gubernamentales y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, que cada día se esfuerzan por tutelar los derechos y libertades fundamentales, se siguen constatando en el mundo persecuciones, discrimi-

naciones, actos de violencia y de intolerancia por motivos religiosos. Particularmente en Asia y África, las víctimas son principalmente miembros de las minorías religiosas, a los que se les impide profesar libremente o cambiar la propia religión a través de la intimidación y la violación de los derechos, de las libertades fundamentales y de los bienes esenciales, llegando incluso a la privación de la libertad personal o de la misma vida.

Como ya he afirmado, se dan también formas más sofisticadas de hostilidad contra la religión, que en los Países occidentales se expresan a veces renegando de la historia y de los símbolos religiosos, en los que se reflejan la identidad y la cultura de la mayoría de los ciudadanos. Son formas que fomentan a menudo el odio y el prejuicio, y no coinciden con una visión serena y equilibrada del pluralismo y la laicidad de las instituciones, además del riesgo para las nuevas generaciones de perder el contacto con el precioso patrimonio espiritual de sus Países.

La defensa de la religión pasa a través de la defensa de los derechos y de las libertades de las comunidades religiosas. Que los líderes de las grandes religiones del mundo y los responsables de las naciones, renueven el compromiso por la promoción y tutela de la libertad religiosa, en particular, por la defensa de las minorías religiosas, que no constituyen una amenaza contra la iden-

tividad de la mayoría, sino que, por el contrario, son una oportunidad para el diálogo y el recíproco enriquecimiento cultural. Su defensa representa la manera ideal para consolidar el espíritu de benevolencia, de apertura y de reciprocidad con el que se tutelan los derechos y libertades fundamentales en todas las áreas y regiones del mundo.

La libertad religiosa en el mundo

14. Por último, me dirijo a las comunidades cristianas que sufren persecuciones, discriminaciones, actos de violencia e intolerancia, en particular en Asia, en África, en Oriente Medio y especialmente en Tierra Santa, lugar elegido y bendecido por Dios. A la vez que les renuevo mi afecto paterno y les aseguro mi oración, pido a todos los responsables que actúen prontamente para poner fin a todo atropello contra los cristianos que viven en esas regiones. Que los discípulos de Cristo no se desanimen ante las adversidades actuales, porque el testimonio del Evangelio es y será siempre un signo de contradicción.

Meditemos en nuestro corazón las palabras del Señor Jesús: «Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados [...]. Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande

en el cielo» (Mt 5, 5-12). Renovemos, pues, «el compromiso de indulgencia y de perdón que hemos adquirido, y que invocamos en el Pater Noster, al poner nosotros mismos la condición y la medida de la misericordia que deseamos obtener: “Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt 6, 12)». [17] La violencia no se vence con la violencia. Que nuestro grito de dolor vaya siempre acompañado por la fe, la esperanza y el testimonio del amor de Dios. Expreso también mi deseo de que en Occidente, especialmente en Europa, cesen la hostilidad y los prejuicios contra los cristianos, por el simple hecho de que intentan orientar su vida en coherencia con los valores y principios contenidos en el Evangelio. Que Europa sepa más bien reconciliarse con sus propias raíces cristianas, que son fundamentales para comprender el papel que ha tenido, que tiene y que quiere tener en la historia; de esta manera, sabrá experimentar la justicia, la concordia y la paz, cultivando un sincero diálogo con todos los pueblos.

La libertad religiosa, camino para la paz

15. El mundo tiene necesidad de Dios. Tiene necesidad de valores éticos y espirituales, universales y compartidos, y la religión puede contribuir de manera preciosa a su búsqueda, para la construcción de un orden social justo y pacífico, a nivel nacional e internacional.

La paz es un don de Dios y al mismo tiempo un proyecto que realizar, pero que nunca se cumplirá totalmente. Una sociedad reconciliada con Dios está más cerca de la paz, que no es la simple ausencia de la guerra, ni el mero fruto del predominio militar o económico, ni mucho menos de astucias engañosas o de hábiles manipulaciones. La paz, por el contrario, es el resultado de un proceso de purificación y elevación cultural, moral y espiritual de cada persona y cada pueblo, en el que la dignidad humana es respetada plenamente. Invito a todos los que desean ser constructores de paz, y sobre todo a los jóvenes, a escuchar la propia voz interior, para encontrar en Dios referencia segura para la conquista de una auténtica libertad, la fuerza inagotable para orientar el mundo con un espíritu nuevo, capaz de no repetir los errores del pasado. Como enseña el Siervo de Dios, Pablo VI, a cuya sabiduría y clarividencia se debe la institución de la Jornada Mundial de la Paz: «Ante todo, hay que dar a la Paz otras armas que no sean las destinadas a matar y a exterminar a la humanidad. Son necesarias, sobre todo, las armas morales, que den fuerza y prestigio al derecho internacional; primeramente, la de observar los pactos». [18] La libertad religiosa es un arma auténtica de la paz, con una misión histórica y profética. En efecto, ella valoriza y hace fructificar las más profundas cualidades y potencialidades de la persona

humana, capaces de cambiar y mejorar el mundo. Ella permite alimentar la esperanza en un futuro de justicia y paz, también ante las graves injusticias y miserias materiales y morales. Que todos los hombres y las socieda-

des, en todos los ámbitos y ángulos de la Tierra, puedan experimentar pronto la libertad religiosa, camino para la paz.

Vaticano, 8 de diciembre de 2010

NOTAS:

- [1] Cf. Carta Enc. *Caritas in veritate*, 29.55-57.
- [2] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 2
- [3] Cf. Cart. enc. *Caritas in veritate*, 78.
- [4] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 1.
- [5] *Ibíd.*, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 7
- [6] Discurso a la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (18 abril 2008); AAS 100 (2008), 337.
- [7] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 2
- [8] Juan Pablo II, Discurso a la Asamblea de la Organización para la seguridad y la cooperación en Europa (OSCE), (10 octubre 2003), 1: AAS 96 (2004), 111.
- [9] Cf. Carta Enc. *Caritas in veritate*, 11.
- [10] Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 1
- [11] Cf. Cicerón, *De inventione*, II, 160.
- [12] Cf. Discurso a los Representantes de otras Religiones del Reino Unido (17 septiembre 2010): *L'Osservatore Romano* (18 settembre 2010), 12.
- [13] Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 2
- [14] *Ibíd.*
- [15] *Super evangelium Joannis*, I, 3.
- [16] Cf. Discurso a las Autoridades civiles y al Cuerpo diplomático en Chipre (5 junio 2010): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española, 13 junio 2010, 6; Comisión Teológica Internacional, *En busca de una ética universal: nueva mirada sobre la ley natural*, Ciudad del Vaticano 2009.
- [17] Pablo VI, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1976: AAS 67 (1975), 671.
- [18] *Ibíd.*, 668.

ORACIONES

*Oración del Papa, Benedicto XVI, durante la Vigilia de oración
por la vida naciente. Basílica Vaticana. Sábado, 27 de noviembre de 2010*

Señor Jesús,
que con fidelidad visitas y colmas con tu Presencia
la Iglesia y la historia de los hombres;
que en el admirable Sacramento
de tu Cuerpo y tu Sangre
nos haces partícipes de la vida divina
y nos concedes saborear anticipadamente
la alegría de la vida eterna;
te adoramos y te bendecimos.

Postrados delante de ti, fuente y amante de la vida,
realmente presente y vivo en medio de nosotros,
te suplicamos:

Aviva en nosotros el respeto
por toda vida humana naciente,
haz que veamos en el fruto del seno materno
la admirable obra del Creador;
abre nuestro corazón a la generosa acogida
de cada niño que se asoma a la vida.

Bendice a las familias,
santifica la unión de los esposos,
haz que su amor sea fecundo.

Acompaña con la luz de tu Espíritu
las decisiones de las asambleas legislativas,
a fin de que los pueblos y las naciones
reconozcan y respeten
el carácter sagrado de la vida,
de toda vida humana.

Guía la labor de los científicos y de los médicos,
para que el progreso contribuya
al bien integral de la persona

y nadie sufra supresión e injusticia.

Concede caridad creativa a los administradores
y a los economistas,
para que sepan intuir y promover
condiciones suficientes
a fin de que las familias jóvenes puedan abrirse
serenamente al nacimiento de nuevos hijos.

Consuela a las parejas de esposos que sufren
a causa de la imposibilidad de tener hijos,
y en tu bondad provee.

Educa a todos a hacerse cargo
de los niños huérfanos o abandonados,
para que experimenten el calor de tu caridad,
el consuelo de tu Corazón divino.

Con María tu Madre, la gran creyente,
en cuyo seno asumiste nuestra naturaleza humana,
esperamos de ti,
nuestro único verdadero Bien y Salvador,
la fuerza de amar y servir a la vida,
a la espera de vivir siempre en ti,
en la comunión de la santísima Trinidad.

SANTA SEDE

CONGREGACIONES

Nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la banalización de la sexualidad a propósito de algunas lecturas de “Luz del mundo”

Con ocasión de la publicación del libro-entrevista de Benedicto XVI, *Luz del mundo*, se han difundido diversas interpretaciones incorrectas, que han creado confusión sobre la postura de la Iglesia Católica acerca de algunas cuestiones de moral sexual. El pensamiento del Papa se ha instrumentalizado frecuentemente con fines e intereses ajenos al sentido de sus palabras, que resulta evidente si se leen por entero los capítulos en donde se trata de la sexualidad humana. El interés del Santo Padre es claro: reencontrar la grandeza del plan de Dios sobre la sexualidad, evitando su banalización, hoy tan extendida.

Algunas interpretaciones han presentado las palabras del Papa como afirmaciones contrarias a la tradición moral de la Iglesia, hipótesis que algunos han acogido como un cambio positivo y otros han recibido con preocupación, como si se tratara de una ruptura con la doctrina sobre la anticoncepción y la actitud de la Iglesia en la lucha contra el sida. En realidad, las palabras del Papa, que se refieren de modo particular a un comportamiento gravemente desor-

denado como el de la prostitución (cfr. *Luz del mundo*, pp. 131-132), no modifican ni la doctrina moral ni la praxis pastoral de la Iglesia.

Como se desprende de la lectura del texto en cuestión, el Santo Padre no habla de la moral conyugal, ni tampoco de la norma moral sobre la anticoncepción. Dicha norma, tradicional en la Iglesia, fue reafirmada con términos muy precisos por Pablo VI en el n. 14 de la encíclica *Humanae vitae*, cuando escribió que «queda además excluida toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, hacer imposible la procreación». Pensar que de las palabras de Benedicto XVI se pueda deducir que en algunos casos es legítimo recurrir al uso del preservativo para evitar embarazos no deseados es totalmente arbitrario y no responde ni a sus palabras ni a su pensamiento. En este sentido, el Papa propone en cambio caminos que sean humana y éticamente viables, que los pastores han de potenciar «más y mejor» (cf. *Luz del mundo*, p. 156), es decir, caminos que

respeten plenamente el nexo inseparable del significado unitivo y procreador de cada acto conyugal, mediante el eventual recurso a métodos de regulación natural de la fertilidad con vistas a la procreación responsable.

En cuanto al texto en cuestión, el Santo Padre se refería al caso completamente diferente de la prostitución, comportamiento que la doctrina cristiana ha considerado siempre gravemente inmoral (cf. Concilio Vaticano II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 27; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2355). Con relación a la prostitución, la recomendación de toda la tradición cristiana —y no sólo de ella— se puede resumir en las palabras de san Pablo: «Huid de la fornicación» (1 Co 6, 18). Por tanto, hay que luchar contra la prostitución; y las organizaciones asistenciales de la Iglesia, de la sociedad civil y del Estado han de trabajar para librar a las personas que están involucradas en ella.

En este sentido, es necesario poner de relieve que la situación que en muchas áreas del mundo se ha creado por la actual difusión del sida, ha hecho que el problema de la prostitución sea aún más dramático. Quien es consciente de estar infectado con el VIH y que por tanto puede contagiar a otros, además del pecado grave contra el sexto mandamiento comete uno contra el quinto, porque conscientemente pone en serio peligro la vida de otra persona, con repercusiones también

para la salud pública. A este respecto, el Santo Padre afirma claramente que los profilácticos no son «una solución real y moral» del problema del sida, y también que la «mera fijación en el preservativo significa una banalización de la sexualidad», porque no se quiere afrontar el extravío humano que está en el origen de la transmisión de la pandemia. Por otra parte, es innegable que quien recurre al profiláctico para disminuir el peligro para la vida de otra persona, intenta reducir el mal vinculado a su conducta errónea. En este sentido, el Santo Padre pone de relieve que recurrir al profiláctico con «la intención de reducir el peligro de contagio, es un primer paso en el camino hacia una sexualidad vivida en forma diferente, hacia una sexualidad más humana». Se trata de una observación completamente compatible con la otra afirmación del Santo Padre: «Ésta no es la auténtica modalidad para abordar el mal de la infección con el VIH».

Algunos han interpretado las palabras de Benedicto XVI valiéndose de la teoría del llamado “mal menor”. Esta teoría, sin embargo, es susceptible de interpretaciones desviadas de tipo proporcionalista (cf. Juan Pablo II, Encíclica *Veritatis splendor*, nn. 75-77). No es lícito querer una acción que es mala por su objeto, aunque se trate de un mal menor. El Santo Padre no ha dicho, como alguno ha sostenido, que la prostitución con el recurso al profiláctico pueda ser una opción lícita en cuanto mal menor. La Iglesia enseña

que la prostitución es inmoral y hay que luchar contra ella. Sin embargo, si alguien, practicando la prostitución y estando además infectado por el VIH, se esfuerza por disminuir el peligro de contagio, a través incluso del uso del profiláctico, esto puede constituir un primer paso en el respeto de la vida de los demás, si bien el mal de la prostitución siga conservando toda su gravedad. Dichas apreciaciones concuerdan con lo que la tradición teológico moral ha sostenido también en el pasado.

En conclusión, los miembros y las instituciones de la Iglesia Católica deben saber que en la lucha contra el sida hay que estar cerca de las per-

sonas, curando a los enfermos y formando a todos para que puedan vivir la abstinencia antes del matrimonio y la fidelidad dentro del pacto conyugal. En este sentido, hay que denunciar también aquellos comportamientos que banalizan la sexualidad, porque, como dice el Papa, representan precisamente la peligrosa razón por la que muchos ya no ven en la sexualidad una expresión de su amor. «Por eso la lucha contra la banalización de la sexualidad forma parte de la lucha para que la sexualidad sea valorada positivamente y pueda desplegar su acción positiva en la totalidad de la condición humana» (*Luz del mundo*, p. 131).



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

DICIEMBRE

- Día del 30 de noviembre al 8 de diciembre: el Seminario Menor de Ourense celebra a su patrona la Inmaculada Concepción. Presidió la Eucaristía el día 8, el Excmo. y Rvdmo. D. Luis Quinteiro Fiuza, Administrador Apostólico de la Diócesis.
- Día 18: Comienza la campaña *Sembradores de Estrellas*, organizada por la Delegación Diocesana de Misiones. Reunión de los grupos de Apostolado Seglar en el Salón Padre Feijóo, para preparar el encuentro que tendrá lugar en el Santuario de los Milagros, el próximo mes de mayo.
- Día 21: Celebración de la entrega de la “*LUZ DE BELÉN*” en la Iglesia de Santa María Madre de Ourense.
- Días 22: Inauguración de la V edición de la exposición *Belenes del Mundo* en el edificio de Obispado de Ourense. Celebración navideña de los trabajadores del Obispado.

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE OURENSE

SUMARIO DEL AÑO 2010

LA VOZ DEL PRELADO

Enero

Carta a Manos Unidas, 2010 “Contra el hambre, defiende la Tierra” 5

Febrero

Mons. D. Luis Quinteiro Fiuza ha sido nombrado Obispo de Tui-Vigo 197

Carta de D. Luis Quinteiro Fiuza a los diocesanos de Tui-Vigo 198

Carta del Sr. Obispo para la revista diocesana de Pastoral “PASTORALIA” 199

Marzo

Saludo del Sr. Obispo para la Semana Santa 341

Saludo del Sr. Obispo a la nueva Cofradía de la Veracruz de la Parroquia de O Carballiño 343

Actividades del Sr. Obispo

Enero 8

Febrero..... 201

IGLESIA DIOCESANA

SR. ADMINISTRADOR APOSTÓLICO

Marzo - Actividades 345

Abril - Actividades 492

Julio-Agosto

“Animar la fe de las gentes de la mar” - Fiesta de la Virgen del Carmen, 2010 895

SECRETARÍA GENERAL

Enero - Nombramientos y defunciones..... 13

Marzo - Defunciones 349

Abril

En la despedida del Sr. Obispo D. Luis Quinteiro Fiuza

Los Señores Arciprestes y Delegados Episcopales despiden al Señor Obispo..... 473

Palabras del Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez, Vicario de Pastoral, en la despedida de los sacerdotes diocesanos, de los religiosos y de los seminaristas mayores en Los Milagros 474

Homilía del Sr. Obispo D. Luis Quinteiro Fiuza en la despedida en Los Milagros 477

Palabras del Ilmo. Sr. D. José Estévez Armada, Vicario General de la Diócesis en la Eucaristía de despedida en la S. I. Catedral de Ourense 481

Homilía del Sr. Obispo D. Luis Quinteiro Fiuza en la despedida en la Catedral 484

Palabras de despedida del Ilmo. Sr. D. Serafín Marqués Gil, Deán-Presidente del Excmo. Cabildo Catedral, en la despedida en la Catedral..... 487

Palabras de despedida de D. Xosé Manuel Domínguez Prieto, en nombre de todos los fieles de la Diócesis Auriense, en la despedida en la Catedral..... 488

Defunciones 489

Mayo

Decreto del nombramiento como Administrador Apostólico de Monseñor Quinteiro Fiuza..... 603

Nombramientos: Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Luis Quinteiro Fiuza, Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense..... 604

Ofrenda al Apóstol Santiago del Sr. Administrador Apostólico en al peregrinación diocesana 604

Defunciones 606

Junio

Carta a los jóvenes de los Obispos de Galicia..... 731

Nombramientos y defunciones..... 736

Julio-Agosto - Nombramientos y defunciones 898

Septiembre - Nombramientos	969
Octubre - Nombramientos	1049
Diciembre - Defunciones	1261
VICARÍA GENERAL	
Enero	
Algunas normas canonicas u orientaciones pastorales vigentes en esta Diócesis	15
Febrero	
Material sobre el Año Santo Compostelano	205
En la despedida de D. Luis Quinteiro Fiuzza, nuevo Obispo de Tui-Vigo	206
VICARÍA DE PASTORAL	
Enero	
II Semana de Teología. <i>Con Santiago en los caminos y la historia de Ourense</i>	32
II Semana de Teología. <i>Año Santo Compostelano</i>	33
II Semana de Teología. <i>Adoremus a Cristo realmente presente en la Eucaristía</i>	49
Delegación de Liturgia. <i>La participación activa y fructuosa II</i>	58
Marzo	
Los Señores Arciprestes y Delegados Episcopales despiden al Señor Obispo	352
Delegación de Liturgia. La adoración del Santísimo Sacramento	353
Abril	
Calendario de confirmaciones para el 2010	490
Mayo	
Homilía del Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez en Santa Mariña de Augas Santas	608
Delegación de Liturgia. <i>Catorce consejos al presbítero desde la liturgia</i>	610
Junio	
Programación Pastoral Diocesana para el Curso 2010-2011	738
Octubre	
Delegación de Liturgia. "La iniciación cristiana. Doctrina y Pastoral"	1050
Noviembre	
Homenaje a D. José Feijóo Álvarez, Párroco de Santa Lucía de Rairo	1145
Diciembre	
Delegación de Liturgia. "La carta del Papa, Benedicto XVI, a los seminaristas"	1263
VICARÍA PARA EL CLERO	
Febrero	
En la despedida del Sr. Obispo	207
VICARÍA PARA LOS ASUNTOS ECONÓMICOS	
Febrero	
Criterios para la asignación del sustento del Clero	208
Presupuestos para el año 2010	212
Marzo	
Nota de aclaración sobre la Colecta Pontificia "Pro locis sanctis"	357
CONSELLO PRESBITERAL	
Febrero	
Reunión del Consejo Presbiteral del 28 de diciembre de 2009	217
Ponencia de D. José Gallego Borrajo	220
ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO	
Enero	
Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense. Año 2009	57

INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”

Febrero

Fiesta de Santo Tomás de Aquino. Homilía de D. José Pérez Domínguez	232
Fiesta de Santo Tomás de Aquino. Conferencia de D. José Joaquín Borrajo Iglesias	237
Artículo de D. José Ramón Estévez Gómez	253

Marzo

Lección inaugural en la apertura del Curso Académico 2010-2011.....	1059
---	------

IGLESIA EN ESPAÑA

Enero

Conferencia Episcopal Española	
Mensaje de los Obispos con motivo de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.....	83

Febrero

Conferencia Episcopal Española	
Nota de prensa final de la CCXV Reunión de la Comisión Permanente de la CEE.....	261

Marzo

Conferencia Episcopal Española	
Nota de prensa sobre la clase de Religión.....	361
Campaña “es un tú en ti”	362
Nota de la Subcomisión episcopal de Familia y Vida. <i>Es mi vida, está en tus manos</i>	364
Nombramiento episcopal: Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Arzobispo de Valladolid	366

Abril

Conferencia Episcopal Española - XCV Asamblea general de la CEE	
Palabras de Mons. D. Renzo Fratini, Nuncio de Su Santidad en España y Andorra	497
Discurso inaugural del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española	499
Homilía del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela durante la Eucaristía de Acción de Gracias en el V Aniversario de Benedicto XVI.....	509
Intervención del Card. Stanisław Ryłkoł, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos	514
Nota final de la XCV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.....	531
Mensaje con ocasión del X Congreso Eucarístico Nacional, en Toledo.....	535

Mayo

Conferencia Episcopal Española - XCV Asamblea general de la CEE	
Nota de Prensa: Campaña Xtantos	623
Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social con motivo de la Festividad del Corpus Christi, Día de la Caridad	624
Nombramiento: D. Salvador Cristau Coll nombrado Obispo auxiliar de Terrassa.....	629

Junio

Conferencia Episcopal Española	
Nota de prensa final de la CCXVI Reunión de la Comisión Permanente.....	749
Declaración sobre la exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa	751
Memoria anual de actividades de la Iglesia en España (2008)	752

Julio-Agosto

Conferencia Episcopal Española	
Ante la entrada en vigor de la nueva Ley del aborto.....	903
Monseñor Esteban Escudero Torres nombrado Obispo de Palencia	904
D. Carlos Manuel Escribano Subías nombrado Obispo de Teruel y Albarracín.....	905
Monseñor D. Mario Ireta Gavicagoeascoa nombrado Obispo de Bilbao.....	905

Septiembre

Conferencia Episcopal Española	
Manos Unidas premio Príncipe de Asturias de la Concordia 2010.....	973
Exhortación pastoral ante la próxima Visita de Benedicto XVI a España	974
Nombramientos	975

Exhortación Pastoral de la CCXVII Comisión Permanente de la CEE ante la próxima Visita de Benedicto XVI a España	976
Octubre	
Conferencia Episcopal Española	
Manos Unidas recibe el premio Príncipe de Asturias de la Concordia 2010	1075
Premios ¡Bravo! año 2010	1076
Noviembre	
Conferencia Episcopal Española	
Nota de agradecimiento al Santo Padre, Benedicto XVI por su visita a Santiago y Barcelona	1153
XCVI Asamblea Plenaria. Discurso inaugural del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio M ^a Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española	1153
XCVI Asamblea Plenaria. Palabras de Mons. Renzo Fratini, Nuncio de Su Santidad en España y Andorra ...	1166
Fernando Giménez Barriocanal, nombrado Vicesecretario para Asuntos Económicos de la CEE	1168
La CEE felicita a Mons. D. José Manuel Estepa Llaurens, Preconizado Cardenal	1170
El sacerdote D. Xavier Novell Gomá, ha sido nombrado Obispo de Solsona	1171
Diciembre	
Conferencia Episcopal Española	
Se presenta La Sagrada Biblia. Versión Oficial de la Conferencia Episcopal Española	1275
Nota de prensa final de la XCVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	1277
El sacerdote D. Santiago Gómez Sierra ha sido nombrado Obispo auxiliar de Sevilla	1280
El sacerdote D. Julián Ruiz Martorell ha sido nombrado Obispo de Huesca y de Jaca	1281
Jornadas y colectas eclesiales -2011-	1282
Nota de los obispos de la subcomisión para la Familia y la defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia (26 de diciembre de 2010)	1285

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Ángelus	
Enero	91
Febrero	269
Marzo	371
Abril	543
Junio	758
Julio-Agosto	909
Septiembre	981
Octubre	1081
Noviembre	1177
Diciembre	1291
Audiencias generales	
Enero	102
Febrero	274
Marzo	377
Abril	546
Mayo	636
Junio	764
Julio-Agosto	918
Septiembre	983
Octubre	1084
Noviembre	1182
Diciembre	1299
Cartas	
Febrero	290
Marzo	394

Julio-Agosto	933
Septiembre	987
Octubre.....	1100
Noviembre	1197
Diciembre	1317
Discursos	
Enero	117
Febrero.....	292
Marzo.....	406
Abril.....	554
Mayo.....	644
Junio	785
Julio-Agosto	936
Septiembre	989
Octubre.....	1105
Noviembre	1204
Diciembre	1327
Homilías	
Enero	156
Febrero.....	317
Marzo.....	437
Abril.....	556
Mayo.....	653
Junio	828
Julio-Agosto	943
Octubre.....	1113
Noviembre	1212
Diciembre	1350
Mensajes	
Enero	178
Febrero.....	329
Marzo.....	449
Abril.....	574
Mayo.....	658
Julio-Agosto	946
Diciembre	1370
Motu Proprio	
Octubre.....	1120
Regina Cæli	
Abril.....	543
Mayo.....	633
Viajes Apostólicos	
Abril	
Viaje Apostólico a Malta con ocasión del 1950º Aniversario del naufragio de San Pablo.....	577
Mayo	
Viaje Apostólico a Turín (2 de mayo de 2010).....	662
Viaje Apostólico a Portugal (del 11 al 14 de mayo de 2010)	675
Junio	
Viaje Apostólico a Chipre (del 4 al 6 de junio de 2010).....	850
Julio-Agosto	
Viaje Apostólico a Sulmona (4 de julio de 2010)	948

Septiembre

Visita pastoral a Carpineto Romano	991
Viaje Apostólico al Reino Unido (del 16 al 19 de septiembre de 2010).....	995

Octubre

Visita pastoral a Palermo	1125
---------------------------------	------

Noviembre

Viaje Apostólico a Santiago de Compostela y Barcelona	1219
---	------

SANTA SEDE**Marzo**

Pontificia comisión para América Latina. Mensaje con motivo del Día de Hispanoamérica	459
---	-----

Abril

Nota del padre Federico Lombardi sobre los abusos.....	590
Guía para comprender los procedimientos fundamentales de la Congregación para la Doctrina de la Fe (CDF) cuando se trata de las acusaciones de abusos sexuales.....	592

Mayo

Homilía del Card. Tarcisio Bertone durante la beatificación del Padre José Tous y Soler.....	708
Discurso del Card. Tarcisio Bertone en la basílica de Montserrat	712
Homilía del Card. Tarcisio Bertone durante la Vigilia de Plegaria en la Solemnidad de Nuestra Señora de Montserrat	713
Homilía del Card. Tarcisio Bertone durante la Santa Misa de la Vigilia de la Solemnidad de la Virgen María de Fátima en la Visita Apostólica a Portugal	718

Junio

Intervención del Arzobispo Dominique Mamberti, Secretario para las relaciones con los estados, en la sesión de apertura de la 10ª Semana Social de la Iglesia Católica	876
--	-----

Julio-Agosto

Mensaje del Card. Tarcisio Bertone al Hermano Alois, Prior de la Comunidad de Taizé, a los cinco años de la muerte del Hermano Roger Schutz	956
Mensaje del Card. Tarcisio Bertone con ocasión del XXXI Meeting para la amistad entre los pueblos.....	957

Noviembre

Mensaje final de la Asamblea especial para Oriente Próximo del Sínodo de los Obispos	1241
--	------

Diciembre

Nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre la banalización de la sexualidad a propósito de algunas lecturas de "Luz del mundo"	1387
---	------

CRÓNICA DIOCESANA

Enero	191
Febrero.....	335
Marzo	467
Abril.....	597
Mayo.....	725
Junio	889
Julio-Agosto	963
Septiembre	1043
Octubre.....	1139
Noviembre	1255
Diciembre	1393



DIÓCESIS
DE OURENSE
